

El arte de entender el caos

UNA HISTORIA ENTRE LÍNEAS









LAURA COLET

El arte de entender el caos

UNA HISTORIA ENTRE LÍNEAS

LAURA COLET

Título Original: El arte de entender el caos
© Laura Colet Garcia, 2026
Ilustración: Daniela Triana Mejía
Producción: IN! Ediciones
Primera edición: Mayo, 2026
Depósito legal: T-476-2026
Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra total o parcialmente, sin previo consentimiento de la autora. Todos los derechos reservados.
Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en la obra son fruto de la ficción y la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas o acontecimientos reales es mera coincidencia.
Las menciones a otras obras o personajes, se han utilizado única y exclusivamente para darle realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Para aquellas personas
que ven el amor en todas partes.

NOTA DE LA AUTORA

La música es un motor fundamental para mí. Siempre he creído que no existe vida sin música, y en esta historia también ha sido una fuente de inspiración.

A continuación, podéis encontrar la lista de las canciones que aparecen a lo largo del libro.

What Makes You Beautiful — One Direction
Gasolina — Daddy Yankee
Born With a Broken Heart — Damiano David
You're the One That I Want — Grease
All I Want — High School Musical
Do I Wanna Know? — Arctic Monkeys
Mirrorball — Taylor Swift
Forever Young — Alphaville
What I've Been Looking For — High School Musical
A Sky Full of Stars — Coldplay
Bailemos — Dani Fernández
Aprender a Quererte — Morat
La gent que estimo — Oques Grasses
Until I Found You — Stephen Sanchez

CAOS

(sustantivo)

1. Estado natural de las cosas porque nunca intento ordenarlas.
2. El único sistema que mi cabeza reconoce.
3. Prueba de que no que necesito que todo esté en su sitio para que funcione.

PRÓLOGO

Lena

Abrí los ojos cuando los primeros rayos de luz del día se colaron por la ventana. Aún no me acostumbraba a eso de vivir sin persianas. En España siempre me despertaba cuando sonaba la alarma del teléfono, pero esa rutina cambió por completo desde que llegué aquí. Y a pesar de que dicen que el cuerpo tarda veintiún días en adaptarse a un nuevo hábito, yo sospechaba que el mío necesitaría toda una vida para aprender a dormir con luz.

Lo primero que hice fue consultar el móvil. Abrí el correo de la editorial, revisé los mensajes pendientes y eché un vistazo rápido al Excel de mis autores. No es que fuera una obsesa del trabajo, hacerlo antes de salir me ayudaba a poner orden en la cabeza y a sentir que el día no iba a pillarme desprevenida.

Hacía ya meses que arrastraba la mala costumbre de mirar el teléfono nada más abrir los ojos, pero desde que Sam se fue, ese acto se volvió casi una necesidad. Scarlett, mi jefa, reorganizó los proyectos el mismo día que Sam avisó de su partida de Starlight Publishing, en ese mismo instante, incluso ella misma se asignó algunos de gran peso para repartir el trabajo, pero aun así, me quedé con bastante carga.

Lo mejor de mi trabajo siempre ha sido la suerte que tenía con ella, porque, a decir verdad, confiaba en mí casi desde el primer momento en el que entré. Sin embargo, atado a esta confianza, estaba el hecho de estar siempre sometida a bastante presión. Además, no contenta con esto, siempre encontraba un momento para recordarme como de profesional tenía que ser en cada proyecto y cuánto esfuerzo debía poner.

Y eso era, de manera exacta, lo que intentaba en cada jornada laboral, ser profesional. Sin embargo, con la nueva novela de Noa Sparker, nuestra escritora estrella, iba más liada de lo habitual. A ver,

siendo sincera, hasta entonces ya iba cargada, como casi todo el mundo aquí: manuscritos apilados, plazos que se solapaban e historias que reclamaban atención a la vez. Pero trabajar con alguien que prometía encabezar de nuevo la lista de los *bestsellers* no solo añadía trabajo, lo multiplicaba. Y con él, también crecía la responsabilidad.

Noa llevaba dos años en los primeros puestos de la lista del *New York Times*. Trabajar con ella significaba dos cosas: La primera, que era una puta pasada, y la segunda, que nada podía fallar. Cada entrega, cada corrección y cada pequeña decisión, tenía que estar a la altura de lo que se esperaba.

Y aunque me esforzaba por mantener todo bajo control, las horas del reloj son las mismas para todo el mundo.

Las últimas semanas, incluso había cambiado pequeños rituales que antes no habría tocado ni por asomo, como encerrarme los viernes en la habitación mientras las chicas hacían maratón de películas románticas.

Claro que, eso no tenía solo que ver con Noa, también tenía que ver con la ligera manía de dejarlo todo lo más listo posible para el día siguiente.

Al salir de la habitación, el silencio entre las paredes del piso, me recordó que las chicas ya se habían ido. Los lunes Elaia solía empezar el día corriendo en Central Park, o bailando zumba en el gimnasio y Chiara, siempre aprovechaba para recuperar «el tiempo perdido» del fin de semana, así lo llamaba ella.

Durante unos segundos, aquel silencio me permitió un pequeño respiro, solo mío, una pausa breve antes de lanzarme a la ciudad que nunca espera.

Antes de marcharme, me ajusté el bolso al hombro y me detuve frente al espejo viejo del recibidor. Repasé el pelo que se me había escapado durante la noche y dejé caer un suspiro. Los lunes siempre me habían parecido muy lunes.

Bajé las escaleras despacio, dejando que cada peldaño me recordara que debía ponerme en marcha. Fuera, el aire fresco de Nueva York me rozó la cara, mezclándose con los primeros sonidos de la mañana: coches, pasos apresurados y bocinas que se perdían

a lo lejos. Respiré hondo, dejando que todos esos estímulos se deslizaran por mis sentidos antes de ponerme los auriculares.

Sonreí cuando empezó a sonar *What Makes You Beautiful*, aquello me dió el chute de energía necesario para afrontar la semana.

Tras caminar unos pasos, giré la esquina de la cuarenta con la sexta y el aroma a café recién hecho de mi cafetería favorita me detuvo. Fui hasta allí casi en automático y pedí lo de siempre: un café con leche, caramelo y un toque de chocolate blanco. Lo sostuve entre las manos mientras observaba cómo el mundo empezaba a moverse a mi alrededor.

CAPÍTULO 1

Lena

Dejé el bolso en la silla, el café sobre la mesa y colgué el abrigo en el perchero. Saqué el portátil, la agenda y el cuaderno del bolso y los fui colocando sobre el escritorio, buscándoles un sitio entre papeles, carpetas abiertas y notas sueltas que se acumulaban sin ningún orden aparente.

A simple vista, aquello podía parecer un caos. Pero era mi caos. Y dentro de él, yo sabía perfectamente dónde estaba todo.

Mientras apartaba un par de hojas para hacer hueco al portátil, algo llamó mi atención. Entre el desorden, casi escondido, había un pósit amarillo, alineado junto al teclado.



No hacía falta firma. Aquella letra limpia, directa y sin adornos, solo podía ser de Scarlett.

Antes de que mi cabeza empezara a darle demasiadas vueltas, cogí el móvil y le escribí a las chicas.

PISO, PIZZA Y DECISIONES CUESTIONABLES:
Babys, Scarlett me manda al despacho.
Deseadme suerte. xoxo

Me bebí en dos sorbos el café que aún me quedaba, cargué el portátil bajo el brazo y salí sin mirar atrás. El pasillo que llevaba al despacho de Scarlett siempre me había parecido más largo de lo que

en realidad era. Quizá porque allí nunca se entraba sin esperar algo a cambio.

Llamé con los nudillos un par de veces.

—Adelante.

Para mi sorpresa, Scarlett parecía relajada. Aireada, incluso. Y eso, lejos de tranquilizarme, me descolocó un poco. No podía quejarme de mi jefa —era clara, honesta y directa—, pero cuando te llamaba a su despacho así, sin previo aviso, nunca sabías muy bien qué esperar.

Estaba sentada detrás de su escritorio, revisando unos documentos con calma, como si el mundo no se moviera a la velocidad habitual de la editorial. Su despacho desprendía una armonía perfecta: líneas rectas, tonos neutros y un orden impecable. Pero entre tanta sobriedad, asomaban pequeños recordatorios de los éxitos de Starlight: portadas enmarcadas, premios, carteles y miles de fotografías de presentaciones pasadas.

—Buenos días, Scarlett.

Alzó la vista y me dedicó una sonrisa profesional.

—Buenos días a ti también, Lena. Siéntate.

Me indicó la silla frente a su escritorio. Dejé las cosas sobre la mesa y jugueteé con mi anillo mientras esperaba.

—He salido de la reunión de esta mañana —empezó— y, teniendo en cuenta el peso que llevas con Noa y todo lo que implica su nueva novela, he decidido hablar con Recursos Humanos para buscar un editor adjunto.

Parpadeé. Detrás de ella, el gran ventanal dejaba ver el *skyline* de Manhattan. Imponente. Vivo. Tan presente como el día en que llegué desde España y me prometí que algún día formaría parte de todo aquello.

—¿Un editor adjunto?

—Sí —continuó—. Se quedaría con algunos de tus proyectos para que puedas concentrarte casi al cien por cien en Noa. Sin descuidar lo demás, claro.

Sonreí antes de poder evitarlo. Y, por lo visto, no fui muy discreta.

Scarlett arqueó una ceja, divertida.

—No vas a disimularlo, ¿eh?

Solté una pequeña risa, algo nerviosa.

—Perdón. Es que… llevaba tiempo pensándolo.

—Lo sé —dijo—. Y créeme, yo también lo he estado valorando. De hecho, Chiara ya está con el proceso. Tenemos algunas candidaturas interesantes y la idea es agilizar el proceso todo lo posible. En cuanto tengamos algo claro, te avisaré.

Asentí, notando cómo algo dentro de mí se aflojaba por primera vez en semanas.

—Cuando empiece —añadió—, necesitaré que seas tú quien le ayude a adaptarse a Starlight. A los procesos, a los autores… un poco todo.

—Claro —dije—. Cuenta conmigo.

Scarlett me observó unos segundos más, como si supiera de manera exacta todo lo que me estaba pasando por la cabeza.

—Sabía que dirías eso —respondió.

Salí de su despacho con una nueva sensación. Alivio. Me sentía aliviada solo de pensar que pronto tendría ayuda.

Ahora que lo pienso… ¿de verdad ha dicho ayudar a adaptarse a Starlight? ¿Y mientras yo estaba ahí sonriendo como si nada? No es que la idea me pareciera mal. De hecho, necesitaba ayuda. Pero después de meses yendo al límite, sacándolo todo adelante como podía, la perspectiva de tener que guiar a alguien más —sin saber siquiera cuánta experiencia tenía— me hizo tensar los hombros. Con todo lo que había costado llegar hasta aquí, lo último que necesitaba era que el equilibrio que había conseguido empezará a tambalearse.

El día transcurrió mientras repasaba en mi cabeza todo lo que había hablado con Scarlett mientras tachaba en mi blog de notas cada tarea que debía afrontar.

Antes de terminar mi jornada, coloqué el pósit de Scarlett junto al teclado, como un recordatorio silencioso de que, a partir de ahora, mi vida laboral estaba a punto de mejorar. Sentí un pequeño hormigueo de anticipación; la idea de contar con apoyo me daba tranquilidad, pero también un leve vértigo. Ya casi me había acostumbrado a trabajar sola, aunque eso significara, en muchas ocasiones, no llegar a nada.

CAPÍTULO 2

Lena

Scarlett ya había comentado a Chiara que iban a abrir la vacante, así que no se sorprendió demasiado cuando llegué a casa y les conté lo de la reunión.

—Amor, estabas tan desesperada que fui yo quien le dijo a Scarlett que considerara anunciar el puesto —me dijo Chiara con una sonrisa cómplice—. Hay días en los que tenemos que obligarte a cenar, porque no quitas ojo de las pantallas ni fuera del horario laboral.

Scarlett apreciaba mucho la forma de pensar de Chiara y cómo lo organizaba todo. Había mantenido una amistad cercana con su madre desde jóvenes y, de algún modo, la veía con ojos casi maternales. Aunque intentara disimularlo ante el equipo, esa conexión era evidente. Era su ojito derecho.

Mientras cenábamos pizza en el sofá, con cajas abiertas y olor a queso fundido flotando en el aire, me di cuenta de que estos momentos, aunque sencillos, eran un pequeño lujo.

—Además, con suerte encontramos un buenorro —soltó Chiara entre bocado y bocado.

—Se te olvida que lo que necesito son neuronas y alguien que me saque de este agujero —respondí yo, levantando las cejas.

—Venga ya, no vas a negar que un buen monumento también te sacaría de apuros… —replicó Elaia, divertida.

No me dio tiempo a responder, Chiara ya estaba con la palabra en la boca:

—No os preocupéis, al final, si conseguimos un tío bueno, ya me lo quedo para mí.

Las tres nos echamos a reír, sabiendo que eso sería imposible… Chiara llevaba años enamorada de «Minni», el chico italiano con el que salía desde hacía tres años. En realidad, el pobre se llamaba

Lorenzo, pero lo habíamos bautizado así por sus videollamadas empalagosas todas las tardes al llegar a casa.

—De verdad, Cleeeer —dije exagerando un poco—, si solo pudiera suplicarte una cosa ahora mismo, sería que encuentres a esa persona rápido y, a poder ser, que tenga una lista de buenas cualidades laborales.

—Y físicas —añadió Elaia, riéndose—. Se te ha olvidado mencionar las físicas. Cualquiera de nosotras trabajaría mejor con un compañero guapo por el que ir babeando.

Justo entonces, el móvil del trabajo de Chiara vibró con una notificación. Sus ojos se abrieron de golpe.

—¡Diooos mío, estamos de suerte! —exclamó—. Un buenorro ha tocado a las puertas de Starlight… ¿y quién soy yo para decirle que no a esta cara guapa?

Elaia y yo nos acercamos de inmediato, movidas por la curiosidad, y en cuestión de segundos, ya estábamos las tres frente al portátil de Chiara, cotilleando cada detalle del correo de candidatura que acababa de llegar.

Me fijé en la foto del candidato y pensé, sin rodeos, en lo guapo que era. Pelo alborotado y ojos color miel. Guapo de verdad. De ese tipo de tío que te cruzas por la calle y que, cuando ya has pasado de largo, te obliga a girarte para mirarlo una vez más.

—Espero por tu bien que tenga tantas neuronas como cara bonita —le dije casi entre carcajadas.

—No te preocupes, Lena —respondió Chiara, sonriendo—. Tengo la sensación de que esta vez haremos bien los deberes.

—Pues más te vale —replicó Elaia—. Porque cualquiera de nosotras estaría encantada de tener un compañero así —dijo mientras babeaba.

Estaba claro que las tres sabíamos que lo importante no era el físico del candidato, sino que pudiera encajar, sobrevivir y, sobre todo, no desbordar aún más mi ya caótica vida laboral. Aunque esto último era una cuestión un poco complicada de tratar.

Chiara se enderezó y dijo:

—Venga, chicas, dejadme trabajar. Voy a enviarle ahora mismo las directrices para la entrevista. Con un poco de suerte, mañana le

tenemos.

Mientras la veía teclear, mi mente no pudo evitar desviarse un momento a Sam. Él ya estaba acostumbrado a mi desastre, sabía cuándo dejarme espacio y cuándo empujarme a sacar lo mejor de mí. Y ahora, me preguntaba si alguien nuevo sería capaz de adaptarse.

En la cama repasé en mi cabeza todo lo que tenía pendiente para el día siguiente. Decidí entonces, que aprovecharía para teletrabajar; me vendría bien un poco de aire fresco antes de volver a la oficina.

Además, tenía una reunión con Noa. Así que le escribí para vernos en el Bluebird y ultimar los detalles de su presentación.

CAPÍTULO 3

Nathan

Es la primera vez en dos años que Starlight Publishing no rechaza mi currículum. Llevaba tiempo esperando este momento. No diré que era un sueño —aunque, en realidad, podría ser el sueño de cualquier editor—, pero sí una meta clara. Starlight era una de las editoriales más importantes de Estados Unidos, con una lista de éxitos que hablaba por sí sola. El nivel que exigían era alto, claro, pero también lo eran los autores a los que representaban. Una cosa iba inevitablemente unida a la otra.

De pequeño ganaba concursos literarios en el colegio. Certámenes sencillos, de esos que organizan las escuelas para motivar a los alumnos. Fue ahí donde empecé a escribir y donde todo el mundo parecía tener claro que ese era mi camino. Mis padres también lo creían. Me presentaban a concursos del pueblo donde vivíamos, Cold Spring, y durante años tuvieron en el comedor una estantería llena de medallas que yo iba acumulando casi sin darle importancia. Con el tiempo, escribir dejó de ser el centro de todo. Después del instituto decidí estudiar Filología Inglesa y, al terminar, cursé una maestría en Edición y Publicaciones en la Universidad de Nueva York. Escribir me gustaba, sí, pero nunca me planteé ser escritor. Aun así, ese amor por los libros tenía que canalizarlo de alguna forma y ayudar a los demás a cumplir ese sueño me pareció la manera más honesta de hacerlo.

Hoy, Starlight no solo no había descartado mi candidatura, sino que me había respondido casi de inmediato. Un correo claro, directo, con la información de lo que podía convertirse en mi primera entrevista con ellos.

Después de leer y releer el email de la señorita Piazza, abrí el vestidor y escogí la americana que más me gustaba: azul marino. Mi hermana siempre decía que un buen conjunto aseguraba las

primeras buenas impresiones, y hoy no quería fallar. La combiné con una camiseta blanca, pantalones de pinza y mis zapatillas blancas de siempre. Simple, cómodo y correcto: ni demasiado ejecutivo, ni demasiado informal. Cuando terminé, me pasé la mano por el pelo sin pensarlo demasiado y me eché un poco de colonia. Siempre me había gustado oler bien; era un pequeño ritual que me hacía sentir listo para cualquier cosa que viniera. Me puse el reloj de la suerte y cogí el maletín con el portátil, por si acaso necesitaba enseñar algo de mi portfolio durante el proceso de selección.

Mientras caminaba por las calles, mi cabeza reproducía posibles respuestas y se adelantaba a las preguntas que podrían hacerme. A cada paso, el corazón se me aceleraba; si hubiera sido fumador, habría terminado el paquete en diez minutos.

Frente a la puerta de Starlight, me tomé un *espresso* a toda prisa. Y, en cuanto puse un pie dentro, lo entendí. Nada de lo que había visto en redes le hacía justicia.

El edificio era enorme, moderno, lleno de cristaleras que dejaban entrar la luz natural. Tonos blancos, espacios abiertos, grandes mostradores al fondo. Todo respiraba orden, éxito y movimiento. Me dirigí al mostrador principal y pregunté por la señorita Piazza. Me indicaron que se encontraba en la planta diecinueve.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, volví a quedarme impresionado. Aquella planta era aún más luminosa que la entrada, con techos altos y una calma que contrastaba con el ritmo del resto del edificio. No tuve que buscar demasiado. Un cartel discreto junto a la primera puerta lo dejaba claro:

Chiara Piazza.

Recursos Humanos.

Me detuve frente a la puerta, intentando frenar el movimiento nervioso de mis piernas mientras esperaba mi llamada.

—Señor Caldwell, adelante.

El despacho de Piazza era muy luminoso, tenía una mesa amplia y una estantería súper organizada a su espalda. Todo en ella transmitía control y eficiencia, desde la forma en la que me indicó que tomara asiento hasta cómo colocó mi currículum frente a sí.

—Señor Caldwell, bienvenido a Starlight Publishing —dijo con una sonrisa profesional—. Gracias por venir.

—Gracias a usted por la oportunidad —respondí, intentando sonar tranquilo.

Hojeó mi currículum con calma, aunque era evidente por su expresión que ya lo había leído antes.

—He visto que has trabajado en dos editoriales independientes —comentó—. No muchos años, pero sí en departamentos clave.

Asentí.

—Me interesaba entender el proceso editorial desde dentro. No solo corregir textos, sino aprender cómo se construye un libro desde el manuscrito hasta que llega a las manos del lector.

—Y tus estudios respaldan esa intención —añadió—. Filología Inglesa, máster en Edición y Publicaciones en la NYU… Es un perfil joven, pero prometedor.

La entrevista avanzó con preguntas claras: cómo trabajaba bajo presión, cómo gestionaba plazos ajustados, qué tipo de autores prefería editar, cómo reaccionaba ante un manuscrito problemático. Fui respondiendo a las cuestiones sin adornar demasiado. No tenía sentido fingir algo que no era. A los treinta minutos de entrar, cerró la carpeta y me miró a los ojos de manera directa.

—Creemos que encajas bien en la vacante que tenemos abierta. Así que, si te parece, te doy la bienvenida a Starlight.

Por un segundo no supe qué decir.

—Gracias —logré responder—. De verdad, señorita Piazza.

—Llámame Chiara, por favor. Aquí solo usamos apellidos cuando hay jefes de por medio —añadió con una media sonrisa—. Si quieres, te enseño tu puesto de trabajo.

Salimos del despacho y caminamos por el pasillo hasta una zona amplia, llena de escritorios blancos y ventanales enormes. Me señaló uno en concreto.

—Este será tu espacio. Compartirás la mesa con Lena.

Asentí.

—Hoy está teletrabajando, pero mañana empezará tu formación con ella —continuó—. Es la persona indicada para que te sitúes rápido en la dinámica de la editorial.

Se apoyó con ligereza en el escritorio.

—Puedes acomodarte, traer tus cosas, organizar el espacio como te resulte más cómodo. Queremos que te sientas parte del equipo desde el primer día.

—Lo agradezco —contesté recorriendo el lugar con la mirada.

—Nos vemos mañana, Nathan. Ya sabes dónde está la salida.

Y así, sin grandes ceremonias, todo quedó cerrado.

Aproveché para dar un vistazo a toda la planta y antes de irme, puse un poco de orden en el que ahora también será mi escritorio.

De camino a casa, con el maletín apoyado en la pierna y la ciudad pasando a toda velocidad tras la ventanilla del Uber, repasé en mi cabeza cada momento. Había salido bien. Mejor de lo que me había permitido imaginar. Era parte de Starlight, y tenía que empezar a creérmelo. Por primera vez en mucho tiempo, no sentía que estuviera persiguiendo algo inalcanzable, sino que acababa de entrar, por fin, en el lugar correcto.

CAPÍTULO 4

Lena

—¡Ay, Dios mío! Este tío es gilipollas… ¿Pero quién se ha creído que es? —exclamé, señalando mi nuevo escritorio.

Y sí, digo «nuevo», porque el escritorio estaba impecable. Cada carpeta, cada bolígrafo, cada objeto que yo tenía desparramado por ahí, había encontrado su sitio. Joder. Hasta mis notas parecían tener un orden fijo. Y, a esas alturas, tenía bastante claro que no habían sido Lily ni Charlie, los chicos de la limpieza. Los pobres ya estaban advertidos de no tocar mis cosas, así que cuando pasaban por aquí dejaban el caos tal cual estaba y se centraban en pasar el polvo a la pantalla del ordenador, y poco más.

Ver aquello me cruzó los cables de inmediato. Suspiré, observando lo que ahora parecía ser la versión nueva del escritorio. Solo de pensar en buscar allí todas mis cosas, me subió la presión.

Mientras revolvía mis pertenencias como una posesa, vi por el reflejo del ventanal que alguien se asomaba, al no reconocer la silueta, supe que debía tratarse de mi compañero. Recé para que no me hubiera escuchado.

—Tú debes de ser Lena, ¿verdad?

Me giré despacio, temiendo descubrir su cara. Si me había escuchado… no iba a ser el mejor de los comienzos.

—Sí —respondí, tratando de mantener la compostura—. Lena Martínez.

—Perfecto —dijo, extendiéndome la mano—. Soy Nathan Caldwell.

Si hubiera escuchado esa vocecita interior, habría desplegado un repertorio de insultos hacía su persona. De esos que no necesitan volumen para hacer temblar una oficina entera. Las ganas de soltarlo todo me ardían en la lengua, pero no lo hice. Ni siquiera un gesto fuera de lugar. Contuve la sonrisa incómoda y,

sorprendentemente, hoy, Lena y su autocontrol se anotaban un punto extra.

Nathan seguía ahí, observándome como si esperara una respuesta, no sé si fue por la sorpresa al escuchar mi apellido español, o por mi cara de pocos amigos, porque fingir no era lo mío, por mucho que lo intentara. Respiré hondo, tratando de sofocar el incendio que me subía por dentro, y continué la conversación con una calma sorprendente.

En aquel momento, me di cuenta de que nuestras manos seguían unidas. La suya era más grande que la mía, y su palma estaba cálida.

—¿Qué tal tu primer día? Ya veo que te has topado con mi bonito caos. ¿Has usado una varita mágica para dejarlo todo como está ahora? —pregunté con sarcasmo.

Nathan me miró y murmuró algo por lo bajini. Tuvo suerte de que no lo escuchara bien, porque Scarlett apareció en ese momento y nos interrumpió.

—Veo que ya os habéis conocido. Estoy segura de que os llevaréis muy bien —dijo con una sonrisa calculada—. Esta mañana le comenté a Nathan —añadió, señalándolo— que en cuanto puedas sacarás tiempo para ponerlo al día y ayudarlo a adaptarse con facilidad. ¿Verdad, Lena?

—Por supuesto, Scarlett —respondí sin dudar—. En cuanto vuelva del descanso me pongo con ello.

Lo dije con una sonrisa eficaz, de las que salen solas cuando alguien confía en ti más de la cuenta. Por dentro, sin embargo, la idea de sumar una tarea más a mi lista me dio una pereza monumental. Aun así, asentí. Como siempre.

Más tarde, al volver de la cocina con mi segundo café del día entre las manos, algo en el escritorio llamó mi atención desde lejos.

Flores.

Me detuve un segundo, incrédula.

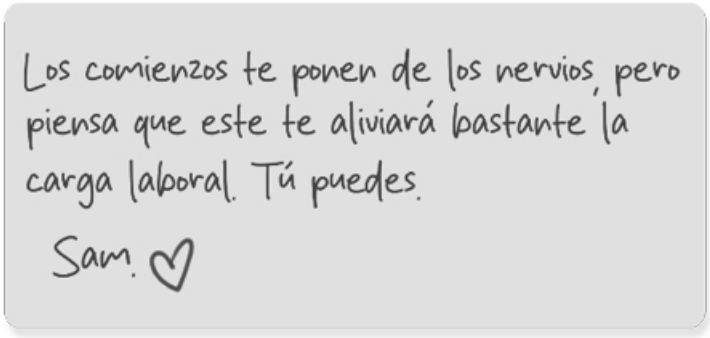
¿En serio? ¿También se había dignado a decorar? Lo de Nathan en su primer día empezaba a rozar lo increíble. No sabía todavía si trabajaría bien, pero desde luego se estaba acomodando como si llevara allí toda la vida. Me acerqué a la vez que seguía flipando y,

antes incluso de sentarme, lo vi. Delante del ramo, entre las flores, había un sobre de color rosado y en el centro se leía con total claridad:

Para Leny.

Fruncí el ceño. Solo las chicas y Sam me llamaban así.

Abrí el sobre sin pensarlo dos veces y saqué la nota.



Sonreí sin poder evitarlo.

Bendito Sam. Siempre aparecía cuando más lo necesitaba, como un ángel caído del cielo con un radar especial para mis crisis silenciosas. No solucionaba el caos, pero lo hacía un poco más llevadero. Y, a veces, eso era más que suficiente.

CAPÍTULO 5

Nathan

Si había algo que tenía claro de Lena después del día de hoy, eran tres cosas: su nombre, su desorden y que su novio debía quererla mucho.

A media mañana apareció un mensajero preguntando por ella. Cuando le expliqué que estaba en el descanso, dejó sobre su escritorio un ramo enorme de eucalipto con rosas blancas. De haber sido su novio, no me habría permitido enviarle flores al trabajo. No porque no creyera en los gestos románticos, sino porque tengo otra forma de cuidar algo que me importa. A juzgar por aquel gesto, Lena, en cambio, parecía de las que todavía creen en declaraciones a lo grande: *flashmobs* en Central Park, amor a la vista de todos y finales felices para todas las historias.

Cuando el mensajero ya se estaba yendo, se me escapó una risa floja, involuntaria.

No pude evitar imaginar la escena si hubiera venido ayer. Aquella mesa habría sido un campo de batalla: papeles por todas partes, carpetas abiertas, notas superpuestas... No cabía ni un bolígrafo más. Cualquiera habría salido de allí con un *tic* nervioso.

Cuando Lena volvió del descanso, me enseñó algunos manuscritos y enseguida me puse a organizar todo lo que necesitaba preparar para las próximas semanas: correos, tareas, autores, etc. Lo fui apuntando todo a prisas, intentando no perder el hilo. Entre las tareas más urgentes estaba enviar un correo de presentación. Cuando te incorporas a un trabajo como el nuestro, es importante presentarte a los autores, dejando claro que la empresa me pondría al día de los detalles importantes. Es obvio que cuando hay cambios de dinámica o de compañeros en el trabajo, la gente se pone nerviosa. Todo lo que hasta ahora habían manejado con soltura y confianza pasaba de repente a manos de otra persona, y eso

generaba una tensión invisible. Cuando terminé el primer borrador, me giré hacia ella.

—Te he mandado el texto que he puesto en los correos de presentación —dije— He pensado que quizá me vendrían bien tus correcciones. Ya sabes, les conoces más…

Lena levantó la vista de su montaña de papeles. Me observó un segundo, como midiendo algo que no tenía nada que ver con el correo, y esbozó una sonrisa ligera.

—Genial. Cuando pueda le echo un ojo.

Enseguida volvió a lo suyo, sumida en su mundo de notas y manuscritos. La observé sin disimulo. Me fijé en cómo movía los papeles, cómo localizaba lo que buscaba sin dudar. Todo parecía bajo control sin que lo pareciera. El caos no la desbordaba, jugaba a su favor. Me sorprendió admitirlo, pero mirarla ahí, en medio de su propio desorden, me sirvió un poco más para entenderla.

Mientras esperaba el visto bueno de Lena, pasé al siguiente punto de la lista: leer el manuscrito de fantasía de un tal Conrad Wright. No era el género que más me gustaba, pero tenía la sensación de que, con tal de seguir bien en la empresa, habría dicho que sí incluso a ser editor de terror.

A las cuatro y cuarenta seguía sin respuesta. Me giré para comentarle si había tenido tiempo de mirarlo, pero estaba inmersa en su mundo. No sabía cómo era capaz de trabajar así: en una reunión, con los auriculares puestos, la mirada perdida en algún punto indeterminado y, al mismo tiempo, escribiendo algo en el teclado de su portátil como si nada más existiera a su alrededor. En ese momento decidí que sería absurdo molestarla por los correos, así que a las cinco en punto, terminé de mandar todos los emails; me puse el abrigo, y le hice un gesto discreto para despedirme. La verdad, no estoy seguro de que se diera cuenta, apenas levantó la vista del ordenador. Esa mujer tenía pinta de hacer más horas que un reloj.

Al salir del edificio, me detuve un instante en la acera y alcé la vista hacia la fachada de Starlight, bañada por la luz de la tarde. El reflejo del sol en los ventanales me devolvió de una manera amable una certeza que llevaba tiempo esperando: estaba donde quería estar.

Y no es que antes estuviera en el lugar incorrecto, de hecho, en la otra revista, había aprendido muchas cosas, y estaba agradecido. Pero aquí tenía la oportunidad de crecer y no pensaba desperdiciarlo.

CAPÍTULO 6

Lena

Los jueves suelen ser noche de karaoke. Cuando salimos del trabajo, nos reunimos en el recibidor de la editorial y volvemos juntas a casa. Es un pequeño ritual que tenemos para recordarnos que el fin de semana está un poco más cerca.

En Nueva York la vida te absorbe sin pedir permiso. Cuando llevas poco tiempo aquí, todo parece un caos constante y llegas a pensar que un día vas a perder la cabeza. La ciudad es exactamente como en las películas: el tráfico no se detiene ni de madrugada, la gente camina siempre deprisa, los cafés para llevar vuelan de los locales y todo el mundo parece tener un destino claro, incluso cuando no lo tiene.

Cuando llegué, echaba de menos la tranquilidad del Mediterráneo. Vivía en un pueblo pequeño de la Costa Dorada, donde el aire olía a sal, las distancias eran cortas y en diez minutos podías estar en la playa o en la montaña. Aquí, en cambio, diez minutos es lo que tardo en cruzar una avenida. Y aun así, este sueño llevaba conmigo desde niña. Desde aquellas tardes viendo *Sexo En Nueva York* con mi madre, imaginando que algún día yo también formaría parte de la ciudad que no duerme.

No fue hasta la universidad cuando descubrí los famosos jueves universitarios: fiestas donde nos juntábamos gran parte del campus para despejarnos de nuestras obligaciones. Cuando me mudé a Nueva York, eché de menos ese paréntesis, esa excusa para parar. Por eso, cuando empecé a compartir piso con Elaia y Chiara, les propuse instaurar un plan fijo para los jueves, no tuvimos que debatirlo mucho, enseguida tuvimos un ganador claro: el karaoke. El ritual estaba establecido. Llegábamos a casa, poníamos nuestra lista favorita en *Spotify* y, mientras nos duchábamos y nos arreglábamos,

cantábamos, bailábamos y charlabamos sin orden ni pudor. Un planazo, si me preguntan.

Los jueves ni siquiera Lorenzo llamaba a Chiara. Al principio lo había intentado pero cuando veía que lo único que podía escuchar eran gritos y desafines, nos miraba por la pantalla con resignación y acababa colgando. Chiara ya nos había dicho que él nos tomaba por unas locas con las que no se podía dialogar cuando estábamos en ese modo.

Ese día tardamos un poco más en salir, porque me acribillaron a preguntas sobre Nathan. Eran unas cotillas, pero esos momentos en los que se interesan por mí me recuerdan que son lo más parecido a una familia que tengo aquí. Y es una suerte, porque cuando lo dejas todo para perseguir tus sueños, también renuncias un poco a lo que tenías: trabajo, costumbres, familia, amistades… Y en mi caso, había dejado atrás a mi mejor amiga Sara, y la echaba mucho de menos.

Cuando llegamos a West 32nd Street, en pleno Koreatown, la noche ya estaba viva. Nos dirigimos a nuestro bar musical favorito. Se encontraba en un segundo piso, al que se accedía por una escalera estrecha desde la calle. La verdad, es que daba un poco de *cringe* pero una vez lo descubres, ya no hay marcha atrás, siempre te parece la mejor opción. Resulta gracioso, si lo observas desde fuera, pensarías en no entrar, pero cuando estás dentro, esa sensación cambia por completo. Siempre está lleno de gente de nuestra edad y el ambientazo está asegurado.

Elaia se acercó a la barra para pedir nuestros Aperol Spritz. En la *happy hour* salían bastante más baratos que otros cócteles, así que aprovechamos sin culpa. Chiara y yo ocupamos una mesa cerca del escenario; ahí se concentra lo mejor del ambiente, y era imposible no venirse arriba.

—¿Con qué canción haremos hoy el ridículo? —preguntó Chiara.

—Deja las vergüenzas atrás, Cler, no seas tan sosa —contesté.

—Parece mentira que no nos conozcas. Nosotras no te hacemos pasar vergüenza, te hacemos disfrutar, admítelo —añadió Elaia.

—Por favor, os pido que me emborrachéis un poco. Hagamos lo que hagamos, prefiero no recordarlo mañana.

Chiara era la más vergonzosa de las tres. Al menos, cuando teníamos público, porque en casa, entre nuestras cuatro paredes, era la que más se desmelenaba, pero había algo en ella, en su sentido de la responsabilidad o la madurez, que le impedía pensar así cuando salíamos por ahí. Elaia y yo en cambio, parecíamos ser las más alocadas, y no nos importaba en absoluto la impresión que podíamos dar.

Después de tres copas en el cuerpo, ya no había dudas. Teníamos que animar al personal, así que me subí al escenario y pedí la que llamábamos mi canción mítica: *Gasolina* de Daddy Yankee. Canción que ellas se saben de memoria. Y no porque alguien las obligara a hacerlo o bueno, quizá sí. Sabía que con esa canción las animaría así que tomé la iniciativa.

Lo di todo. Micrófono en mano, actitud de diva sin talento y cero vergüenza. El karaoke era el único sitio donde podía evadirme del trabajo. Las chicas se colocaron a mi alrededor haciendo los coros, bailando y moviéndose como si aquello fuera un concierto multitudinario y no un karaoke perdido en Koreatown. Aunque hay que admitir que, con lo bien que bailaba Elaia, alguna vez hasta nos habían dejado propina.

No era la imagen más típica que podrías encontrarte en un bar musical de Nueva York, pero éramos nosotras, como un huracán en medio de cualquier lugar. Tres voces desafinadas, risas que se colaban entre canciones y una energía imposible de apagar porque, cuando estábamos juntas, brillábamos como las que más.

Entre canciones, brindis y aplausos ajenos, la noche se nos fue de las manos, como siempre. La música seguía sonando incluso cuando bajábamos las escaleras, todavía con el eco de nuestras propias carcajadas resonando en la cabeza. Al bajar del metro, caminamos de vuelta a casa mientras nos sosteníamos las unas a las otras para evitar una caída estúpida.

—Cler, si vas a potar, por favor, espérate a hacerlo en casa —le dijo Elaia mientras trataba de enderezarla.

Esa era una de las consecuencias que solíamos pagar cuando se emborrachaba. Siempre alegaba que era porque le caía mal la cena,

pero sabíamos de sobra que los chupitos que se tomaba para perder la vergüenza eran el motivo.

Ya en el piso, dejé los zapatos tirados al borde de la cama y me dejé caer en ella sin pensar demasiado.

—¡Lenyyyyyy! —dijo una voz acercándose a mi habitación—. Mira qué guapa estoy.

—Cler, vete a dormir, reina. Mañana necesitarás estar descansada.

—¿Pero estoy guapa o no? —dijo mientras se agarraba al marco para no caerse.

—Sí lo estás —dijo Elaia, acercándose a la habitación para tratar de llevársela.

—Yo también quiero que vosotras estéis guapas, ¿estáis guapas?

Tuvimos que llevarla a su habitación y tumbarla en la cama. Estaba muy graciosa cuando bebía, pero había que frenarla, porque podía pasarse horas en el limbo.

Al volver a mi cuarto, antes de apagar la luz, enchufé el móvil para cargarlo y vi que dos notificaciones de Noa parpadeaban en la pantalla. Creí que contestarle no era buena idea cuando siquiera veía nítidas las letras, así que lo dejé cargando en la mesilla, cerré los ojos y me prometí que me ocuparía de ello al día siguiente.

CAPÍTULO 7

Nathan

Cuando salí de la oficina, el día todavía no había terminado para mí. Quedé con unos colegas de mi antiguo trabajo cerca de Koreatown. Tomamos una cerveza para desconectar y aproveché para explicarles mi primer día de trabajo.

Como ya iba siendo costumbre cuando me juntaba con ellos, una cerveza se convirtió en otra. Y luego, en otra más. Era un modo de desconexión bastante absurdo, porque siempre terminábamos hablando de cosas sin importancia, e incluso se me hacía pesado aguantarlos en ocasiones. El plan era simple: beber, beber y charlar, y casi siempre que nos animamos un poco más de la cuenta, acabamos en lugares aleatorios, por lo que no me pareció raro terminar la noche en un bar musical aunque esa fuera nuestra última opción de haber estado serenos. Aunque a decir verdad, creo que éramos incapaces de decir que no a cualquier plan juntos.

Subimos por una escalera estrecha, mal iluminada, con la música filtrándose desde arriba y voces mezcladas en varios idiomas. Al abrir la puerta, el ambiente nos golpeó de lleno, cosa que no esperábamos. El bar apestaba a alcohol, y los pies se enganchaban en el suelo cuando caminabas. Mientras nos acercábamos al escenario buscando un sitio donde sentarnos, un grupo de chicas llamó nuestra atención. Sin duda animaban el lugar, si echabas la vista atrás, no había una sola persona en el público que no estuviera aplaudiendo con energía al ritmo de la música.

Cuando nos acercamos, reconocí una de las siluetas del escenario, era Lena, y me pareció que otra de las chicas que la acompañaba en el escenario era la señorita Piazza. Me quedé quieto unos segundos, observando. Como si necesitara asegurarme de que no era una ilusión causada por la cerveza. En un momento se agarró al pie del micrófono, inclinándose hacia delante como si fuera la mismísima

Beyoncé. El público respondió con aplausos y gritos y ella estaba en el escenario como si formara parte de él, sonriendo y saludando junto con sus dos amigas. Si alguien me hubiera jurado que no era ella, le habría creído.

No se me pasó por la cabeza acercarme, porque creo que, de haberse dado cuenta de que yo había presenciado esa escena, nuestra relación laboral se hubiera caído por completo. Pero no pude dejar de pensar en lo distinta que parecía aquí, lejos de Starlight. En cómo esa versión suya no encajaba con la imagen que yo me había formado y, al mismo tiempo, demostraba otras muchas cosas de su persona. Estaba guapa, parecía ligera y divertida.

—¿Habéis visto a esas tres? —comentó Liam.

—Menudo pedo llevan, madre mía. ¿Habéis visto a la del medio? Tiene una buena follada, eh —comentó Henry.

—¿Por qué cojones sois tan groseros? —exclamé, cabreado.

—Uy, Nathan, ¿te gusta esa? ¿Te la quieres follar?

—Tío, cuando os ponéis en este plan de macho alfa os detesto.

Me levanté indignado y me fui hacía casa. Me había molestado que hablaran así de Lena, no porque quisiera follarmela, pero joder, eran unos putos pervertidos. Cuando bebían, solían hablar así de las mujeres y me daba una vergüenza terrible, supongo que el hecho de ser hermano mayor ayudaba. Me daba una rabia increíble pensar que alguien pudiera decir algo así de Fallon —y de cualquier otra mujer, ya que estábamos—.

Me fui a la cama casi a las tres de la mañana y dormí fatal, podría decir que, probablemente, fue por culpa del alcohol. Pero esos comentarios hacía Lena también me habían afectado, aunque no sabía muy bien por qué.

Al día siguiente me desperté antes de lo habitual, hecho trizas. No es que no supiera beber, pero con los años las resacas se llevan peor; hay mañanas en las que no existe ibuprofeno que haga milagros. Ya lo decía mi hermana, de los treinta para arriba, todo se nota más.

Cuando salí al comedor, Fallon ya había desayunado y, para mi desgracia, no había dejado ni un sorbo de café.

—Joder, Fallon, hoy me vendría bien un café.

—Lo que te vendría bien es no beber tanto —comentó mientras me tocaba el hombro.

—Anda, calla, y prepárame uno, por favor —dije mientras me tocaba la sien.

—No tenemos más cápsulas si quieres bajo a comprar, pero…

No dejé que terminará la frase, recordé los desayunos de la gran cocina de la oficina y decidí ir hasta allí. Un buen desayuno americano nunca falla, y lo necesitaba si quería cumplir bien con el trabajo.

CAPÍTULO 8

Lena

Cuando sonó la alarma, lo primero que vi no fue la hora. Con los ojos aún medio cerrados, la pantalla del móvil me golpeó con un caos imposible de ignorar: mensajes sin abrir, llamadas perdidas, notificaciones superpuestas unas sobre otras. Tardé un par de segundos en procesarlo. Más de veinte mensajes de Noa a lo largo de la noche. Era evidente que algo no iba bien.

Me incorporé despacio, apoyando la espalda en el cabecero, y me froté los ojos todavía dormidos, intentando que la vista se enfocara lo suficiente como para leer con calma y por un momento maldije haber bebido tanto ayer.

Abrí nuestra conversación, sabiendo a ciencia cierta que lo que iba a encontrar ahí no iba a ser un mensaje de energía positiva, ni uno en plan: «¿Qué tal si quedamos?». Primero, porque era evidente que nuestra relación era profesional, y segundo, porque Noa nunca solía saturarme a mensajes, y menos por la noche.

El primer mensaje que conseguí leer me tensó el estómago.

> NOA SPARKER:
> No entiendo estos cambios. Estamos a una semana de la entrega. ¿Me podéis explicar qué ha pasado?

Fruncí el ceño. El sueño se me disolvió de golpe, sustituido por una presión lenta en el pecho. ¿Cambios? ¿De qué cambios hablaba Noa? Reproduje en mi cabeza nuestra última reunión en Bluebird. El calendario con los plazos marcados, las fechas de promoción e incluso lo que haríamos el día del lanzamiento. Ni siquiera sabía de qué cambios estaba hablándome, ahora mismo el único cambio que notaba era la peste a alcohol que derrochaba.

Antes de seguir leyendo, respiré hondo y le escribí un mensaje intentando sonar de lo más profesional.

> LENA.M STARLIGHT:

No sé a qué cambios te refieres. Voy a revisarlo y lo hablamos con calma. No te preocupes.

Lo envié sin pensarlo demasiado. Era el tipo de mensaje que se escribe cuando todavía confías en que todo tiene una explicación sencilla. Cuando aún no sospechas que algo, en algún punto, se ha torcido de verdad.

Me quedé unos segundos mirando la pantalla, como si esperara que el móvil me devolviera una respuesta inmediata capaz de resolver el problema. Me levanté de la cama, me puse perfume y me vestí deprisa, con el *look* que había dejado preparado la noche anterior con Elaia y Chiara. No sé en qué momento me pareció divertido aceptar llevar una minifalda para ir a la oficina y causar buena impresión a Nathan, pero me daba una pereza increíble cambiarlo todo a última hora.

Mientras me recogía el pelo frente al espejo, intentaba frenar el pensamiento de que quizá ayer la había liado yendo borracha. Pero no, sería incapaz de tocar algo del trabajo en ese estado. Podía liarme con un desconocido, podía buscarle un novio a Elaia sin la más mínima vergüenza, o incluso podría nadar desnuda en un lago, pero con el trabajo no jugaba.

De camino a Starlight, recogí mi café con caramelo y chocolate blanco. Hoy lo necesitaba más que nunca, aunque siendo sincera, sospechaba que lo iba a vomitar. Los nervios me estaban consumiendo. Los cambios de los que hablaba Noa, podrían hacernos perder el contrato con ella y de ser así, Scarlett me mataría.

Ya en la oficina, dejé el bolso sobre la silla y encendí el ordenador sin quitarme ni siquiera el abrigo. Revisé los últimos mensajes con Scarlett, por si me había comentado algo sobre ese supuesto cambio. Abrí los documentos de las últimas reuniones, repasé fechas, notas, decisiones. Y cuando ya no encontré nada más a lo que agarrarme, abrí el correo, esperando que allí apareciera, por fin, una respuesta.

No podía creer lo que estaban viendo mis ojos. Nathan me había mandado el mensaje que quería enviarle a los autores que le habíamos asignado, un mensaje que, por cierto, era formal y

cuidadoso. El problema real era que le había mandado su presentación a Noa. Y no solo era un problema para Noa, o para Nathan, el peso recaía sobre mí. Primero porque Scarlett no me lo iba a pasar por alto, y segundo, porque Noa quizá acababa de perder toda su confianza en mí.

CAPÍTULO 9

Nathan

Lena me miró como si acabara de hablar en otro idioma. En ese preciso instante lo importante era que una expresión en su cara me dijo que había cruzado una línea que, hasta ahora, no sabía que existía.

—¿Cómo que te pasé esta autora? —comentó al fin—. ¿De qué estás hablando?

No le hace falta levantarme la voz, porque en su rostro se percibía una inquietud tan tensa que me descolocó más que cualquier grito. Mientras la miraba, le señalé la pantalla, todavía convencido de que se trataba de un malentendido menor.

—La carpeta compartida. La que me enviaste con los proyectos nuevos. Mira, ahí estaba este archivo. *Noah S.* Pensé que…

Antes siquiera de seguir la frase, me quedé atónito mirando bien lo que acababa de leer. Ahí no ponía Noa, sino Noah. Sí, con «h» final. Cojones, ¿cómo podía haber estado tan ciego?

Esperando respuesta, Lena se puso de pie mientras observaba la pantalla y clavó la mirada en mí, con los ojos abiertos como platos, como quien no se atreve a hablar pero quiere asegurarse de que quien le escucha está comprendiendo la gravedad. Fue cuando me fijé en cómo se le ajustaba la falda al cuerpo.

—Vamos a ver, Nathan, pero tú ¿sabes leer?

Me quedé tan embobado mirando la falda que tardé tres segundos de más en responder. Como si aquello no fuera conmigo.

—¿Qué?

—Sí, que si sabes leer. ¿Qué pone aquí? —dijo mientras señalaba el nombre en la pantalla.

Tragué saliva, porque dos segundos antes de esto, me había dado cuenta del puto fallo que había comentido. El error era tan evidente que ni siquiera sé cómo pude no verlo.

—Yo… —empiezo—. Pensé que…

Ni siquiera sabía qué cojones decirle.

Lena apoyó las manos en la mesa. Pude ver cómo apretaba los dedos contra la superficie y cómo giraba el anillo una y otra vez, buscando un ancla que la sujetara en medio del desconcierto. Uno que había creado yo, en menos de veinticuatro horas.

—Llevas cuatro días aquí —dice—. Cuatro. Y casi la lías con nuestra autora principal.

Tiene razón, joder, llevo aquí cuatro días. Y he movido, sin querer, una ficha que podía hacer que Starlight perdiera un contrato. Esto, desde luego, no era la mejor carta de presentación que podía ofrecer.

—No era mi intención —dije intentando sostener el error.

—¿Eres consciente de lo que pasaría si Scarlett se entera de esto?

La decepción en su rostro pesaba más que el enfado. Por supuesto que había pensado en qué pasaría. La opción A incluía echarme; la B, también; y así de manera sucesiva hasta terminar el abecedario. Ninguna acababa bien para mí.

—Casi me da un infarto cuando he visto los mensajes de Noa esta mañana —continuó—. Por no hablar de que esto rompe el contrato que tiene firmado con Starlight. Joder, Nathan, es nuestra autora principal.

—Perdona ¿vale? —añadí—. Te mandé el texto y también te adjunte los nombres de los autores que voy a llevar ahora, los que me has pasado.

—¿Me estás diciendo que esto es mi culpa?

—De haberme contestado, de haberme prestado atención, igual no la hubiera cagado.

—No soy tu niñera, idiota.

No creí que contestar fuera la mejor opción. Y mucho menos después de que acabara de llamarme idiota. Idiota había sido la última palabra que pronunció Alice antes de dejarme. Idiota fue el insulto que usó para definirme cuando me rompió el corazón al enterarme de como se había reído de mi. Una sola palabra bastó entonces para hundirme, y ahora volvía a resonar en mi cabeza como el eco persistente de una época que creía superada.

—Tienes razón, Lena —dije al final—. La próxima vez prometo ser más responsable.

Me giré incluso antes de que pudiera responder. No quería darle margen para rematarlo. Ni para que se diera cuenta de lo que acababa de provocar.

La sensación al escuchar «idiota» saliendo de su boca me dolió más de lo que estaba dispuesto a admitir. Tanto, que noté cómo los ojos se me cristalizaban y tuve que parpadear varias veces para no permitir que nadie lo notara. Me dirigí hacia la cocina, tratando de recomponerme por el camino. Respiré hondo, intentando que el aire que llenaba mis pulmones calmara, aunque fuera mínimamente, mis nervios. Ya delante del *buffet*, me acerqué al mostrador y apreté el botón de la cafetera al menos tres veces. No estaba seguro de si algo iba a sacarme de aquel laberinto mental, pero la cafeína era una buena forma de intentarlo.

CAPÍTULO 10

Lena

No sabía cuánto necesitaba este fin de semana hasta que me ha tocado disfrutarlo. A veces, cuando vives con el piloto automático puesto, no te das cuenta de que necesitas un respiro real para saborear la vida. Yo llevaba semanas funcionando así, sin freno. Siendo honesta, meses, en realidad.

Desde que empecé en Starlight, el caos se había ido apoderando de todo, y seamos claras: no solo del estado de mi escritorio. A mi alrededor, todo parecía avanzar a un ritmo imposible de mantener, como si alguien hubiera pisado el acelerador sin preguntarme si yo estaba preparada para seguirle el paso. Cuando Sam se fue, no fue solo su ausencia lo que me descolocó, sino todo lo que dejó atrás. Proyectos, autores y decisiones que pasaron a engrosar mi lista sin previo aviso. Scarlett se quedó con algunos de los proyectos más grandes, sí, pero muchos otros acabaron en mis manos. Intentar encajar todo eso en una agenda que ya estaba cerrada de antemano, era una misión condenada al fracaso.

Como era evidente, no salió como esperaba.

Durante mucho tiempo, esa confianza que depositaba Scarlett en mí, fue uno de los motivos por los que me sentí cómoda aquí, estaba siendo reconocida. Valorada. Un gesto que durante mucho tiempo me sostuvo, hasta que llegó el día en que dejó de ser un respaldo y empezó a parecerse demasiado a una carga. Y si a todo esto le sumamos la llegada de Nathan, el cuadro ya rozaba lo absurdo.

Qué ingenua fui cuando me alegré al saber que alguien nuevo se incorporaba al equipo. Pensé que, por fin, podría repartir carga. Soltar un poco. Que parte de esa presión dejaría de recaer siempre en el mismo sitio. Ahora el trabajo parecía haber reaparecido por otro lado. Porque Nathan no había tardado ni una semana en complicarlo todo. Le hice perjurar que le pediría disculpas a Noa, no

solo por correo sino que me acompañaría a mi próxima reunión con ella. Aunque yo ya había hablado con ella para tranquilizarla, no quería que él se fuera de rositas. Resultaba casi irónico. Llegó como quien no quiere molestar, con esa imagen de chico responsable que parece incapaz de romper un plato. No podía evitar recordarlo entrando en la oficina en su primer día: café en mano, pose de chulo y ese perfume que consiguió que media planta se detuviera un segundo de más. No sé por qué narices tenía que ser tan guapo; estaba empezando a pensar que quizá esa belleza se la habían concedido para compensar su personalidad.

Solo había pasado una semana desde su llegada y ya me la había liado con Noa. Y eso sin entrar en el tema de mi escritorio. Sí, seguía enfadada. No entendía por qué tuvo que tocar mis cosas cuando podría haberse limitado a ocupar su lado de la mesa y punto.

La reacción de Scarlett, cuando tuve que disculparme por los dos, fue muy distinta a la mía. Como ya esperaba.

Para ella no había ningún drama en lo ocurrido. Como siempre, depositó su fe en que yo lo arreglaría. Y lo hice, por supuesto. Porque necesitaba tener control sobre la situación y, más importante aún, necesitaba cuidar a Noa y asegurarme de que la confianza que había depositado en mí siguiera intacta.

CAPÍTULO 11

Nathan

Llevaba un rato dando vueltas en la cama cuando me di cuenta de que no iba a volver a dormirme. Sin mirar el reloj, sabía que era una de esas mañanas en las que el cuerpo se adelanta por su cuenta, como si hubiera decidido que ya no merece la pena intentar dormir un rato más. En mi caso, no tenía nada que ver con la productividad ni con madrugar por voluntad propia. Tenía un motivo bastante concreto. Desde el viernes arrastraba una tensión extraña, instalada en el cuerpo de forma persistente. Me había pasado el fin de semana dándole vueltas a cómo sería volver a la oficina el lunes, imaginando el gesto de Lena, su enfado, su silencio. Y, por si fuera poco, intentando convivir con una idea incómoda que no dejaba de aparecer: que quizá había sido un idiota.

No lo era. O, al menos, no quería creer que lo fuera. Pero había aprendido que, en determinadas ocasiones, basta con que alguien te lo haga sentir para que la duda se quede a vivir contigo. Es curioso cómo a veces decimos cosas sin medir el peso que pueden tener en la otra persona, sin detenernos a pensar en dónde caen ni qué remueven. Era evidente que ese había sido uno de esos casos. Lena se había enfadado por un error que yo cometí. Y no uno pequeño. Está claro que, con la cabeza caliente, todo el mundo habla desde la rabia; y ella no había sido la excepción. Lo que no esperaba era que esta vez me afectara más de lo normal.

Decidí levantarme antes de que sonara la alarma haciéndole caso a mi cuerpo. Me preparé el café y salí directo hacia Starlight con la sensación de que, llegar antes, era una forma de poner orden, aunque no tuviera muy claro en qué.

Cuando entré en el edificio, la oficina todavía estaba medio vacía. El silencio no era absoluto, pero se le parecía. Ese tipo de calma que te envuelve cuando pasas de vivir con tus padres a vivir solo:

incómoda al principio, pero necesaria. En el ascensor me crucé con la secretaria de Scarlett. Intercambiamos un saludo breve, correcto. Por lo visto, siempre llegaba antes que nadie; se aseguraba de tener el despacho preparado y el café listo. Una rutina tan precisa como inevitable.

Me senté en mi escritorio intentando apagar el agobio que me acompañaba desde que había salido de casa. Joder, si ya de por sí no es fácil ser el nuevo en una empresa, aún lo es menos cuando tu compañera… ¿te odia? No sabía si era odio o enfado. Lo más probable es que fuera lo segundo. Pero, aun así, no había mucho que pudiera hacer al respecto. Después de casi echar a perder un contrato, no esperaba un trato amistoso. Y tampoco podía obligarla.

A decir verdad, apenas nos conocíamos desde hacía unos días y, aunque en mi cabeza había imaginado un comienzo distinto, al menos estaba donde quería estar. Aunque eso significara sentarme cada mañana al lado de alguien que quizá pasaría el día mirándome con reproche.

Dejé de revisar el manuscrito de Conrad cuando un ruido en el estómago me recordó que no había desayunado. Un solo café no bastaba para afrontar ocho horas de trabajo, así que me dirigí a la cocina con la intención de picar algo y seguir con lo mío. Al levantar la vista del *buffet*, la vi al otro lado de la sala. Lena estaba apoyada en la encimera, con un café para llevar en la mano. El de siempre. El de la cafetería de abajo. Lo reconocí porque nunca se sentaba a beberlo, como si el tiempo la empujara constantemente hacia delante. Llevaba una blusa que ya le había visto antes. La misma de la otra noche, en el karaoke. Y no pude evitar preguntarme cómo podía convivir esa Lena con la que había tenido que sostener un desastre sobre nuestra mesa. Al verme, levantó la vista un segundo y asintió con la cabeza para saludarme, ni siquiera me dio tiempo a devolverle el saludo que ya estaba hablando con otro compañero. Me dio la sensación de ser una pieza invisible en medio de esa cocina.

—Nathan, ¿cómo van esos primeros días? —comentó James mientras se acercaba en mi dirección.

James era un compañero de marketing que debía de tener más o menos mi edad. Fue de las primeras personas que conocí, junto a Chiara y Lena. Cuando lo vi salir de la editorial el primer día, lo juzgué por su apariencia de tío chulo, pensé que sería un arrogante. Pero enseguida me di cuenta de que, detrás de ese físico de modelo sacado de revista, se escondía una persona de lo más agradable.

—Pues, como todos los inicios, un poco perdido… Supongo que podría ir mejor —contesté, centrando mi mirada en Lena.

—¿Ya habéis discutido?

Solté un resoplido y contesté:

—La verdad es que no he empezado con buen pie. Ayer la lié un poco con Noa, y casi me mata.

—Sí, no es de carácter fácil. Se toma muy a pecho todo lo que le ocurre en el trabajo. En el fondo, aunque no te lo parezca, es buena tía.

—Será muy en el fondo —comenté con ironía.

—Dale tiempo, vive muy saturada y bajo mucha presión… Seguro que en unos días todo se pone en su lugar —dijo, tocándome el hombro.

—Gracias, tío. Creo que necesitaba que alguien me ayudara a bajar esta presión.

—Nada, colega. Aquí todos sabemos de qué pie cojea cada uno. Es normal que no encuentres tu lugar, acabas de llegar. —Me miró con comprensión y añadió—: Los viernes solemos salir a tomar algo. Si quieres apuntarte, solo tienes que decírmelo. Te paso mi teléfono.

Y ahí, en la cocina de la oficina, mientras buscaba algo para comer, hice mi primer acercamiento de amistad con alguien de la editorial. Me venía bien tener un buen compañero, no solo por la sensación agridulce que tenía hasta ahora con Lena, sino también porque quería abrirme a nueva gente dentro de la oficina.

CAPÍTULO 12

Lena

Esta mañana me he pasado lo mínimo por la oficina. A decir verdad, no tenía ganas de toparme con Nathan. No solo por el malhumor que sabía que eso me provocaría, sino también porque empezaba a creer que me había pasado llamándole idiota. Creo que incluso le afectó. Otro en su lugar, me habría contestado sin pensarlo, y eso me habría enfurecido todavía más. Como cuando discutes con tu pareja y cada comentario empeora el anterior, y acabas en alerta, a la defensiva, sin saber muy bien en qué punto se torció todo. Quería disculparme con él, pero mi ego no me lo permitía.

Admito que su llegada me había incomodado más de lo que esperaba. Llevaba meses queriendo a alguien con quien trabajar codo con codo, como lo había hecho con Sam. Supongo que ahí también estaba parte del problema. Fuera quien fuera el que llegara para cubrirle, nadie iba a ser como él. Así que, en realidad, el conflicto no tenía tanto que ver con Nathan, sino conmigo y con mis expectativas.

En un intento de querer abrir los ojos, les conté a Chiara y Elaia lo que me había ocurrido, omitiendo la parte en la cual le llamé idiota, no creí que se fueran a poner en modo policía si les contaba eso, pero sabia que daría lugar a comentarios con los que no quería lidiar. Y sí, tenían que ver con mi ego en cuánto al trabajo se refiere.

—Scarlett debió flipar —comentó Chiara mientras cogía un trozo de queso de la repisa.

—No me extraña —respondió Elaia—. Noa es su protegida. Ver cómo algo así podía tambalearse… no tuvo que ser plato de buen gusto.

—Eso es lo peor —añadí—. Scarlett, como siempre, me cedió el marrón. Menos mal que, en cuanto se lo conté, puso orden. Porque de ser por mí, esto podría haber acabado incluso peor. A este tío le

han bailado mucho el agua, estoy convencida, y la culpa de ello debe ser su físico. Seguro que se le tiran encima tantas veces que se lo tiene demasiado creído.

—Bueno… un poco *crack* sí es —me interrumpió Chiara, sirviéndose más vino—. Trabajó con Ali Hazelwood. ¿Cuántas de nosotras no hubiéramos querido ser él en ese momento?

Bebió un sorbo y me miró, esperando respuesta.

—*Touché* —admití.

—Lena, una cosa no quita la otra —intervino Elaia—. Es verdad que se vino arriba y la cagó, pero tienes que reconocer que esta confusión la podría haber tenido cualquiera. Incluso tú —añadió, bajando un poco la voz—. Además, lleva pocos días en Starlight. Y sabes de sobra que aquí el ritmo no es fácil.

Resoplé, aunque sabía que no le faltaba razón. El trabajo en la editorial era exigente: el volumen, la presión, las expectativas… no todo el mundo aguantaba el primer golpe.

—Recordemos que lo contrataste porque era guapo —comenté, mirando a Chiara.

—Y porque tiene un buen currículum —se defendió ella.

—Y buenos estudios —remató Elaia.

Negué con la cabeza.

—Hasta la secretaría de Scarlett se habría dado cuenta de ese fallo.

—A ti lo que te pasa es que le guardas rencor por ordenarte el escritorio —dijo Chiara—. Reconoce que te hizo estallar cuando te lo encontraste todo impoluto.

—Tía, nadie en su sano juicio toca el escritorio de su compañera el primer día sin permiso —respondí—. Y, por cierto, por mucho que se empeñe en ordenarlo, mi método es mi caos y le tocará acostumbrarse.

Las tres nos miramos sonriendo. Sabían ya por costumbre, que era incapaz de trabajar con un orden impoluto. Que dentro de ese desorden aparente había una lógica que solo yo entendía. De pequeña hacía lo mismo en mi habitación. Mi madre se volvía loca, pero yo siempre sabía dónde estaba todo, y ahora, a mis veintitodos, seguía igual.

Elaia apoyó los codos sobre la isla y sonrió.

—Y hablando de trabajo —dijo—, ¿a que no sabéis quién ha tenido una ideaza para la promo de la novela de Noa?

Chiara y yo la miramos al mismo tiempo.

—Aún tengo que confirmarlo con Scarlett —añadió—. Cuando me dé el visto bueno os lo cuento todo. Pero, amigas… si esto sale como creo, esta idea va a llevar a Noa a otro nivel.

CAPÍTULO 13

Nathan

—Buenos días, Scarlett —dije.

En cuanto la saludé, me percaté de que había un par de ojos más observándome desde el despacho.

—Elaia —saludé, levantando la mano mientras me acercaba.

Scarlett me sonrió y me colocó la silla que estaba frente a ella, como señal de que debía sentarme allí. Y eso fue lo que hice, después de dejar mi portátil sobre la mesa.

—Ahora mismo empezamos —añadió—. Aún falta alguien.

La miré, esperando una explicación que no llegó. Ella lo notó y esbozó una media sonrisa.

—Un segundo. Aún no estamos todos.

Antes de que pudiera preguntar, la puerta se abrió y apareció Lena.

Entró con total naturalidad, como si no estuviera a punto de compartir despacho conmigo después de todo lo ocurrido. Su rostro estaba limpio, sin exceso de maquillaje. Solo un poco de colorete. El viento le había despeinado con ligereza el pelo; algunos mechones rubios caían ondulados sobre su clavícula. En sus manos, reconocí el anillo que siempre toqueteaba al ponerse nerviosa. Cuando levantó la vista hacia la mesa, su expresión cambió de inmediato. Creo que mi presencia no era algo que esperara encontrar allí. Y, siendo honesto, a mí tampoco me resultaba cómoda la suya.

Se sentó en la silla contigua a la mía, dejó su café para llevar sobre el escritorio impecable de Scarlett y soltó un resoplido bajo mientras se acercaba a la mesa.

Scarlett carraspeó mientras ordenaba unos folios en sus manos.

—Bueno, ahora que ya estamos todos, no os hago esperar más, vamos a empezar.

Elaia se enderezó un poco para prepararse. Scarlett se colocó en su asiento y apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Elaia ha tenido una idea para la estrategia de promoción de la nueva novela de Noa —dijo—. Es algo en lo que yo no había reparado. Ha encontrado un enfoque que nos puede mejorar mucho las promociones de las novelas.

Lena ladeó la cabeza, atenta. Yo me limitaba a escuchar, sin atreverme a interpretar nada todavía. Su concentración me recordaba lo meticulosa que podía ser.

—Después de hablarlo con el resto de la junta —continuó Scarlett —, hemos coincidido en que es una propuesta brillante. Muy bien pensada, y con mucho potencial.

Hizo una pausa breve, como si midiera el efecto de sus palabras.

—Ahora bien —añadió—, desde Starlight no podemos asumir todos los recursos necesarios para desarrollarla al cien por cien. Y por eso, hemos pensado que forméis parte del proyecto.

Mientras lo decía, Scarlett giró ligeramente la cabeza hacia Elaia.

—¿Quieres seguir tú?

Elaia asintió, aunque durante un segundo su gesto pareció menos seguro. Juntó las manos sobre el escritorio, apoyó la tablet delante de ella y respiró hondo antes de empezar.

—Como ya sabéis, Noa es una de las autoras más importantes de Starlight —dijo—. La idea era hacer algo que no solo mantuviera su posición, sino que la impulsara todavía más arriba. Crear expectación real. De esa que engancha antes incluso de abrir el libro. La promoción se basa en un *booktrailer*. Un corto cuidado, narrativo, que funcione casi como un adelanto de la historia.

Asentí despacio, siguiendo la explicación, intentando no anticipar nada. A mi lado, Lena permanecía inmóvil, concentrada, y eso hacía que me costara aún más mantener la calma.

—Y aquí —continuó Elaia— es donde entráis vosotros.

Levantó la vista de la tablet.

—En el tráiler, Lena interpretará a Mia.

Luego giró la cabeza hacia mí para mirarme.

—Y tú, Nathan, interpretarás a Jon. El protagonista masculino de *Por siempre nosotros.*

Durante un segundo, mi mente se quedó en blanco. No sabía qué expresión poner; sentía cómo se me tensaban los músculos de la

cara. Debía notarse. Mucho. Porque antes de que pudiera decir una sola palabra, Scarlett intervino.

—Con el tiempo que tenemos —explicó Scarlett—, lo más coherente era apostar por alguien interno. Personas que ya conocen el proyecto.

Me miró primero a mí. Luego a Lena.

—Tú, Lena, conoces la novela mejor que nadie. Cada matiz, cada gesto, cada intención.

Hizo una breve pausa.

—Y Nathan… te puedes poner al día —añadió—. Además, te necesitamos en la ecuación. Y, con la química que desprendéis, creemos que el resultado puede funcionar muy bien.

Química.

La palabra me cayó encima como una losa. Mi estómago se encogió y de repente todo mi control habitual me pareció inútil. Ni siquiera tuve valor de mirar a Lena. No estaba preparado para ver su cara de asco, o desdén, o lo que sea que sintiera hacia mí en ese momento. Solo sabía una cosa: había venido a este despacho esperando una reprimenda, quizá una corrección elegante. Y acababa de recibir algo mucho más grande, mucho más arriesgado… y con un nivel de peligro bastante más elevado.

¿Cómo se suponía que iba a protagonizar un corto romántico con Lena si cada vez que me miraba parecía que ponía kilómetros de distancia entre nosotros? Por no hablar de que apenas nos conocíamos y que lo poco que habíamos hablado había sido para discutir.

Maravilloso. No tenía idea de dónde me estaba metiendo, pero sí sabía una cosa: no podía negarme, dudar, ni rechistar. Tenía bastante con lidiar con la cagada del otro día como para añadir esto encima.

Y mientras Scarlett seguía hablando de plazos, localizaciones y equipos, solo podía pensar una cosa: esto no iba a ser nada sencillo.

CAPÍTULO 14

Lena

No me sorprendió encontrar a Nathan en el despacho de Scarlett. Había olido su colonia nada más salir del ascensor, esas notas estúpidamente irresistibles que me hacían… Nada. No me hacían nada. Lo que sí me desconcertó fue ver a Elaia allí. Había imaginado que la reunión sería otro toque de atención o un ultimátum hacia Nathan, así que verla sentada junto a Scarlett me hizo arquear una ceja.

Me senté en la silla que quedaba libre, justo al lado de Nathan. Inspiré hondo al percibir su colonia aún más cerca. Hoy llevaba una camisa beige que le quedaba perfecta, sencilla, con el cuello abotonado. No sé por qué me fijaba en eso, así que intenté concentrarme de nuevo en lo que Scarlett y Elaia estaban contando.

Hasta que casi escupí el café de la boca, después de escuchar la «estupenda» idea de mi amiga.

Protagonizaréis… un… romance… Lena y Nathan.

¿Qué demonios? ¿En serio? ¿Mi propia amiga me había metido en esto?

Miré a Elaia buscando una escapatoria, algo que me tranquilizara, pero estaba demasiado concentrada explicando la idea. Antes de que pudiera reaccionar, Scarlett se sumó:

—Formar parte de este proyecto no solo implica protagonizarlo, también deberéis desplazaros a la ubicación del libro.

Miré a Nathan esperando que dijera algo tipo: «Pero, ¿cómo se supone que haremos eso?», sin embargo, él solo asintió.

Intenté salvarnos del apuro, o, al menos, salvarme a mí.

—Scarlett, es imposible que nos vayamos a Montreal, eso supondría perder trabajo al menos durante una semana…

—No te preocupes, Lena —dijo—. Sé que, con lo cuidadosa que eres, vas a seguir trabajando igual de bien allí que aquí. Tenemos un

planning de trabajo así que no veo problema. Si tienes citas, agéndalas *online*. Lo primero ahora es sacar adelante el libro de Noa.

Intenté cambiar mi cara de asco por una de profesional, cuando Nathan añadió:

—¿Y yo? Aún no he podido organizarme ni conocer todos los detalles de Starlight. No veo cómo agilizar mi llegada si no estoy cerca de la oficina.

Scarlett nos miró a ambos y remarcó:

—Sois dos jóvenes trabajadores y comprometidos, ¿verdad? Sé que sabéis que lo más importante ahora es sacar adelante lo que promete ser otro *bestseller* de Noa, así que seguro que encontraréis la manera de trabajar allí y ser profesionales tanto en el tráiler como en vuestro trabajo habitual.

Asentimos, recogimos nuestras cosas y nos dirigimos a la puerta. Nathan siguió hacia el ascensor y yo esperé a Elaia justo fuera.

Cuando ella salió, la cogí del brazo y le di un pellizco en una nalga:

—¡Pero tía! ¿Cómo se te ocurre hacerme algo así? La madre que te parió —bufé en español.

Elaia se rió. Ya sabía que esa frase en castellano se había convertido en su favorita para las quejas.

—Te prometo que lo de trabajar juntos no fue idea mía. Solo quería contratar a artistas, pero desde la junta insistieron en que los vuelos y el equipo ya tenían un coste demasiado elevado.

Me miró con cara de «Lo siento, Lena» y añadió irónica mientras me daba un codazo:

—Pero venga ya, con la química que tenéis, ¿cómo vas a negarte a esta experiencia?

Química.

Sí, claro, justamente todo aquello que seguro que Nathan y yo no desprendíamos cuando estábamos juntos. Y por no hablar del repelús que me dió pensar que en algún momento del proyecto tendríamos que hacer creer a todo el mundo precisamente eso, que teníamos química.

CAPÍTULO 15

Nathan

A las dos horas de salir del despacho, Scarlett ya nos había enviado un email al correo corporativo:

DE: scarlett@starlight.com

PARA: nathan@starlight.com ; lena@starlight.com

ASUNTO: Vuelos

Lena y Nathan, os mando los detalles de vuestro próximo vuelo a Montreal.

Cualquier cosa, lo vamos viendo.

Saludos,

Scarlett.

Nunca había visto a nadie gestionar un tema de trabajo tan rápido como Scarlett. Ni dejar tan claro, en tan poco tiempo, que esto ya no tenía marcha atrás.

Levanté la vista del portátil y, por un segundo, me quedé paralizado pensando en Montreal. De repente, todo parecía mucho más grande y bastante más incómodo de lo que había previsto. Lo habían mencionado en la reunión, pero yo estaba tan pendiente de quedar bien que aquel detalle me había pasado totalmente desapercibido. Viéndolo ahora con otra perspectiva, ni siquiera sabía cómo íbamos a hacerlo. Desde que había empezado en Starlight, Lena y yo no habíamos hecho más que dos cosas: chocar opiniones y mantener distancia.

Repasé por tercera vez el correo de Scarlett. No porque no lo recordara, sino porque necesitaba convencerme de que era real. Los vuelos. Las fechas. Las reuniones. La grabación. Un proyecto que nos colocaba a Lena y a mí en el mismo plano, sin escapatoria posible.

En ese momento quise decirle algo sobre los vuelos, así, de paso, aliviar la presión que llevaba pegada a mi espalda desde el viernes.

Pero la vi tan concentrada, rebuscando entre papeles y hablando por teléfono, que no quise ser un estorbo más. Así que pasé al siguiente plan, respiré hondo y me obligué a pensar en lo práctico. Tenía que organizarme: revisar el plan de viaje, los horarios, todo lo que se pudiera prever. No podía permitirme que este proyecto se me escapara de las manos, porque si algo fallaba, no sería solo mi error… sería un golpe a la confianza que Scarlett había decidido darme.

La observé de nuevo, sin querer. Había algo en su manera de moverse que no encajaba con el orden que yo necesitaba para funcionar. Su escritorio era un mapa sin leyendas, y el mío algo más parecido a una cuadrícula. Y aun así, el caos parecía obedecerla.

Para mejorar un poco mi mañana, me dirigí hacia la cocina a ver si algún capricho del *buffet* podía añadir un poco de dulzura a este día.

—Lena, voy a la cocina, ¿quieres que te traiga algo?

Pero, ¿cómo se me ocurre? Acababa de ofrecerle algo a la persona con la que menos hablaba en todo el trabajo. ¿En qué estaba pensando?

Ni siquiera se giró, así que aceleré el paso y seguí mi camino. Fue entonces cuando escuché una silla moverse despacio, seguida de un carraspeo.

—Nathan, si no te importa… un *muffin* de chocolate blanco, por favor.

Me pareció ver una sonrisa en su rostro mientras hablaba. Asentí con la cabeza y me puse en marcha.

Delante del *buffet*, elegí un bagel de queso y bacon y luego me dirigí al mostrador de dulces para buscar el *muffin* que me había pedido Lena. Me cambió la cara cuando vi que no quedaba ni uno, pero no podía permitir que Lena tuviera otro motivo para rechistarme, aunque este no tuviera nada que ver con el trabajo. Así que, casi corriendo, me dirigí hacia el ascensor y me planté en la cafetería de la esquina. Por las mañanas, siempre la veía coger el café allí, así que aposté por jugármela.

«Bingo», pensé al ver el mostrador. Agarré el *muffin*, pasé por caja y volví a la oficina después de pagar cinco dólares por un puto *muffin*. Cuando estuve arriba, cambié el papel de llevar, por un plato

de nuestra cocina. Ni siquiera quería imaginar qué pensaría si supiera que había ido expresamente a buscarle el *muffin*.

Regresé lo más rápido posible a nuestro escritorio y se lo dejé al lado, como quien no quiere molestar. Seguía hablando por teléfono; asintió con la cabeza y me sonrió. Durante los siguientes segundos, la miré por el rabillo del ojo esperando a que lo probara. Cuando lo mordió, busqué en su rostro cualquier indicio de que se hubiera dado cuenta de que ese no era el *muffin* habitual de la oficina. No es por criticar, pero los desayunos de la oficina, aunque tenían prácticamente de todo, no eran de la mejor calidad del mundo.

Antes de colgar la llamada, soltó:

—Está buenísimo, gracias —pronunció, todavía con la boca llena.

Por supuesto que estaba bueno, pensé, me había costado cinco dólares. Cinco dólares que podría haberme ahorrado si me hubiera callado la boca cuando me levanté hacia la cocina.

Debían ser alrededor de las cuatro y media cuando el sol empezó a retirarse por la cristalera. Acabé de mandar unos correos y comencé a recoger mis cosas. Hoy me iba de la oficina con la sensación de que decir sí a todo no siempre funcionaba pero, por desgracia, decir sí a las propuestas de Scarlett estaba en mi lista de prioridades si quería quedar bien.

CAPÍTULO 16

Lena

Pasé el resto de la jornada pegada al portátil y a la pila de manuscritos que tenía sobre el escritorio. Perdí la cuenta de cuántas páginas había leído, pero mis ojos secos y cansados me lo recordaban sin piedad. El único momento en que me detuve fue cuando Nathan me trajo el *muffin* de chocolate blanco que le había pedido. Maldita sea, no sé cómo fui capaz de pedirle que me trajera algo, ni por qué elegí mi dulce favorito. Fue como si le diera el código secreto de mi diario. Le había dado cierto acceso a mí, a mi información. Mientras mordía el *muffin*, mi cabeza no dejaba de girar alrededor de Nathan. ¿Qué narices me estaba pasando? ¿Ahora me importaba lo que él pensara de mí?

La distracción llegó a tal punto que no podía concentrarme en nada más, y, sin darme cuenta, por tercera vez, estaba pensando en su olor, en la manera que tenía de llegar a la oficina cada mañana, en su pelo revuelto como si no le preocupara lo más mínimo.

Llevaba dos semanas casi convencida de que tenía al lado al peor compañero habido y por haber, pero ahora empezaba a dudar. Un *muffin*, un puto *muffin* me bastaba para pensar en si alguien estaba siendo generoso conmigo. ¿Cómo podía ser tan fácil? Su olor, su esencia… se habían metido dentro de mi cabeza y, en ese instante, estaba en un punto de no retorno del que no sabía cómo salir. ¿Qué demonios me estaba pasando?

Pensando en él, así fue como me encontró Chiara. Sentada frente al ordenador. Las luces de la oficina se apagaban poco a poco y yo miraba por el gran ventanal, dejando que el sol diera paso lentamente a la oscuridad.

—¿Aún trabajando? —me preguntó Chiara mientras me ofrecía la mano para levantarme.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, todavía absorta en mis pensamientos.

Me miró con cara de no entender nada y negó con la cabeza.

—Te recuerdo que trabajamos en la misma oficina. No en el mismo departamento, vale, pero sí en el mismo espacio físico.

El bolso bien colocado de Chiara y sus prisas por salir me recordaron que la jornada laboral se había terminado.

—Por si no te has enterado, ya son más de las cinco —dijo Chiara, señalando la oficina y mostrándome que no quedaba nadie.

Asentí con la cabeza, aunque mi mente seguía atrapada en Nathan.

—Lena, ¿a qué estás esperando? ¡Salimos!

Chiara cogió el abrigo que tenía colgado en el perchero de atrás, me lo pasó y me dio una palmadita en la espalda.

—Venga tía, creo que te conviene salir de aquí —comentó, mirándome con extrañeza.

Antes de poner un pie fuera de Starlight, ya le estaba contando la encerrona en la que me había metido Elaia. No me dejó ni terminar cuando empezó a reírse por lo bajo, divertida con mi desesperación. Aproveché los quince minutos que teníamos hasta casa para desahogarme sobre lo de Montreal.

—Supongo que te llevarás, como mínimo, dos conjuntos de lencería —me dijo con una sonrisa pícara.

—Cler, te juro que si vuelves a decir algo así, llamaré a Lorenzo para contarle lo cachonda que estás —respondí, riéndome.

—¡Anda ya, tía! Sabes que te vendría bien conocer a alguien, o al menos, tener una noche loca.

—No estoy interesada en nada que pertenezca al grupo varonil. Ahora mismo, lo único que me interesa es sacar adelante el montón de trabajo que tengo.

—Ah sí, es verdad. Se me olvidaba. Lena solo vive para trabajar, lo había olvidado. ¿Dónde ha quedado tu lado romántico? Me gustas más cuando estás enamorada.

Hice un gesto de negación con la cabeza y, por un momento, pensé que quizá Chiara tenía razón. No en lo de tener una noche loca, sino en lo de que yo solo tuviera tiempo para trabajar.

Ya en casa, llegué a una conclusión bastante obvia: llevaba tiempo queriendo un compañero para aliviar parte de mi carga mental, y ahora que lo tenía, seguía absorbida por el trabajo. Necesitaba a Nathan más de lo que creía admitir. Necesitaba pasarle trabajo, discutir algunas anotaciones sobre manuscritos. No solo necesitaba sacarme peso de encima, sino poder volver a confiar en alguien como lo hacía en Sam. Solo que este proceso iba a costarme más de lo que pensaba, porque confiar en él, después de su cagada, me resultaba incómodo.

Aunque, a decir verdad, estos días me había quedado claro que era bueno en lo suyo: organizado, metódico y esforzado por lograr resultados con los nuevos proyectos que tenía. Incluso había conseguido entregar a tiempo un manuscrito que parecía imposible de arreglar. Quizá, después de todo, no era tan desastroso como pensaba.

Girando en torno a este pensamiento, cogí el teléfono y le mandé un correo a Nathan:

DE: lena@starlight.com

PARA: nathan@starlight.com

ASUNTO: *Booktrailer*

Buenas noches Nathan,

Creo que estarás de acuerdo si te digo en que ambos tenemos el mismo interés en que el trabajo en Montreal salga adelante, a partir de ahora, creo que tendríamos que mirar cómo nos organizamos.

Saludos,

Lena.

No estaba segura de querer ver una respuesta rápida. Ni siquiera estaba segura de querer cualquier tipo de respuesta. Así que bloqueé el móvil, lo dejé en la mesita de noche y tras esto, me tumbé a leer.

CAPÍTULO 17

Nathan

Ayer por la noche, a última hora, Lena me mandó un email. Era la primera vez que se ponía en contacto conmigo desde que había empezado a trabajar en Starlight. No estaba seguro de qué quería y me extrañó bastante, así que lo abrí enseguida.

Tuve que leerlo dos veces mientras me frotaba los ojos para darme cuenta de que no era un sueño. Lena me había mandado un email, y en él, parecía haber una señal que me decía que Lena quería estar bien conmigo. O sea, quería trabajar conmigo, quería que saliera adelante el trabajo del corto y, como es obvio, era algo en lo que yo también estaba interesado. No le contesté porque a esas horas me pareció absurdo molestarla.

Era la primera vez que cruzábamos más de tres palabras seguidas, aunque no fuera en persona, y eso me dió un poco de esperanza en que, a partir de ahora, el trabajo se hiciera más ameno y llevadero. También era la primera vez que iba a trabajar en un proyecto de este nivel de marketing, protagonizando escenas, que seguramente, iban a ser muy visualizadas, así que sí, estaba nervioso. Pero lo mejor para que todo saliera dentro de lo esperado, era acercarme a Lena, de manera profesional, claro, y tratar de hacer este trabajo lo mejor posible.

Poco antes de salir de casa, respondí al correo:

DE: nathan@starlight.com

PARA: lena@starlight.com

ASUNTO: *Booktrailer*

Hola, Lena.

Tienes razón, el proyecto que ahora encabezamos ambos, es importante para Scarlett y para Starlight. Tenemos que hablar sobre la gestión, quizá también podríamos mirar el guion y no sé… ¿ensayar?

Hasta ahora,

Nathan.

—¡Serás burro! —exclamé para mis adentros—. ¿Cómo se me ha ocurrido decir ensayar? ¿En serio, Nathan?

Empecé a teclear de nuevo un mensaje para arreglar lo que acababa de mandar, pero tras rehacer la frase diez veces me di por vencido. Total, era casi obvio que para un tráiler había que ensayar, ¿no? O al menos llevarlo un poco preparado. La propuesta quizá no sonaba tan extraña como lo había interpretado en mi cabeza, además, Lena y yo tendríamos que mostrar cierta complicidad frente a las cámaras. Me parecía un acto casi imposible de conseguir, pero de alguna manera tendríamos que trabajarlo. No podía permitirme fallar de nuevo frente a Scarlett. Y aún peor, frente a Lena.

No sabía con exactitud por qué me preocupaba tanto, pero esta distancia entre nosotros se estaba volviendo cada vez más difícil de gestionar. Cada día, cuando entraba en la oficina, la veía con el cabello suelto, moviéndose con prisas entre mesas, papeles y conversaciones a medias, moviendo su anillo entre los dedos. Parecía estar en todas partes a la vez, y aun así, en ninguna de ellas estaba yo.

Ese día, estaba empeñado en cambiar esa atmósfera entre ambos. Quería dejar atrás mi cagada con el correo y ganarme un poco de su buen humor y confianza. Nada más entrar, fui directo a la cocina a por un *muffin* de chocolate blanco, recé durante el trayecto para que estuvieran ahí y no tener que perder otros cinco dólares. Cogí un café para mí y me acerqué a nuestros escritorios. No diría que fue un acto de valentía, más bien fue un gesto medio provocador, en plan «mira, tu compañero también puede ser majo».

Se lo dejé en frente, casi en el único hueco existente de su mesa.

—Espero que te apetezca. Empezar el día con energía suele ir bien —comenté con una media sonrisa.

—¿Es esto una manera de disculparte?

—Por favor, Lena, ¿podemos enterrar ya el tema? Me he disculpado al menos treinta veces

—Bueno —me dijo arrugando la nariz—, no es un tema que pueda olvidar con un poco de azúcar, pero por algo se empieza.

Apartó un poco el *muffin* y me tendió la mano por encima del escritorio, dudando, como si el gesto le costará más de lo que quería admitir.

—Tocaste un tema muy sagrado, es verdad —dijo—. Pero quizá mi reacción no ha sido la mejor para unos primeros días de trabajo… ¿Estamos en paz?

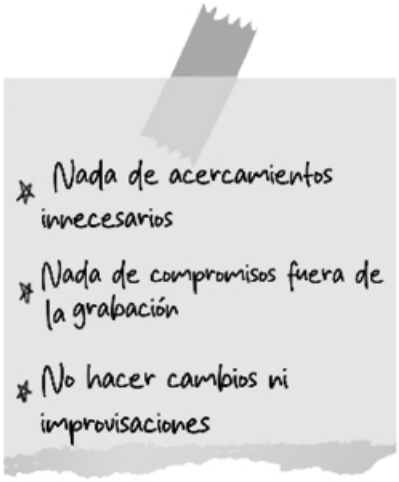
Le tendí la mano. Encajó con la mía como si lo hubiera hecho un millón de veces antes. Estaba suave. Y fría. Supongo que eso es lo que tienen los inviernos en Nueva York, el frío te cala hasta los huesos. Retiró la mano enseguida, como si el gesto ya hubiera durado lo suficiente. Cogió el *muffin* y habló:

—Nathan, respecto al mail de ayer, no me refería a ensayar como tal. Me refería a establecer unas normas básicas. —Asentí con la cabeza mientras ella continuaba hablando—. Algo para que el trabajo funcione correctamente y que sea eso, trabajo.

Entonces sacó un pósit doblado del bolsillo de la americana y lo dejó frente a mí.

—Lee.

Lo cogí.



No pude evitar soltar una risa corta cuando terminé de leer.

Lena alzó una ceja.

—¿He escrito algo gracioso?

—No —respondí enseguida, negando con la cabeza—. Perdona. Es solo que… no te imaginaba siendo tan ordenada con esto.

Me miró impasible.

—¿Y eso qué significa?

—Que pareces vivir rodeada de desorden. Y aun así, veo que cuando algo te importa, lo tienes todo estudiado, dejando ese desastre de lado.

Durante un segundo no respondió. Hizo un gesto para guardarse el pósit, pero lo volvió a dejar sobre la mesa.

—¿Estás de acuerdo?

Levantó la vista.

—Claro.

—Entonces firma aquí.

La miré. Luego miré el papel. Esta mujer era capaz de volverme loco.

—Lena, por favor. No voy a firmar una lista de tres normas básicas.

Apoyó el codo en la mesa mientras sonreía.

—Nathan, te recuerdo que tu perdón sigue en juego.

La madre que la parió. Estaba usando lo único con lo que podía chantajearme y lo sabía. Pero no iba a ceder. No pensaba buscarme ningún marrón más. Así que cogí un boli de su escritorio —no sé ni cómo lo localicé entre tanto caos— y firmé en el final del pósit.

Lena lo observó un segundo, satisfecha. Lo dobló con cuidado y lo guardó. Parecía como si guardará un tesoro en su chaqueta.

—Perfecto —dijo—. Entonces empezamos bien.

Y mientras ella volvía a su pantalla, entendí dos cosas: que acababa de aceptar mucho más que tres normas, y que trabajar con Lena iba a ser cualquier cosa menos sencillo.



Los días previos al viaje se presentaron como una montaña rusa al lado de Lena. Por mi parte, cada día que pasaba estaba más en

sintonía con la empresa. Había logrado agendar citas para conocer a los autores que llevaba, había tenido mi primera asesoría con Conrad y, sí, también había tenido tiempo para seguir con el tira y afloja con Lena. Supuestamente, mi perdón llegó con la firma del pósit de sus normas absurdas, y digo absurdas porque cualquiera que fuera un poco profesional sabía que eran tres reglas que iban unidas al trabajo. ¿No tener acercamientos innecesarios? ¿Quién en su sano juicio iría detrás de una compañera o un compañero de trabajo sabiendo todo lo que podía perder? ¿Y lo de los cambios o improvisaciones? Por favor, íbamos a grabar un proyecto que estaba organizado de principio a fin, sin margen de error. Solo debíamos hacer nuestro trabajo tal cual estaba en el guion, no podía costar tanto. Pero ella se sacó su absurdo papelito del bolsillo y supe, en cuanto me miró desafiante, que estaría perdido si no lo firmaba.

—¿Has repasado ya el guion o lo vas a mirar por encima como hiciste con el malentendido con Noa?

—¿Por quién me tomas? —contesté, llevándome la mano al pecho mostrándome ofendido.

—Solo digo, que no quiero cagarla, o bueno, que tú la cagues, que viene siendo lo mismo, porque ahora mismo parece que todo el mundo nos ve como un *pack* de dos, así que si alguno de los dos falla, nos repercute a ambos.

—No te preocupes, sé hasta en que lado tengo que ponerme en cada escena, mira —le dije.

Acto seguido, agarré a Lena del brazo y tiré de ella hasta colocarla de perfil por su lado derecho, y yo me coloqué enfrente de ella mostrando mi otro perfil, cuando estábamos bien posicionados, cogí aire y continué.

—Mia, eres la razón por la que sonrió todos los días— dije mientras trataba de meterme en el papel.

A Lena le debió parecer bastante ridículo, porque en cuánto acabé, soltó una carcajada, se apartó de mi lado, y mientras me daba dos palmadas en el hombro comentó:

—Uf, demasiado romanticismo incluso para mí, mejor dejemos eso para el momento de la grabación.

Y cuando pensé que había terminado añadió:

—Y por cierto, menos mal que no eres actor, das una pena increíble.

Fenomenal. Todos mis intentos de intentar abrirme a Lena acababan siendo un fracaso. Me daba la impresión que solo podía ganarmela comprándole *muffins* todas las mañanas, y era algo por lo que no iba a pasar, por supuesto. Ya había tenido bastante con correr un día para traerle su puñetero capricho y, bueno, también me había bajado los pantalones al firmar el pósit.

CAPÍTULO 18

Lena

Justo cuando salía de Starlight, me encontré a Nathan peleando con la impresora de nuestra sección. Lo observé de lejos mientras le daba golpecitos y le apretaba el botón de encendido unas veinte veces por segundo. Me pareció divertido verle agobiado por una máquina, y admito que me quedé unos segundos más de lo que debería viendo la situación, escondida entre las plantas que decoraban el pasillo. Cuando le vi desabrocharse un botón de la camisa y pasarse la mano por su pelo castaño, empecé casi a sudar y, para salir de esa situación, mi cuerpo se adelantó y se plantó a su lado.

Joder, si no me sacaba ya bastante de quicio, ahora encima mi mente había decidido imaginárselo sin camisa.

—Iba a ignorarte pero tengo que confesar que me has dado más pena que ayer cuando interpretaste esa frase.

—Si has venido solo a tocarme las narices, puedes irte, me apañaré solito.

—Va, venga. Aparta, que lo arreglo.

Nathan se separó de la impresora y me miró de arriba abajo, esperando ver qué hacía para solucionar el problema. Se rio cuando me vio dándole unos golpecitos suaves en la cubierta. Al ver que seguía sin reaccionar, miré el cajón de papel para comprobar si se había atascado algo, pero, para mi sorpresa, el problema no estaba ahí. Disimulé para que no se notara que estaba casi igual de perdida que él y en cuanto vi por el rabillo del ojo cómo seguía mirándome, dejé la sutileza guardada y aporreé dos veces la cubierta con bastante fuerza. Después, la máquina emitió un sonido y se puso en marcha.

—¿Arreglas todos tus problemas a golpes? —dijo mientras me miraba sorprendido.

—Por suerte para ti, no. Pero esta es la ley de todos los cacharros, cuando el mando de la televisión no funciona, le bastan tres golpecitos para volver a funcionar; lo mismo pasa con el del aire acondicionado, pero, al parecer, este aparato necesitaba más que eso. —Me aparté de la impresora y añadí—: Si me permites, me voy, ya he hecho demasiado por hoy.

—Gracias superheroína, todo un placer hacer tratos contigo.

Me alejé de la zona con paso ligero y cuando ya estaba lo suficientemente lejos, me di la vuelta para ver si seguía mirándome y, al comprobar que así era, le saqué el dedo corazón mientras sonreía con ironía y desaparecí en el ascensor. Cuando se cerraron las puertas, noté que su colonia me había perseguido. Joder, por si no fuera poco imaginarme sus abdominales definidos debajo de la ropa, también tenía que lidiar con su olor.



Esa noche dormí mal. De ese mal que no se arregla dando vueltas en la cama ni cambiando de postura. Cuando ayer fui consciente de que Elaia se iba a Montreal un día antes que yo, algo se me encogió por dentro. Los aviones nunca me han gustado. Y saber que no iba a tenerla a mi lado ni en el despegue ni en el aterrizaje sólo consiguió empeorar la experiencia antes incluso de vivirla.

A las cinco de la mañana dejé de fingir que podía volver a dormirme. Me levanté y fui directamente al baño. Abrí el grifo de la ducha y dejé que el agua saliera hasta que estuvo caliente. Me coloqué debajo, intentando relajar los hombros, respirar mejor y bajar la ansiedad de tener que coger un vuelo sola en apenas tres horas.

Cuando volé de Barcelona a Nueva York, mis padres me acompañaron. Se quedaron unos días conmigo mientras yo me acostumbraba a lo que entonces era mi nuevo apartamento.

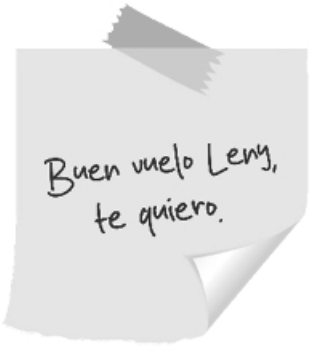
Una habitación minúscula en un bajo de Brooklyn, con una cocina-comedor justa y, como único punto a favor, una pequeña salida a un

patio exterior. Lo suficiente para una mesa y una silla que me permitía tomar el café en la temporada de verano mientras leía. Desde allí tardaba unos cuarenta y cinco minutos en llegar a la oficina en metro, sí, ese era su punto flojo.

Por eso, cuando me enteré de que Elaia y Chiara buscaban compañera de piso, no dudé ni un segundo en presentarme y rogarles que me aceptaran. Ellas necesitaban alquilar la habitación y yo necesitaba estar más cerca del trabajo, así que enseguida lo resolvimos. Lo que no esperaba entonces, era que, en tan poco tiempo, esa convivencia se convirtiera en algo más parecido a una familia que a un simple acuerdo práctico.

Eran las cinco y media cuando salí de la ducha con el cuerpo aún caliente y la cabeza un poco más despejada, revisé la maleta y pedí un taxi rumbo hacia el aeropuerto.

Antes de salir de casa, encontré un pósit que me había dejado Chiara:



El vuelo salía a las nueve de la mañana, pero visto lo visto, no iba a ser demasiado productiva en casa, así que preferí llegar antes para facturar tranquilamente y poder desayunar.

A lo lejos, desde el punto de facturación, vi entrar a Nathan. Iba acompañado de una chica. Era un poco más bajita que él y llevaba un abrigo largo que le caía hasta los tobillos y un gorro blanco, a juego con una bufanda del mismo color. Al despedirse se abrazaron con naturalidad, como si el gesto les perteneciera desde siempre. Él sacó el teléfono del bolsillo, supuse que para comprobar a qué mostrador debía dirigirse.

—Veintiún kilos —dijo una voz frente a mí—. Señorita, disculpe, la maleta pesa veintiún kilos.

Parpadeé. Aquello me devolvió de golpe al presente.

«Mierda».

Tenía, como mucho, un minuto antes de que Nathan levantara la vista y me descubriera allí. Aunque empezaba a parecerme majo, no tenía ganas de compartir más tiempo con él más allá de lo estrictamente necesario. Supongo que también lo hacía para evitar que su olor terminara de enloquecerme. Abrí la maleta con torpeza y empecé a sacar cosas a toda prisa, intentando repartirlas como podía en la bolsa de mano: una camiseta, un libro, el neceser…

—Madre mía —soltó—. ¿Nos vamos siete días o un mes entero de exilio? ¿De verdad necesitabas más de veinte kilos para sobrevivir una semana?

Fue entonces cuando mis dedos se cerraron alrededor de un tanga de encaje negro, delicado. Guardé de inmediato la lencería en el bolsillo del pantalón, rezando para que no lo hubiera visto, y cerré la maleta de un tirón.

—Claro —respondí, sin mirarlo—. Nunca se sabe.

Fue entonces cuando reparé en su equipaje. Nathan también llevaba una maleta facturada. Más pequeña, sí, pero tampoco era la de alguien que viaja ligero.

—Aunque —añadí, señalándole con la barbilla—, tú tampoco te quedas corto.

Alcé la vista hacia él, con una media sonrisa que no llegaba a ser amable.

—¿Por qué no te pones a la cola, guapo?

No le di tiempo a contestar cuando me giré y seguí con lo mio.

Cuando por fin conseguí facturar la maleta, huí del punto de facturación y me colé en la primera cafetería que encontré. Con un poco de suerte, lograría evitar a Nathan al menos hasta llegar a Montreal. No quería, bajo ningún concepto, que me viera tomarme un lorazepam; estaba segura de que eso habría provocado algún comentario innecesario. Y, desde luego, tampoco quería que presenciara cómo el pánico empezaba a treparme por el pecho cada vez que pensaba en subirme a ese avión.

Llamé a Sara para tranquilizarme, sabía que respondería porque estaba en su descanso del mediodía. De una manera u otra, ella siempre solía estabilizarme. Tras la llamada respiré profundamente durante diez segundos, según ella, era la técnica infalible para relajar las tensiones antes de un momento importante.

A las ocho y media comenzó el embarque del vuelo. Hasta entonces había logrado esquivar a Nathan bastante bien, me tomé lo de moverme entre cafeterías y pasillos como si fuera una disciplina olímpica. Claro que no duró. Porque llegando a mi fila, vi que el asiento designado estaba justo a su lado. Genial, tenía que sentarme junto a Nathan durante todo el trayecto.

«Muy bien, destino. Bravo por tu ironía».

Si me hubiera fijado solo un poco más en el correo que nos había enviado Scarlett con los billetes, me habría dado cuenta antes. Incluso habría sido capaz de pagar un cambio de asiento sin pensarlo dos veces. No es que no quisiera compartir fila con el tío bueno de mi compañero —aunque a veces fuera inaguantable—, es que no quería mostrarle mis miedos en cuanto a volar.

Resople intentando que no se notará y me senté, dejando la mochila bajo el asiento delantero. Me abroché el cinturón de seguridad nada más acomodarme, como si eso pudiera darme algún tipo de control sobre la situación y sobre el nudo que empezaba a formarse en mi estómago.

CAPÍTULO 19

Nathan

Aquella mañana, Fallon, mi hermana, me acompañó al aeropuerto para el vuelo a Montreal. Insistí en coger un Uber, pero no hubo manera de convencerla. Así que, tras cinco minutos intentándolo —y perdiendo la batalla— acabé cediendo.

Fallon era la pequeña de los dos y, curiosamente, también la que más pendiente estaba siempre de todo. De mí incluido. Cuando éramos niños, ese papel lo ejercía yo; con los años, sin embargo, las tornas habían cambiado. Ella tenía un instinto casi maternal, como si cuidar de lo que la rodeaba fuera algo natural. Supongo que lo había heredado de nuestra madre, que siempre nos cuidaba con amor y cariño, de hecho, si algo no faltaba en casa, era justo eso.

Vivíamos juntos desde hacía un año. Nueva York no era precisamente una ciudad amable con el bolsillo, y compartir gastos había sido la decisión más sensata. Aunque, si había algo de lo que podía presumir sin pudor, era de tener a la mejor hermana del mundo, por eso, compartir piso con ella, era una experiencia de lo más positiva. Menos cuando traía a los tíos imbéciles que solía conocer, eso lo detestaba. Nunca entendí su mal gusto a la hora de elegir tíos. Siempre se le llenaba la boca con la teoría pero a la hora de la verdad, siempre caía en el mismo prototipo, un tío cachas, que tenía menos neuronas que Dory. Supongo que eso de ser *wedding planner* le había hecho creer demasiado en las historias de amor y, con tal de dar con una en la que ella fuera la protagonista, se lanzaba de cabeza a cualquier cosa que pareciera amor.

Una vez en el aeropuerto, tras despedirnos, localicé a Lena no muy lejos del punto de facturación. Y confirmé lo que ya intuía: me estaba evitando. No era nada sutil, pero tampoco me sorprendió. Con sus normas básicas ya lo dejó claro, nada de acercamientos innecesarios fuera del contexto de trabajo.

Me dirigí a una de las zonas de trabajo del aeropuerto, una de esas mesas altas con enchufes que siempre parecen pensadas para gente que finge ser productiva antes de un vuelo. Aproveché para enviar algunos correos, revisar la agenda del día y adelantar todo lo posible antes de que empezara oficialmente el proyecto Montreal. Cuando terminé, pasé por la terminal con tranquilidad. Había familias con niños, parejas acarameladas y personas que viajaban con apenas una mochila. Entre toda esa gente, localicé un grupo de jóvenes que parecían irse de intercambio.

Mi vista se centró en una pareja que estaba junto a ese grupo y un pensamiento de mierda me atravesó la cabeza. No les auguraba lo mismo que me hicieron a mí, pero viéndolos ahí, besándose y emocionados, no podía evitar pensar en cuánto les duraría ese amor cuando pisaran el suelo de un nuevo país y conocieran a alguien que les hiciera cuestionarse la relación.

La vida me había enseñado de malas maneras, que cualquier relación que atraviesa un Erasmus o una distancia está condenada al fracaso.

Al entrar en el avión, me acomodé en el asiento y me puse a organizar la mochila bajo el compartimento delantero. Cuando levanté de nuevo la vista, vi a Lena avanzando por el pasillo con esa seguridad medida que siempre intenta aparentar. Pude percibir cómo su rostro cambió al llegar a nuestra fila en cuánto se dio cuenta de dónde estaba su asiento. Claro que, si hubiera leído bien los correos, lo sabría de antemano. Se sentó a mi lado a toda prisa y se abrochó el cinturón de seguridad.

—Lena —dije, con media sonrisa—, sabes que por mucho que corras con el cinturón, el avión no va a despegar antes, ¿verdad?

Me miró con una expresión que mezclaba complacencia y fastidio y arrugó la nariz. Siempre conseguía sacarme una sonrisa con esa cara. Se puso los auriculares y le dio al *play* de la música.

Solté un resoplido que sonó más fuerte de lo esperado.

—Perdona, ¿qué decías? —me dijo, con la música aún retumbando.

No pude evitar murmurar:

—Me parece un tópico que estés escuchando una lista de reproducción con el nombre: *Love* & *more love.*

Ella giró los ojos hacia mí y, en lugar de enfadarse, soltó una risita corta y sarcástica:

—¿Y tú qué escuchas? ¿Cómo ser un sobrado en tres pasos?

Reí por lo bajo. Siempre tenía una contestación para todo.

—Primero de todo, no soy un sobrado, y segundo, creo que te sorprenderías para bien si supieras la música que me gusta.

—Uy, ¿el señor quiere sorprenderme?

—¿Alguna vez en tu vida puedes hablar sin tanto sarcasmo?

Se rio cuando le dije aquello y me lanzó un beso en el aire en modo de burla. Conseguía sacarme de quicio en cualquier escenario en el que estábamos juntos. No solo tenía siempre una contestación para todo, es que además las acompañaba con gestos para reforzarlas. Lena era como un libro abierto en el que cada página mostraba más su carácter y me daba la sensación de que, a mi, aún me faltaba mucho por leer.

No tardamos en despegar. Me acomodé en el asiento, apoyé la cabeza unos segundos contra el respaldo y saqué la tablet con la intención de repasar un par de manuscritos antes de llegar a Montreal.

Después del despegue, el avión empezó a moverse con suavidad. Un vaivén ligero, casi imperceptible. Esa acción cambió a los pocos minutos, cuando se sacudió de nuevo con más intensidad y sentí cómo Lena se tensaba a mi lado. Su mano se cerró sobre la mía con una fuerza descomunal y el reposabrazos que nos separaba dejó de ser un obstáculo en cuestión de segundos.

«Genial. Seguro que a su novio le encantaría la escena. ¿Qué pensaría si la viera agarrada a mí como si no existiera un mañana?»

Pero cuando giré la cabeza y vi sus ojos cristalizados, no sólo confirmé que eran los más bonitos que había visto nunca, sino también los más asustados, y todos esos pensamientos se desvanecieron. Su *playlist* seguía sonando, pero parecía olvidada. En sus ojos solo se podía apreciar el temor. Para tratar de distraerla inicie una conversación de lo más estúpida mientras recorría con suavidad su mano con mis dedos.

—Todo va bien —susurré—, solo son un par de sacudidas.

Se escuchó la voz de la azafata por los altavoces, advirtiendo que estábamos atravesando una zona de turbulencias y que debíamos mantener los cinturones abrochados.

La mirada de Lena empeoró al instante. La vi sofocada; sus manos estaban frías, casi congeladas, y unas gotas de sudor empezaron a deslizarse por su rostro. Parecía horrorizada. Me supo tan mal verla así que, por un instante, quise desabrocharme el cinturón y abrazarla tan fuerte como para que pudiera olvidar donde estaba. En lugar de eso, la cogí por los hombros, para evitar un acercamiento innecesario.

—Lena, ¿estás bien? —dije, intentando mantener la voz firme—. Son solo turbulencias.

Parecía incapaz de contestar. Le aparté los mechones de pelo que le caían por el rostro, y pude ver como apretaba los ojos con firmeza. Tenerla tan cerca, me removió un poco el estómago, era increíblemente guapa. Cuando pensaba en qué hacer para tranquilizarla un poco, comenzaron los sollozos. De manera instintiva, la rodeé con un brazo, como si fuera a protegerla del mundo, y empecé a frotar suavemente su brazo con la otra mano. Olía bien. Su colonia se había mezclado con el aire del avión, y su mano y la mía volvieron a encajar, como aquel día en la oficina, de manera natural. Sin querer, le apreté un poco la mano, tenerla tan cerca, tan pegada a mí, me había alterado un poco. Pensé, por un segundo, en cómo sus manos podrían recorrer mi cuerpo.

Pestañeé un par de veces para volver a la realidad.

—Lena, tranquila —susurré—. ¿Quieres agua? El avión no puede caerse, es imposible que eso ocurra.

Asintió, casi sin moverse. Le pedí a una de las azafatas una botella de agua y se la ofrecí en cuanto llegó. Bebió un sorbo y luego miró por la ventana como si intentar distraerse pudiera calmarla un poco. Me quedé a su lado durante todo el vuelo, sosteniendo su mano, acariciando su brazo, intentando transmitirle un poco de seguridad. Ahí, en medio de la nada, quise ser su lugar seguro y por eso, no la solté hasta que ella misma se separó de mí al aterrizar.

—Perdona —dijo con voz temblorosa—. Los aviones me dan pánico. No suelo hacer viajes sola, siempre me suele acompañar alguien.

Asentí con la cabeza, intentando mantener un gesto tranquilizador.

Al bajar del avión, no pude evitar pensar en cómo Lena se había aferrado a mí como si yo fuera a salvarla. En cómo nuestras manos habían encajado sin esfuerzo. Y, sin querer, también recordé el roce de su cuerpo contra el mío al intentar tranquilizarla.

Antes de darme cuenta, las puertas del aeropuerto se abrieron ante nosotros, dándonos paso a Montreal.

—Me está esperando un Uber —le dije—. Si quieres, lo compartimos.

Me miró un segundo, algo sorprendida, pero asintió.

—¿Estás mejor? —logré preguntarle mientras caminábamos.

—Mejor. Un poco nerviosa, pero mejor.

—Genial —dije, señalando con la barbilla hacia la salida—. Si necesitas algo, me dices. ¿Vamos?

Lena echó a andar delante de mí y fue entonces cuando me fijé en cómo el pantalón que llevaba le marcaba la cintura de una manera peligrosa. La seguí, como si fuera un perro abandonado a su suerte, intentando no pensar en ello, pero el cerebro me traicionó y en menos de un segundo, estaba imaginándome a Lena paseando en ropa interior frente a mí.

Cuando llegamos al Uber, me adelanté y cargué su maleta para subirla al maletero.

—Pesa mucho —comentó.

—Lo sé, veintiún kilos —corregí—. Bueno, veinte exactos.

La levanté y la coloqué dentro, asintiendo con la cabeza como para indicar que había sido pan comido. Dentro del coche, el conductor nos pidió confirmar la dirección.

—¿Primera vez en Montreal?

Ambos asentimos mientras nos miraba por el retrovisor.

—¿Y de dónde viene la parejita?

—Nosotros no… —intenté contestar, cuando Lena se adelantó.

—Somos compañeros de trabajo y venimos a eso, a trabajar.

—En todo caso, bienvenidos.

El conductor esperó a que nos abrocháramos el cinturón de seguridad y arrancó. Subió el volumen de la radio y empezó con la ruta. Las primeras notas de *Born With a Broken Heart* de Damiano

David llenaron el silencio del coche. Empecé a tararear la canción, hasta que me di cuenta de que en el asiento de al lado Lena me miraba con una sonrisa burlesca.

Me callé de inmediato. No iba a darle el gusto de mofarse de mí.

—Parece que el señor sabe escuchar buena música —intervino, sorprendida.

—No todo iba a ser escuchar lecciones sobre cómo ser un sobrado en tres pasos—la imité.

—Te había imaginado automotivándote con un *podcast*, pero verte cantar *Born With a Broken Heart*, ha hecho que me enternezca un poco —Se rio.

Mientras sonaba la canción, un silencio se apoderó de nosotros en el coche, de vez en cuando, el conductor nos iba mirando sin disimulo por el retrovisor. Parecía que le estaba gustando cotillear sobre nuestras vidas.

Cuando la canción cambió, Lena se dirigió hacia mí.

—Gracias por intentar calmarme.

—No es nada. —Negué con la cabeza e hice un gesto de reverencia —. Siempre a tu disposición.

—Qué creído que eres.

Nos enfrascamos en una conversación fluida hasta llegar al hotel, creo que era la conversación más larga que teníamos hasta la fecha, quitando las discusiones, claro.

—¿Has quedado con el equipo para comer?

—No —dijo—. Al parecer Elaia está ocupada con resolver algo sobre una de las escenas, así que subiré a la habitación y daré una vuelta por la zona.

—Entonces… ¿te parece si comemos juntos?

—¿Siempre eres tan directo?

—¿Desde cuando ser directo es pedirle a mi compañera de trabajo que coma conmigo cuando es una hora decente para hacerlo?

Sí, en realidad había sido directo. Me apetecía comer con ella, y así tratar de mejorar la tensión que nos envolvía. Pero, evidentemente, no se lo iba a confirmar. Y mucho menos después de haberla imaginado sin ropa.

CAPÍTULO 20

Lena

El vuelo a Montreal había sido incluso peor de lo que había imaginado. Pensaba que me moría cuando el avión empezó a sacudirse. Mi cuerpo reaccionó a la tensión, agarrándose a lo que tenía más cerca. Que, por supuesto, era Nathan. Por si no fuera suficiente con llorar por unas turbulencias, me aferré a él como si el mundo se fuera a acabar en ese momento. Si iba a morir, al menos iba a hacerlo acompañada. Aunque creo que lo peor no había sido la sensación de miedo, sino la vergüenza. Al bajar del avión y entrar al taxi, traté de recomponerme. El silencio que se estableció entre Nathan y yo no fue incómodo, de hecho, me hizo sentir más tranquila. La conversación se dio de manera natural en esos primeros minutos del trayecto y me ayudó a poner los pies en la tierra y a dejar de sentirme tan ridícula.

Salí del taxi pensando en algo que me dejó extrañada: había dicho, casi sin pensar, que me iba a comer con él. No entendía cómo esa respuesta había salido tan natural de mi boca. Íbamos a Montreal a trabajar y fui yo quien le dije que nada de acercamientos que no fueran laborales.

La apertura de las puertas del hotel, me trajo de vuelta. Mientras Nathan parecía sorprendido de lo elegante que era el hotel por dentro, me adelanté al mostrador de recepción. No era de extrañar, el hotel era una auténtica pasada. Aunque yo lo aprecié, no me sorprendió; en otras ocasiones ya me había alojado en hoteles del grupo Butterfly. La primera vez que me tocó viajar para ir a una promoción de una novela, me enteré de que Richard, el marido de Scarlett, era el dueño de la cadena de hoteles más lujosa de los Estados Unidos. No solo tenían las mejores habitaciones y los mejores servicios, sino que, además, destacaban por un motivo: La *infinity pool* en la última planta de todos sus alojamientos. Recuerdo

que la primera vez que vi una, le mandé como tres selfies a Sara desde distintas perspectivas, en algún momento de nuestra vida, habíamos fantaseado con vivir esta experiencia juntas, pero cuando me salió la oportunidad, ella había firmado un buen contrato en una multinacional y esa era también su gran oportunidad.

—Buenos días —dije, acercando mi documento al recepcionista.

Esperé a que el chico buscará la reserva en el ordenador.

—Muy bien, su habitación es la 1278, en la decimosegunda planta —me indicó el recepcionista—. Veo por la reserva que tienes una habitación contigua.

Nathan se acercó al mismo mostrador mientras el chico continuaba:

—Se puede cerrar la puerta por detrás; tiene un bloqueo.

El recepcionista, al ver a Nathan, añadió:

—Usted debe ser el acompañante. Como decía, podéis cerrar la habitación con un pasador.

—Perdona, ¿a qué se refiere? —preguntó Nathan.

—Tenéis reserva de habitaciones contiguas. Aunque, si lo preferís, puedo asignaros una habitación estándar con cama doble; puedo mirar disponibilidad.

—Eso no será necesario —dije rápido, negando con la cabeza.

—¿Seguro, chicos? —insistió el recepcionista—. Hay muchas parejas que lo piden, no hay problema en comprobarlo.

—No somos pareja —dijimos al mismo tiempo.

Nos miramos y sonreímos, satisfechos. Parece que hoy todo el mundo nos está encasillando como pareja, lo que me faltaba.

El recepcionista nos observó, confuso, y enseguida rectificó:

—No es que os esté pidiendo explicaciones ni mucho menos, es que es algo que me suelo encontrar… Pero, disculpad por el malentendido.

Nos dió una llave a cada uno. Por suerte las entradas estaban separadas. Nos adelantamos hacia el ascensor. Una vez dentro, el silencio no duró ni tres segundos.

—Dejemos algo claro desde ya —dije, cruzándome de brazos mientras las puertas se cerraban—. Tu espacio es tu espacio. El mío es el mío. Y esa puerta intermedia no se abre. Ni por error. Ni por casualidad.

Nathan alzó una ceja, divertido.

—Tranquila. No tenía pensado colarme en tu habitación mientras duermes. Además, seguro que estará tan desordenada que no podría ni abrir la puerta

—Más te vale —repliqué—. Porque pienso cerrar ese pasador como si me fuera la vida en ello.

—Qué hospitalidad la tuya, Lena —murmuró, apoyándose en la pared del ascensor—. Empiezo a sentirme como en casa.

—No te emociones, vecino —respondí.

Las puertas se abrieron en la decimosegunda planta y salí antes de que pudiera añadir nada más. No pensaba darle margen, porque cualquier comentario que pudiera decir, podría desencadenar en mí una actitud que no estaba dispuesta a tener. Porque sí, en un momento de flaqueza, podría ser capaz de decirle lo guapo que me parecía y lo mucho que me había gustado tenerlo pegado en el trayecto del avión.

Las habitaciones estaban al final del pasillo. Abrí la puerta, entré, y lo primero que hice, incluso antes de dejar la maleta, fue asegurarme de cerrar la puerta contigua.

La habitación era preciosa. Amplia, luminosa, con una cama enorme vestida de blanco, una alfombra clara y una ventana que dejaba ver parte de la ciudad. Me acerqué despacio al escritorio que estaba junto al ventanal, dejé el bolso encima y me quité los zapatos, notando por fin cómo mi cuerpo empezaba a relajarse.

Justo cuando estaba deshaciendo la maleta para cambiarme de ropa y bajar a comer, llamaron a la puerta con sutileza. Abrí solo lo justo para poder sacar la cabeza.

—Tranquila —dijo él antes de que pudiera decir nada—. No pienso invadir territorio enemigo.

—Me alegra saberlo —respondí, apoyándome en el marco de la puerta—. La frontera está bien definida.

—Solo venía a recordarte que habíamos quedado para comer —añadió, con una media sonrisa—. Te espero abajo en diez minutos, si la propuesta aún sigue en pie, claro.

—Obvio —repliqué—. No pienso quedarme sin comer.

Una media sonrisa se dibujó en su cara.

—Eso sí que no me sorprende.

—No debería —dije—. Hasta ahora, vecino.

Mientras buscaba algo que ponerme, no pude evitar pensar en todo lo que había ocurrido: pánico en el avión, vergüenza monumental... y ahora, por si eso era poco, comida con Nathan, después de haber dejado bastante claro que solo tendríamos acercamiento profesional.

«Te estás luciendo, bonita».

Le mandé un audio a Sara para contarle que ya había llegado al destino y que no me había muerto. Bueno, le conté una media verdad: que casi me había ido al otro lado de la vida, pero que con la técnica de relajación que siempre me recordaba, lo superé. No me gustaba mentirle, pero me negaba a contarle lo que había ocurrido. Estaba segura que si le hubiera contado solo un poco de lo que pasó, hubiera sido capaz de atravesar el océano para sonsacar información y para conocer a Nathan, porque según ella, que un tío te aguante así en medio del pánico, era muy romántico. Si yo era una romántica empedernida, ella lo era el doble.

CAPÍTULO 21

Nathan

Cuando vi salir a Lena del ascensor, me quedé mirándola más de lo necesario. Os aseguro que fue inevitable. No sabía si era por culpa de nuestro acercamiento en el vuelo, por la falda que llevaba el otro día, o por la cintura que se le marcaba con el pantalón que había elegido para el avión, pero cada vez la veía más guapa. Se había cambiado de ropa. Llevaba un conjunto azul marino: pantalones de pinza, americana a juego y unos mocasines que combinaban con su bolso marrón oscuro. Se había recogido parte del pelo con una pinza, dejando algunos mechones sueltos que le caían con gracia por el rostro. Le sentaba muy bien.

Su cambio me hizo entender el porqué de su gran maleta. Tenía un *look* para cada ocasión y, seguramente, complementos a juego para cada uno de ellos.

—¿Qué? —preguntó al notar mi mirada.

«Venga, Nathan, por favor… di algo. Al final va a pensar que eres tonto».

Me seguía mirando, esperando una respuesta. Una respuesta que, por supuesto, no podía ser: «Estás preciosa».

—Nada —mentí—. ¿Vamos?

Después de tardar casi diez minutos en ponernos de acuerdo sobre dónde comer —porque, por supuesto, ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder a la primera—, terminamos en un italiano comiendo pizza. Lena pidió una margarita sin pensarlo dos veces.

—Clásica —comenté—. ¿No te va el riesgo?

Alzó la vista hacia mí.

—El riesgo ya lo tengo aquí en Montreal. Ahora mismo, la pizza es mi zona segura.

Sonreí de lado.

—Va a ser curioso grabar todo esto cuando apenas nos aguantamos.

No se inmutó.

—No te preocupes —dijo, llevándose la pizza a la boca—. Soy lo bastante profesional como para que no se note.

Lo dijo con una seguridad tranquila, sin desafío, como si no hubiera otra opción posible. Y, justo después, me sacó la lengua de forma burlona antes de darle un sorbo a su copa. Tuve que contener la risa.

Tal vez fueron las dos copas que se había bebido mientras comíamos, pero ese gesto me recordó a lo suelta que había parecido aquel día en el karaoke. Lena me estaba mostrando en ese mismo momento otra cara suya. Otra que yo ya había visto, aunque ella no lo supiera.

La conversación fue fluida después de eso. Hablamos del proyecto, de enfoques visuales, de pequeños detalles que podrían mejorar el tráiler. Lena estaba obsesionada con el trabajo y se notaba como buscaba la perfección de todo lo que hacía, como si no existiera nada más alrededor.

Después de comer, nos separamos. Ella volvió al hotel a trabajar y yo preferí salir a pasear por la ciudad, sin rumbo fijo, dejándome llevar por las calles y el frío suave de la tarde.

Cuando regresé por la noche, el pasillo estaba en silencio. Al acercarme a mi habitación, vi la luz encendida bajo la puerta de Lena. Se me ocurrió, por un momento, llamar, desearle buenas noches, decir algo sin importancia… pero me arrepentí antes incluso de atreverme a hacerlo. Entré en mi habitación y cerré la puerta con cuidado, consciente de que, al otro lado de la pared, ella seguía despierta.

Cuando cerré los ojos en la cama, su imagen volvió a mi mente. Recordé la forma de su cintura mientras caminaba delante de mí, lo guapa que estaba al salir del ascensor. Apagué la lamparita de la mesita de noche e intenté no imaginar que detrás de esa puerta con pasador estaba Lena con pijama. No pude evitar preguntarme cómo sería. ¿Dormía con un pijama cómodo? ¿Con uno de satén? ¿Dormía con sujetador? Regañé a mi mente por esos pensamientos. Me

sacudí, para quitarme la idea de la cabeza. No sé en qué coño estaba pensando, no podía verla así, además, seguro que ella seguía pensando que no era más que un estorbo dentro de su perfecto caos.

Pero la misma imagen volvió a colarse en mi cabeza. Me levanté, fui directo al baño y me eché agua fría en la cara, en un último intento de volver a mi yo racional. Necesitaba alejarme de esos pensamientos.

Cuando volví a meterme en la cama, me costó un poco relajarme, pero al final lo conseguí. Dormí del tirón hasta que la luz del día siguiente entró por el ventanal, clara y directa. Llevaba meses sin dormir así.

CAPÍTULO 22

Lena

Ayer me quedé hasta tarde revisando asuntos del trabajo. Como no podía dormir, terminé viendo *Sexo en Nueva York* en Netflix. La tele de la habitación era tan grande que casi parecía de cine, lo que me hacía sentir en una película mientras tomaba apuntes mentales sobre el guion que nos había mandado Elaia para las escenas.

Por la mañana me desperté antes de que sonara la alarma. Aproveché para darme un baño en la enorme bañera de la habitación, de esas que parecen protagonistas en medio del baño. Cuando el agua estaba lo bastante caliente, eché un poco de jabón para cubrirlo todo de burbujas. Siempre me han gustado los baños estilo película. Mientras el agua me cubría, no podía evitar pensar en cómo grabaríamos las escenas hoy. Tenía tan interiorizado el manuscrito de Noa, que ni siquiera había pensando en lo romántico que era el libro.

Al salir de la bañera, me arreglé y me vestí con lo primero que saqué de la maleta: *leggins* marrones, mis zapatillas de confianza, una blusa blanca y una americana. Práctico, cómodo y presentable. Antes de salir de la habitación le envié un mensaje a Elaia.

YO:
¿Desayunamos o ya estás liada con el equipo?

Al cerrar la puerta, pensé en Nathan, ayer por la noche lo oí llegar, pero esta mañana no he escuchado ningún sonido de su habitación, miré el reloj, y como aún era temprano, supuse que estaría durmiendo.

A los pocos minutos recibí respuesta y quedamos en la cafetería del hotel. Bajé escopetada. Elaia no tenía mucho tiempo antes de salir, pero yo necesitaba darle un abrazo y contarle la pesadilla de mi vuelo, por supuesto, omitiendo la parte en la que Nathan había hecho el papel de mi salvavidas.

Nos tomamos un café rápido y enseguida se fue volando con el resto del equipo. Nos despedimos todos y quedamos en una hora en Rue Saint-Paul para empezar con la primera escena.

Durante el tiempo que esperaba, no pude dejar de imaginar cómo se verían los lugares en cámara: los adoquines brillando bajo la luz de la mañana, los escaparates pintorescos… Como si estuvieran sacados de un cuento.

«Vale, Lena, esto va a ser divertido. Si sobrevivimos al rodaje, será un triunfo».

Acababa de terminar mi desayuno cuando Nathan apareció por la puerta de la cafetería. Parecía que se acababa de levantar. Su aspecto casual le sentaba bien. Muy bien, de hecho. La camiseta se ajustaba al pectoral, lo justo para marcarse un poco sin parecer forzado.

Volví a pegar la vista a mi plato, intentando concentrarme.

—Buenos días —me saludó Nathan.

—Buenos días —contesté—. ¿Todo bien?

Asintió y se sentó en la silla que quedaba frente a mí. Mientras hojeaba la carta de comidas, se acercó a la barra para pedir. Desde esa perspectiva, no pude evitar fijarme en cómo se le marcaba el culo en los pantalones.

«No le mires el culo, Lena».

—Me ha dicho Elaia que tenemos que vernos en Rue Saint-Paul en algo menos de una hora —le expliqué mientras se volvía a sentar—. Es importante que lleguemos a tiempo porque después tendremos el tiempo justo para comer e ir a otra localización.

Su olor se coló de nuevo en mi cerebro. «Joder… ya parecía costumbre».

Asintió y, tras terminar de desayunar, nos dirigimos a la salida del hotel. Al abrir la puerta de la cafetería, nuestras manos se rozaron, antes de que pudiera pensar, me aparté, me colé delante de él y le hice un gesto con la cabeza señalando la salida.

—Te espero fuera —le dije, y salí caminando a toda prisa, respirando el aire fresco de la calle como si eso me ayudara a recomponer la cabeza.

«Lena, por favor, deja de pensar en lo bueno que está tu compañero de trabajo»

El camino hacia Rue Saint-Paul se hizo ameno. Estaba apenas a diez minutos caminando desde nuestro hotel y, aunque no nos diera tiempo a ver mucho, el centro histórico de Montreal me estaba pareciendo precioso. Tenía un aire pintoresco que parecía sacado de una novela.

—¿Nerviosa? —comentó Nathan

—No, pero con algo de presión, sí. Esto no es solo un proyecto… no sé si lo entenderías. Es que desde que trabajo con Noa, siento que recae mucha responsabilidad sobre todo lo que hago.

—Es normal, Lena. Noa es la autora más grande de Starlight, ¿no? Me ocurrió algo parecido cuando trabajaba con Ali. Cuando llevamos proyectos de este nivel, a veces, resulta imposible mantener la cordura. —Cogió aire para continuar—. Scarlett ha confiado en ti para esto, igual que confía en ti con el resto de autores que llevas, así que eso debe darte tranquilidad.

—Supongo que sí, pero me lo tomo todo muy personal. Creo que por eso nunca paro de trabajar, para estar a la altura de todo y para seguir demostrando que yo puedo.

—Y está bien, ¿pero a quién se lo tienes que demostrar? Me da la sensación que piensas que no eres suficiente, y visto desde fuera, creo que todos confían en ti menos tú misma.

Suspiré tratando de encontrar una respuesta para contestarle. No era la primera vez que tenía esta conversación con alguien. Era cierto que desde que llegué a la editorial me pasaron con grandes proyectos, no sé si por suerte, por casualidad o porque me lo merecía, pero nunca había terminado de creerme que ese puesto era mío y que además lo hacía bien.

—Confía en ti. Seguro que también se te da bien la interpretación. No necesitabas ensayar, ¿recuerdas? —afirmó con tono irónico.

—Seguro que si nos ceñimos al guion y a las normas, todo sale sobre lo previsto.

Asintió.

Al llegar, localizamos enseguida al equipo de marketing. No eran muchos, algunos se habían quedado en Starlight, pero se hacían

notar al instante: cámaras, trípodes, teléfonos de última generación… Si no fuera porque les conocía, diría que parecían profesionales del cine. Aunque la verdad es que cuando a Elaia se le metía algo entre ceja y ceja, lo cumplía con creces. Siempre había tenido facilidad para grabar contenido, y una prueba de ello eran los vídeos que publicaba en su cuenta personal y que llegaban a miles de personas. Así que no me sorprendió ver esa preparación.

Me dirigí hacia Elaia, mientras Nathan se fue a saludar a James. Aunque llevaba poco tiempo en la empresa, enseguida hizo migas con gente de otros departamentos. Parecía tener bastante facilidad con la gente, excepto conmigo, supongo.

Mentiría si dijera que no estaba nerviosa. La idea del *booktrailer* me parecía una fantasía, y aún más ser yo la protagonista de aquel proyecto. Yo, la protagonista de la novela de Noa. Yo, la que iba a dar vida a Mia, una mujer que se enamoraba con locura de Jon. Yo, la que, sin tener ni una pizca de idea de interpretación, se había visto envuelta en una encerrona… una encerrona fantástica y de lo más romántica. Y ahora, a escasos minutos de empezar, intentaba relativizarlo todo porque, hasta ese momento, en lo único que había pensado era en por qué cojones a Scarlett le había parecido buena idea que Nathan y yo formáramos ese dúo.

Era una oportunidad increíble. Estaba convencida de que este sería otro *bestseller* y de que el *booktrailer* llegaría a muchísima gente, así que hacerlo bien debía ser mi prioridad. Además, me encantaba Noa, y me encantaba la relación entre los protagonistas. Yo siempre había querido algo parecido a eso. Cuando pensaba en el amor, pensaba exactamente en un amor tan fuerte como el de Mia y Jon. De esos que irrumpen en tu vida sin avisar y te sacuden el corazón hasta dejarte sin freno ni miedo.

Eso era lo único que le pedía a gritos a la vida. Pero ella se empeñaba en ponerme trabajo, trabajo y más trabajo delante de las narices y, por culpa de eso, había terminado rindiéndome en mi búsqueda del amor perfecto.

CAPÍTULO 23

Nathan

Después de desayunar, salimos hacia el primero de los escenarios. Lena caminaba delante de mí, con pasos rápidos, como si tuviera prisa por llegar. Supongo que eso se debía a su manera de tenerlo todo bajo control, como si nada pudiera pillarla desprevenida.

Hoy era el primero de los cinco días que íbamos a grabar. Por suerte, parecía que entre nosotros las cosas se habían aligerado un poco; no me había vuelto a reprochar el error y, hasta donde podía juzgar, estábamos siendo bastante profesionales para que todo saliera adelante.

Los nervios fueron desapareciendo a lo largo del día, entre toma y toma. Sin tener ni idea de interpretar, aquello se nos estaba dando bastante bien. Cogimos soltura a estar delante de cámaras y cuando nos quisimos dar cuenta, ya casi habíamos terminado. La jornada había sido intensa, con varias localizaciones y tomas que repetir. A las cinco de la tarde, ya estábamos en la última del día, en un callejón pintoresco que haría que cualquier escena romántica pareciera sacada de un libro.

—Vale, chicos, juntaros un poquito más para esta toma final —dijo alguien del equipo, ajustando la cámara.

Me acerqué a Lena y la cogí con sutileza por la cintura para posicionarla frente a la cámara. Se tensó un instante, lo noté, pero luego se acomodó, como si fuera natural que la sostuviera así. Mientras lo hacía, no pude evitar fijarme en su rostro, tenía las mejillas ligeramente sonrojadas por el frío y en ellas se apreciaban unas pecas que no había visto antes.

—¡Corten! —anunció Elaia—. Lo tenemos.

Solté la cintura de Lena y me extrañó que fuera ella quien no se apartara de golpe, igual que antes, cuando nuestras manos se habían rozado en la cafetería.

De camino al hotel, los chicos charlaban entre ellos de la noche anterior.

—La otra noche bajamos al bar musical del hotel y fue divertidísimo —contaron—. Hicimos unas batallas de Kahoot sobre películas y les machacamos a todos.

—Pues hoy toca karaoke —añadió James, con una sonrisa cómplice —. Lena —dijo mientras la miraba—. ¡No puedes decir que no a este plan!

Ella resopló sin dejar de caminar.

—Bueno, mi plan de esta noche se resumía más bien al trabajo.

—Se está haciendo de rogar —intervino Elaia, divertida—. Por si no lo sabíais, Lena es la reina de los karaokes.

Me reí por dentro. Ya la había visto en acción, aunque, por supuesto, ella no lo sabía.

Por un momento, me sorprendí deseando volver a verla así: subida a un escenario con los dedos cerrados alrededor del pie de micro, como si aquel fuera su lugar natural. Me di cuenta que desde que llegamos a Montreal, parecía otra persona. En la oficina, cada palabra suya era casi un desafío y casi nunca hablábamos sin discutir o medirnos. Aquí, en cambio, había algo más en ella; se le notaba relajada, fluida, incluso divertida en momentos, y no parecía que fuera a morder cada vez que abría la boca.

Al llegar al hotel, acordamos reunirnos todos más tarde para cenar y bajar después al karaoke. Subimos juntos hasta nuestra planta y, al salir del ascensor, nos detuvimos frente a nuestras respectivas habitaciones.

—Bueno, compañera… Primer día superado.

—No cantes victoria —respondió ella—. Aún queda la noche.

—¿Entonces nos vemos ahora?

—Por mucho que me resista, no puedo decirle que no a un karaoke.

—Maravilloso, porque cuando me veas ahí encima, agradecerás haber aceptado.

—¿Nathan Caldwell en un escenario? ¿Es que hay alguna habilidad más que deba conocer?

—Podría decirte que sí, pero me temo que es mejor que no las sepas —dije mientras le guiñaba un ojo.

—Eres un creído insoportable

—Soy un tío increíble, que es diferente, pero no estás preparada para esta conversación.

Insertó su llave en la ranura de la puerta, y entró dejándome con la palabra en la boca. En el mismo momento, abrí mi habitación y escuché como toqueteaba el pasador al otro lado de la puerta contigua, asegurándose que estuviera cerrada, dejándome claro el límite que había entre nosotros dos.

CAPÍTULO 24

Lena

No podía resistirme al karaoke. La música siempre ha sido mi vía de escape, y, aunque había valorado quedarme trabajando un rato, sabía que si todos iban, encerrarme no iba a ser una opción. Sí, lo había valorado por un segundo pero... ¿qué iba a pasar si me dejaba llevar un poco?

El bar era mucho más grande de lo que había imaginado. Una barra de mármol negro recorría uno de los laterales, reflejando las luces cálidas que colgaban del techo. Al fondo, un ventanal enorme daba a la plaza, y entre las mesas —apretadas unas contra otras— se alzaba el escenario, iluminado.

Cuando llegamos, el local ya estaba bastante lleno, así que juntamos dos mesas cerca del escenario. Desde ahí se veía todo: la gente, la pantalla, el micrófono apoyado en su pie. Se acercó un chico a explicarnos la dinámica de la noche, que no era otra que cine musical. Se podía subir solo, en parejas o incluso en tríos, y había una lista de al menos cien canciones para elegir. Me dio bastante adrenalina lo del cine musical; siempre había pensado que, en otra vida, me hubiera gustado ser cantante, a poder ser, protagonizando clásicos.

La noche empezó tranquila. Al principio, alguien se animaba a cantar, y la mayoría aplaudía desde la mesa. Al poco rato, el ambiente empezó a calar por dentro, y fue entonces cuando Elaia y James salieron a protagonizar *"You're the One That I Want"* del musical *Grease*. Exageraron cada gesto, cantaron a pleno pulmón, y el bar estalló en risas y aplausos. No pude evitar sonreír. Menos mal que Elaia estaba también en esta aventura de Montreal. Sin duda, eso lo hacía más ameno y, aunque nos faltaba Chiara, estaba siendo una experiencia para recordar.

Mientras la gente terminaba de aplaudir, Elaia me lanzó una mirada cómplice. No necesitaba palabras para expresar lo que quería decirme: «Sube, no te vas a arrepentir».

Para ella el escenario era un poco lo que para mí era la música. Su refugio. Bailaba como una diosa y se había pasado la infancia entre tarimas y campeonatos de baile. Esa manera suya de ser, tan desvergonzada, me ayudaba en muchas ocasiones a salir de mi zona de confort. Aunque yo era bastante alocada, con alguien al lado con esas mismas ganas, todo resultaba más fácil.

No me lo pensé mucho. Le pegué dos sorbos a la copa y me acerqué al escenario, elegí la canción y justo cuando ya estaba preparada para empezar, se oyó una voz detrás de mí.

—Nos falta un chico —anunció el presentador—. Esta canción es un dúo.

—Eso no hará falta —susurré, tratando de evitarlo.

Entre los murmullos y las animaciones del público, vi cómo James y Elaia cogían a Nathan del brazo y lo empujaban hacia el escenario. Madre mía, aquello iba a ser un cuadro. Miré a Elaia, casi asesinandola con la mirada, y ella me la devolvió con calma mientras verbalizaba: «Tranquila, tía, tú controlas».

Antes siquiera de empezar, ya suponía que la escena iba a ser ridícula. Estaba bastante segura de que Nathan ni sabría de dónde era la canción, pero qué más daba, habíamos venido a pasarlo bien, y no pensaba desaprovechar la oportunidad.

Se subió al escenario empujado por los otros dos y se colocó al otro extremo. En ese momento, no entendí muy bien qué hacía en ese lateral, hasta que, de repente, apareció a mi lado cantando:

All I wanna be is be with you, be with you, there's nothing we can't do.

Madre mía… ¿había hecho esto? Parecía el mismo Troy Bolton sacado de *High School Musical*. Menudo trabajo había hecho su novia con él. Y qué orgullosa debía estar... En ese instante me quedé paralizada por su actuación. No sé si había algo que me hiciera más ilusión que eso. ¿Qué niña de los 2000 no ha soñado con estar en un karaoke protagonizando este dúo?

Seguimos la canción entre ovaciones del público, y por un momento todo eso se esfumó. Solo estábamos Nathan y yo, reproduciendo la escena con una sincronía perfecta. Sentí como si una burbuja nos envolviera, balanceándose con nosotros a cada paso y en cada nota que tratábamos de entonar.

Los aplausos y silbidos del final me devolvieron al presente. Nathan y yo seguíamos mirándonos. Ni me había dado cuenta de lo cerca que estábamos durante toda la actuación.

Casi me muero al ver la mirada de Elaia clavada en mí:

—¡Esa es mi chica! —chilló.

—¡Nathan, que callado te lo tenías! —expresó James mientras me agarraba del escenario por la cintura y me cargaba en sus hombros para bajarme.

Me reí, intentando recomponerme. Parecía que sin quererlo habíamos protagonizado uno de los momentos de la noche y no podía creerlo.

Cuando terminó la velada, nos dirigimos en grupo hacía nuestras respectivas habitaciones. Al llegar a la décima planta, Elaia se bajó del ascensor junto a James, así que Nathan y yo nos quedamos solos.

—Mis más sinceras admiraciones —le dije en tono burlesco.

Nathan arqueó una ceja y me sonrió.

—No te lo esperabas, ¿eh?

Le devolví la sonrisa, negando con la cabeza.

—Tu novia debe estar orgullosa, deberías felicitarla de mi parte. Debió de ser complicado obligarte a aprenderte todas esas canciones.

No sé porque narices le acababa de preguntar por su novia. Ni siquiera era un dato que pudiera interesarme. Me cago en los efectos del alcohol. O más bien, en mis pensamientos, que siempre decidían traicionarme en el momento menos oportuno.

—¿Novia?

No le dejé terminar. Como cada vez que pasaba vergüenza, las palabras me salieron atropelladas, como si necesitara justificarlas.

—A ver, cualquiera se derretiría ante un tío capaz de aprenderse el musical favorito de su chica y subirse a un escenario a cantarlo

como si nada —dije, encogiéndome de hombros—. No es algo que se vea todos los días.

Me observó un instante, con una expresión entre divertida y resignada, antes de negar con la cabeza.

—Desde que éramos adolescentes, Fallon me ha obligado a ver todos los musicales habidos y por haber. Y después… —sonrió— me hacía reproducirlos delante de toda la familia.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo? Pero… ¿Cuántos años lleváis?

—¿Años? —repitió, soltando una risa breve—. Depende si contamos desde que nació o desde que empezó a torturarme.

Lo miré, confusa.

—Fallon es mi hermana.

—¿Tienes una hermana? —pregunté bastante sorprendida.

—Cuatro años menor que yo. Si no fuera así, no tendría explicación que me sepa todas estas canciones —respondió alzando las cejas.

No pude evitar reír.

—No tienes ni idea de lo persuasiva que puede ser la mirada de una hermana pequeña —añadió, negando con la cabeza—. Créeme. Dice que nació en la mejor era de Disney Channel y lo he sufrido durante muchos años.

—Sea como sea —murmuré, todavía sonriendo—, seguro que eso también hace feliz a tu novia.

Otra vez. No tenía ni idea de por qué mi mente había decidido insistir tanto en dejarme en evidencia.

—No salgo con nadie, Lena.

El calor me subió de golpe por el cuello. Genial. Maravilloso. Creo que va siendo hora de desaparecer.

—Buenas noches, vecino —dije deprisa, girándome hacia mi puerta.

Me miró como si no terminara de entender el cambio repentino.

—Buenas noches, Lena —respondió—. Ya sabes, si necesitas cualquier cosa, solo tienes que abrir el pasador.

Levanté la mano y le di una palmadita ligera en el hombro.

—Serás imbécil —murmuré entre risas.

Nos reímos casi al mismo tiempo y cada uno entró en su habitación. Al cerrar la puerta, apoyé la espalda contra ella unos segundos y un pensamiento apareció sin pedir permiso. La chica del aeropuerto… ¿sería Fallon? ¿O quizá sí había alguien, solo que no era formal? O quizá no me lo había contado porque, como es evidente, no era de mi incumbencia. Negué con la cabeza, molesta conmigo misma. No entendía por qué me estaba preocupando por eso, ni qué demonios me importaba. Era absurdo. Quizá eran los seis meses que llevaba sin sexo. Quizá era por eso que Nathan cada vez me parecía más guapo. Ya me lo decían las chicas, necesitaba un polvo para distraerme de tanto trabajo. Incluso Sara me lo recordaba cada vez que nos llamábamos, las tres parecían estar de acuerdo en que necesitaba un encuentro sexual.

CAPÍTULO 25

Nathan

Eran casi las dos de la madrugada cuando caí rendido en la cama. Con el móvil en la mano, programé la alarma del día siguiente y lo dejé sobre la mesilla. Justo cuando cerraba los ojos, un sonido al otro lado de la puerta que comunicaba con la habitación de Lena me sacó del letargo. Estaba casi convencido de que alguien había tocado a la puerta, pero me parecía una idea casi imposible. Fruncí el ceño, convencido de que me lo estaba imaginando. Me tapé la cabeza con la almohada, decidido a ignorarlo. Dos golpes suaves volvieron a oírse.

Me incorporé despacio, medio dormido, y caminé hasta la puerta. Al abrirla, me encontré con Lena. Llevaba un camisón de seda que le caía con una naturalidad peligrosa. El corazón se me aceleró de inmediato al verla con ese conjunto. ¿Era así como dormía? ¿Mis imaginaciones eran ciertas? No me dio tiempo a decir nada. Lena apoyó su dedo índice sobre mis labios.

—Shhh… no digas nada —susurró—. No hagas que me arrepienta.

La miré, completamente descolocado.

—Así que al final sí te has acordado de que estaba detrás de esta puerta… —murmuré.

Sonrió divertida. Se puso de puntillas, acortando la distancia entre nosotros. Colocó su mano en mi cabeza, y se acercó despacio a mi oído.

Tragué saliva.

—Por Dios, Lena —susurré—. No sé qué estamos haciendo, pero no pares.

Su cercanía me desarmaba. El aire entre los dos se volvió espeso, eléctrico. La sensación de tenerla ahí, tan real, tan próxima, me hizo perder cualquier noción de control. Si seguía así, si esto continuaba… no iba a poder frenar.

Me humedeció el cuello con sus labios entreabiertos, besándome con lentitud. Joder. Qué sexy. Mi cuerpo se aceleró al instante. Agarré a Lena por la espalda para atraerla hacia la cama que quedaba tras nosotros. Al hacerlo, comprobé su piel. Era suave, estaba caliente, y pude notar como se erizaba con el contacto de mis manos rozándola.

Antes de dejarnos caer sobre el colchón, se alejó dos pasos atrás clavando la mirada en mí. Dejó caer el camisón hasta sus pies. Llevaba un tanga de color negro con encaje y el pecho descubierto. Creo que nunca había apreciado tanto unas vistas como estas.

La agarré de nuevo, con pasión, esta vez desde las muñecas y tiré hacia mí, de manera que su cuerpo, quedó encima del mío. ¿De verdad íbamos a hacerlo? En mi pantalón de pijama, se hacía evidente mi erección. Lena se apartó un poco y sin dejar de besarme, tiró de los pantalones y los bajó hasta que quedó espacio suficiente para colocar su mano.

Jadeé.

—Lena —logré decir. Me sostuvo la mirada—. Hagámoslo. No quiero esperar.

La besé sin pensarlo, respondiendo a la urgencia con la que ella me buscaba. Respondió deslizando la mano hacía mi pene y me di cuenta de que aquello me estaba gustando demasiado. Cuando empezó a moverse, se me escapó un gemido. Deslicé la mano hasta su culo y la atraje aún más hacia mí. No quería que existiera distancia entre nosotros; solo quería besarla y hacerla mía.

—Dios mío, Nathan… no sabes cuanto te deseo —dijo sin dejar de tocar mi pene.

Sus pechos redondos encajaron en mi mano. Acaricié sus pezones mientras la besaba. No estaba seguro de cómo iba a afectarnos esto en el trabajo, pero en ese momento me daba igual.

Con cuidado le bajé el tanga y lo dejé caer al suelo.

Entre besos y gemidos, se sentó sobre mí. Nos movíamos como si nuestros cuerpos encajaran a la perfección, y esa fricción me estaba volviendo loco. Sin aviso, se humedeció, agarró con fuerza mi erección y me condujo hasta su entrada. Gemí con tanta fuerza que Lena apoyó la mano sobre mi boca. Le mordí el dedo con suavidad

antes de lamerlo. Si esto continuaba así, no iba a aguantar mucho más. No había sido consciente de cuánto la deseaba hasta tenerla sobre mí.

Empezó a moverse con decisión, cada vez con más fuerza; su cadera se movía a la perfección, subía y bajaba con una energía latente. El corazón se me salía por la boca cada vez que me tomaba por completo. Sus manos se aferraron a mis hombros, clavándome las uñas en la piel, y joder, eso sí que me excitaba.

—Hazmelo —le dije—, soy todo tuyo.

Se mordió el labio y gimió, y eso solo consiguió que la deseara aún más. No quería que aquello se acabara. Me estaba follando como nadie lo había hecho. Los movimientos se hicieron evidentes, cada vez más profundos. Se dejó caer lentamente sobre mí hasta quedar tumbada. Nuestras lenguas se encontraron con una urgencia ardiente. Cogí el control del ritmo, moviendo la cadera arriba y abajo, buscando complacerla. Nos miramos y nos ahogamos en un gemido profundo. Me corrí con fuerza al mismo tiempo que la oí gritar. Se dejó caer sobre mí, me miró y volvió a besarme, esta vez con más sutileza. Cerré los ojos; quería atrapar ese momento. Su respiración agitada contra la mía me recordaba todo lo que acababa de pasar.

Cuando abrí los ojos de nuevo, lo único que encontré fue mi mano húmeda sobre mi pierna. Me acababa de masturbar pensando en Lena.

Suspiré y respiré hondo, intentando volver al momento. Lena no estaba aquí, no estaba en mi cama y mucho menos, había llamado a la puerta.

«Joder, Nathan… Lena sería incapaz de tocar así en tu puerta. Jamás se le ocurriría cruzar el límite profesional. Y mucho menos contigo»

Me levanté y me metí directo en la ducha. El agua caliente corría por mi cuerpo, no podía dejar de pensar en la sensación de mi piel cada vez que imaginaba a Lena cerca de mí. ¿De verdad quería acostarme con ella? Ni siquiera debería permitirme imaginarlo. Mañana teníamos que grabar de nuevo, así que esa imagen tenía

que desaparecer de mi cabeza. ¿Cómo iba a acercarme a ella si la imaginaba desnuda encima mío?

CAPÍTULO 26

Lena

Al parecer el clima en Montreal había decidido cambiar en el momento menos oportuno. Estábamos a mitad de grabación cuando la lluvia empezó a caer de golpe, primero en gotas tímidas y luego como si alguien hubiera abierto un grifo gigante sobre la calle empedrada. En cuestión de segundos, todos estábamos empapados. Los trajes que habían seleccionado para la escena se nos pegaron al cuerpo y los zapatos empezaron a resbalar sobre el pavimento mojado. Nathan, que normalmente parecía invulnerable a cualquier inconveniente, caminaba junto a mí intentando cubrirme con su chaqueta.

—Vaya, esto debe ser un castigo por vuestro karaoke de anoche —comentó Elaia corriendo bajo la lluvia.

Nathan se puso a reír, sacudiendo la chaqueta y dejando escapar un suspiro divertido

—¿Pero qué dices? Si nosotros lo bordamos… pensándolo bien, puede que tengamos que culparte a ti y a James con vuestra versión de *Grease*.

Me reí, negando con la cabeza.

—Qué cara dura eres, primero nos obligas a cantar y ahora nos echas la culpa.

Todos se rieron mientras imitaban a Elaia y a James desafinando en el escenario.

Nos metimos en una cafetería cercana con la esperanza de que la lluvia diera una tregua. Pedimos unos cafés, nos sentamos junto al ventanal y esperamos. Pero bastaron unos minutos para asumir la realidad: la ropa estaba empapada, el pelo pegado a la cara y cualquier intento de continuar la grabación en esas condiciones era una misión imposible. Así que, sin darle demasiadas vueltas, la mañana terminó convirtiéndose en día compras por obligación.

Acabamos en Rue Sainte-Catherine y entré casi volando en el primer Zara que vi. No solo porque estaba a mano, sino porque, siendo realistas, también era de las tiendas más asequibles de la zona. Fui directa a la sección de moda juvenil; no necesitaba gran cosa, unos vaqueros y una camiseta que encajaran con la escena y listo. Habría sido más lógico volver al hotel y cambiarme con la ropa de mi maleta, pero cuando la preparé no estaba pensando en Mia, la protagonista del libro, sino en mí. Y siendo sincera, mezclar ambas cosas no era buena idea. Lo único que teníamos en común Mia y yo era que ambas estábamos enamoradas de las historias de amor. De todas ellas.

Mientras me dirigía al probador, un vestido negro llamó mi atención, tenía un lazo precioso en la espalda que lo hacía perfecto. Un lazo, lo que más me gustaba para dar ese toque *chic* a mis conjuntos. Dudé en cogerlo dos segundos, pero me lo encontré en el camino como si fuera la prenda elegida del día, y la verdad, no estaba como para rechazar las señales del destino.

Entré en el probador y, tras varios intentos poco dignos de subir la cremallera, dejé escapar un chasquido de pura indignación.

—Veo que alguien tiene ciertos problemillas.

Una voz se coló desde detrás de la cortina. No me hacía falta comprobarlo para saber que era Nathan.

—¿Me has seguido hasta aquí?

—No te flipes, bonita. Han cerrado los probadores de la planta de arriba.

—Lástima —respondí con ironía.

—Entonces, si no necesitas ayuda, sigo con lo mío

Suspiré. Abrí la cortina lo justo para asomar la cabeza.

—Está bien… súbeme la cremallera.

—¿Pretendes que lo haga desde este hueco diminuto que has abierto?

Lo miré resignada y, sin añadir nada más, descorrí la cortina de un tirón seco.

—¿Así mejor?

Nathan me observó un segundo, distraído, con esa media sonrisa burlona que me empezaba a resultar familiar. Se colocó detrás de

mí, lo justo para que notara su olor. Ese maldito olor que cada vez se me colaba un poco más adentro. Al tirar de la cremallera, sus manos frías rozaron mi espalda y un escalofrío me recorrió sin pedir permiso.

—Estás guapa, te queda bien.

Lo miré por encima del hombro, fingiendo evaluar sus palabras.

—No creo que pueda decir lo mismo de ti —añadí, señalando su ropa.

—Oye, que el tío de la novela no sepa vestir no es mi problema. —Sonrió, apoyándose en el marco del probador—. Seguro que la percha lo arregla.

—¿Pero cómo puedes ser tan creído?

Cerré la cortinilla para desvestirme, no sin antes asomar la cabeza.

—Oye… bájame la cremallera.

Obedeció sin rechistar, con una sonrisa ladeada, y cuando terminó me encerré de nuevo. Al salir del vestuario, Nathan me estaba esperando con su conjunto puesto, plantado frente al espejo, observándose como si acabara de descubrir América.

—¿Qué te parece? —dijo, girándose hacia mí—. Mira qué bien me queda.

Me eché a reír. «Este tío es imbécil», pensé, sin poder evitarlo.

—Anda, ve a cogerme una talla más —añadió, señalando el pantalón—. Esto me queda algo apretado.

—¿Y qué talla cojo? —pregunté.

—Yo qué sé, ni siquiera sé cuál he cogido. Mírala.

—¿Cómo que la mire?

—Sí, Lena —respondió con total naturalidad, mientras se quitaba la camiseta—. Que te acerques al pantalón y la mires.

Se dió la vuelta para quedarse de espaldas. Me asomé a su pantalón lo suficiente como para ver la talla. Fue entonces cuando no solo me fijé en la etiqueta, sino que también me detuve a mirar sus calzoncillos que le apretaban lo suficiente como para no dejar nada a la imaginación. Madre mía, tuve que hacer un esfuerzo para no pensar demasiado en ese culo. Volví a mirar los números porque, durante un segundo, había olvidado por completo lo que estaba buscando.

—¿Entonces? —preguntó, divertido.

Me aclaré la garganta.

— La 38, voy a por la 38 y vuelvo.

Salimos del Zara muertos de risa. A Nathan no se le ocurrió otra cosa que empezar a probarse sombreros de señora, combinándolos con lo más cutre que encontraba y posando como si fuera un modelo de la *Fashion Week*. Caminaba entre los espejos con una seguridad insultante, como si aquello fuera su pasarela personal.

Era imposible no reírme.

Y ahí fue cuando me di cuenta. Me hacía reír. No sabía muy bien en qué punto habíamos pasado del choque frontal constante a… esto. Bromas, risas inesperadas, momentos que no parecían forzados. Como si nuestras diferencias se hubieran ido diluyendo con los días. Como si, sin buscarlo, estuviéramos encontrando una tregua.



Al constatar que la lluvia no cesaba, el equipo decidió cancelar la grabación. El pronóstico del móvil anunciaba buen tiempo para el día siguiente, así que aprovecharíamos entonces para grabar todo lo pendiente.

Pasé la tarde con Elaia, teletrabajando en la cafetería del hotel. Ella terminó de montar un par de vídeos y yo me reuní con Noa para explicarle cómo habían ido la grabaciones y lo bien que estaban quedando los resultados, incluso con el contratiempo de la lluvia.

A media tarde, cuando el cansancio se me acumuló en los ojos tras horas de pantalla, revisé el teléfono. En el grupo de las chicas teníamos un mensaje de Chiara. Antes de poder leer y contestar, la pantalla se iluminó con una videollamada grupal, cuando la acepté, la cara de Chiara apareció de pleno en el centro del teléfono.

—Perras, ¿no pensáis darme señales de vida?

—La culpa la tiene Elaia —dije—. Me tiene esclavizada.

Elaia me miró, riendo, mientras cerraba su portátil

—Eso es mentira. Dile que te cuente con quién se ha ido a comprar hoy.

—Me he visto obligada, ¿vale? —respondí—. El tiempo me ha forzado.

Chiara contestó casi al instante:

—¿Pero podéis explicarme de qué narices habláis?

—Aquí, Lena —dijo Elaia mientras me señalaba—. Parece que se ha enternecido con el susodicho.

—¿Pero qué dices? —contesté indignada.

—A ver, que me entere yo —empezó Chiara—. ¿El imbécil de Nathan ha dejado de ser imbécil? ¿Me explicáis qué habéis hecho estos dos días?

Elaia estalló a carcajadas.

—Primero espera, que te mando un vídeo.

La muy traidora había grabado el karaoke. La expresión de Chiara iba cambiando segundo a segundo mientras soltaba comentarios cada vez más censurables.

—¿Pero por qué coño no me lo habíais enviado antes? —protestó—. ¡Míralos, si tienen hasta una mirada cómplice!

—¿Pero qué dices? —me defendí—. Me sigue pareciendo un arrogante. Me pone de los nervios con esa pose de chulo.

En honor a la verdad, cada mañana, cuando entraba a la oficina, lo hacía con una seguridad tan natural —y unos aires de superioridad tan bien llevados—, que solo le faltaba aparecer con la canción *Do I Wanna Know?* de Arctic Monkeys sonando de fondo. Ese tipo de chulería sexy que no pide perdón ni permiso.

—Admite que un poco de gracia sí que te hace.

—Tanto como admitirlo… no —contesté—. El chico se esfuerza por llevarse bien conmigo, es evidente que los dos queremos que el proyecto salga bien. Y seguro que él más que yo después de su cagada.

—Eso —añadió Chiara con una sonrisa cargada de malicia—, o quiere mojar el churro. ¿Te has llevado la lencería, que te dije, no?

Le levanté el dedo corazón a la pantalla y las tres estallamos a reír. En ese mismo instante, el reflejo de Nathan apareció detrás de

nosotras, colándose en el encuadre y saludando con la mano, como si acabara de entrar en escena a propósito.

—Creo que ha llegado el momento de colgar —dijimos casi al unísono, entre risas.

Esa era una de las típicas situaciones en las que todo el mundo a tu alrededor parece darse cuenta de algo que tú no, y por supuesto, yo en ese momento aún no sabía todo lo que me esperaba.

CAPÍTULO 27

Nathan

Ir de compras con Lena no estaba en mi lista de cosas que hacer en Montreal. Eso estaba claro. Ni siquiera había contemplado tener tiempo para hacer turismo cuando vi el *planning* de grabaciones. Como mucho, pensé que quedaría algún hueco suelto para teletrabajar; era evidente que Scarlett esperaba que no descuidáramos el resto de proyectos.

Cuando me encontré a Lena en el probador y me pidió ayuda, no pude evitar que mi cabeza hiciera justo lo que no debía. La imagen que había aparecido la noche anterior volvió sin permiso, nítida, inoportuna. Tuve que contenerme para no dejar que derivara en pensamientos fuera de lugar. Algo se me descolocó por dentro cuando le subí la cremallera del vestido.

Noté su olor incluso antes de tocarla. Al tirar hacia arriba, mis dedos estaban fríos y su cuerpo reaccionó con un escalofrío que sentí casi como propio. Durante un segundo, recé para que mi cuerpo no decidiera traicionarme en el peor momento posible. Aun así, la cercanía fue suficiente para tensarme entero. El olor de su piel, el calor, ese maldito segundo en el que fui demasiado consciente de dónde estaban mis manos… y de dónde querían estar.

Pensé, sin querer, en qué pensaría ella si se diera cuenta o aún peor, en qué pensaría su novio si nos viera así. Incluso pensé en Alice, no sé porqué cojones lo hice. Parecía como si cada vez que se me cruzaba alguien en el camino, ella tuviera que estar presente, maldita sea, como si no me hubiera hecho suficiente daño.

De vuelta al hotel, el cansancio me cayó encima de golpe. Me dejé caer sobre la cama, mirando al techo, pero el sueño no llegó. La imagen del vestido volvió. El tacto fugaz. La cercanía.

No podía volver a masturbarme pensando en ella, joder. La tenía justo al otro lado de la puerta.

Después de dar demasiadas vueltas, bajé al bar del hotel a por un té. Por lo visto, no debía de ser el único incapaz de dormir. James estaba allí, sentado en una mesa. Al verme, levantó la cabeza a modo de saludo.

Era, sin exagerar, lo más parecido que tenía a un amigo en Starlight. Desde el primer día había conseguido romper el hielo conmigo. Nada más verme aparecer por la oficina, me lanzó una mirada cómplice y señaló con la cabeza hacia Lena.

—¿Te han echado ya a la jaula de los leones? —bromeó, dejando claro que trabajar con ella no iba a ser un paseo ligero.

No supe si reírme o prepararme para lo peor, pero ese comentario bastó para que la tensión inicial se diluyera. Con el paso de los días, las bromas se volvieron conversaciones, y las conversaciones, cierta complicidad.

Cuando aterricé en la editorial, James fue mi pase directo hacia el resto de compañeros. Siempre había tenido facilidad para hacer amistades; era abierto, y eso ayudaba. Pero después de meter la pata nada más llegar, reprimí esa parte de mí y preferí centrarme en demostrar mi valía. Por suerte, James insistió en que saliéramos con el resto del grupo algunos días entre semana y, aunque al principio acepté un poco por compromiso, gracias a eso no solo conseguí quitarme de encima el peso constante del trabajo, sino que también acabamos construyendo una buena amistad. Hacía menos de un mes que nos conocíamos, pero era una de esas relaciones fáciles, supongo que en gran parte fue porque ambos teníamos ese tono irónico que no todo el mundo aguanta.

—Voy a pedirme un té —le dije—. ¿Quieres uno?

—Un vaso de leche, por favor.

—¿Eres como un bebé? ¿Tomas leche para dormir?

Me fulminó con la mirada cuando le dije eso, menos mal, sin perder la sonrisa, y me dirigí hacia la barra. Unos minutos más tarde, el camarero dejó las bebidas sobre la mesa.

—¿Qué tal con Lena? —preguntó—. ¿Ya habéis pasado a la segunda fase?

—¿Pero qué dices? —le respondí, ofendido.

—No te hagas el tonto, Nathan. Todos nos hemos dado cuenta del rollo que os traéis. ¿Creéis que lo estáis disimulando bien?

—Estáis desvariando —negué con la cabeza, chasqueando la lengua contra el paladar.

—Tendrías que haber visto vuestra estampa en el karaoke.

—Se llama actuación, por si no lo sabías.

—Tío, conozco a Lena. Hay cosas que no se actúan.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Y su novio qué?

—¿Novio? Lena no tiene novio. De hecho, lleva meses huyendo de ese concepto.

—Hace unas semanas le mandaron flores al trabajo. ¿No te has enterado?

—Ah, hablas de Sam.

—Sí, eso me pareció ver en la nota.

—Sam fue su último compañero. Eran súper amigos, casi como hermanos. Llevaban tiempo trabajando juntos. Cuando se fue, ella pensó que se moría… pero ya ves, de todo se sale —comentó ladeando la cabeza.

—Bueno, da igual, no hay nada entre nosotros.

—Os vi saliendo juntos del Zara. Y esas miraditas que os echáis en los rodajes…

—¿Y qué me dices de ti? —repliqué, antes de poder evitarlo.

No sé por qué narices dije eso. La noche anterior, una sensación incómoda —demasiado parecida a los celos— se me había instalado al verla en brazos de James. No era algo habitual en mí. Hacía mucho tiempo que no me pasaba algo así. Nunca había sido un tipo demasiado posesivo, y los celos no eran un tema familiar para mí. Al principio, cuando estaba con Alice, tuve algún episodio aislado. Nada grave, pero suficiente para acabar en discusiones incómodas. Con el tiempo me obligué a mirarlo de frente, a entender de dónde venía esa frustración y a corregirla.

Aun así, ayer, al ver cómo James se acercaba a Lena, cómo la cogía en brazos para bajarla del escenario con tanta naturalidad, algo se activó en mi cabeza. Quería ser yo quien la levantara la próxima vez.

—¿Yo? —se rio—. Madre mía. Lena es casi como una hermana para mí. De hecho, igual podrías presentarme a tu hermana, ¿no? Parece

guapa.

—¿Te has vuelto loco? Olvídate, James, Fallon no se fijaría en ti.

—¿Y tú qué sabes? Aún no me has visto ligar, tengo tácticas infalibles.

—Justo por eso mismo no te la voy a presentar. Me repugna la idea de que creas que Fallon caerá como todas.

James me miró de arriba abajo burlón y me estrechó el hombro.

—Escúchame, no nos desviemos. Volvamos al tema de Lena. Entonces no te importaría que alguien le pidiera una cita, ¿no?

Me pasé la mano por la cara y suspiré.

—¿Qué quieres que te diga, James?

—Nada tío, yo solo intento que te abras a tu verdad.

—Eso no importa —respondí, resignado—. No parece que Lena vaya a fijarse en mí y tampoco va a cruzar esa línea profesional.

—¿Te lo ha dicho ella?

—¿Cómo?

—Nathan… ¿Cómo no va a gustarle un tío que sabe las canciones de su musical favorito?

Hablar con James desencadenó una serie de pensamientos. ¿Veía a Lena como algo más? ¿La imaginaba saliendo conmigo? ¿Quería algo con ella? Hasta ese momento no la había visto así…¿o sí? Había pensado en follármela, sí. Y me había masturbando pensando en ella. Claro que, en referencia a esto último… ¿Quién era yo para oponerme al instinto más natural? Sería inútil. Pero imaginarme con ella… ¿Tenía eso sentido? Me resultaba incluso imposible pensarlo, al fin y al cabo, trabajábamos juntos. ¿Qué diría la política de empresa? No creo que ni ella ni yo fuéramos capaces de dejar el trabajo por un calentón. Aunque a estas alturas, ya no sé si se trata de eso o de algo más.

Me reprimí cuando me vi pensando en todas aquellas cosas. Lena jamás estaría conmigo. O bueno, mejor dicho, yo no estaría con Lena, primero porque me parecía una arrogante con una relación de dependencia con su trabajo, y segundo, porque sería incapaz de acostumbrarme a su desorden.

CAPÍTULO 28

Lena

A la mañana siguiente me encontré a Nathan saliendo del hotel y nos saludamos con lo que ya empezaba a parecer nuestro saludo oficial.

—Hola, vecino.

Llevaba unos vaqueros pitillo y una camiseta gris con un mensaje bordado. Sin pensarlo demasiado, le agarré la camiseta por un lateral y tiré de ella.

—Menos mal que vistes mejor que Jon —dije, riendo.

—¿Desde cuándo te metes con mi manera de vestir?

—Desde que fuimos de compras ayer y te creías un modelo.

—Venga ya, te reíste un montón.

—Porque eres imbécil.

Empezamos a caminar juntos hacia el punto de encuentro para grabar la escena que el día anterior no habíamos podido dar por buena. Eran las nueve de la mañana y las calles ya estaban llenas de gente caminando sin rumbo fijo.

Caminábamos sin hablar demasiado, pero no sentí la necesidad de romper ese silencio. Algo en estos últimos días me había hecho sentir cómoda a su lado.

—¿Por qué ya no te odio? —le pregunté, con una sonrisa burlona.

—Porque soy un amor —respondió, guiñándome un ojo.

—Lo que eres es un creído.

—Un creído al que te aferraste en el avión.

—No me lo recuerdes. Fuiste lo único a lo que podía agarrarme, no te vengas arriba.

Entre risas, seguimos caminando mientras observábamos cómo se llenaban las cafeterías de la zona. Nathan sacaba el móvil de vez en cuando para hacer fotos, como si fuera un turista más. No pude evitar mirar la pantalla cuando las hacía. Parecían fotos de postal.

Me sorprendí a mi misma observándolo con curiosidad. Había algo en él que me resultaba bonito. Su forma de mirar las cosas, la expresión que se le dibujaba en la cara cuando algo le gustaba… La luz del sol mañanero le caía de lleno en el rostro mientras caminaba, y pensé que estaba guapo.

Llegamos a la ubicación donde todos nos estaban esperando. Siempre iban antes para grabar algunos planos de apoyo y colocar el equipo con calma. Parecíamos los protagonistas a los que alguien espera para empezar a grabar una película. Aunque, bueno, literalmente lo éramos.

—Aquí están —dijo Elaia.

Nos cogió de la mano a ambos y nos colocó con un gesto estudiado donde quería.

—Muy bien, empezamos desde aquí —añadió James—. ¿Recordáis el guion, no? Venís cada uno por vuestro lado, os encontráis en el punto que os ha marcado Elaia y os vais acercando poco a poco. Nathan, tú cogerás a Lena por debajo del culo y la levantarás.

Ambos asentimos.

Por un segundo recordé la facilidad con la que había levantado mi maleta de veinte kilos el otro día. La imagen se mezcló en mi cabeza con la de su pectoral marcado a través de la camisa y con su culo firme, y una chispa incómoda se encendió en mi estómago al pensar que iba a cogerme.

A los veinte minutos ya habíamos repetido la toma tres veces. En la primera estábamos tan rígidos que ni siquiera llegó a cogerme en brazos. En la segunda casi me caí. En la tercera nos entró un ataque de risa al tenernos demasiado cerca.

Estar junto a él empezaba a ponerme nerviosa. Me tensaba cada vez que lo tenía a milímetros. Nuestros olores se habían entremezclado y, por momentos, sentía que ese lugar era justo donde quería estar.

—Venga, última —pidió James—. Por favor, poneos serios. Vamos a sacarla.

¿Cómo se supone que iba a ponerme seria, cuando el tío que tenía a milímetros me estaba enloqueciendo poco a poco?

Nos separamos para colocarnos en posición. Empezamos a caminar el uno hacia el otro, tal y como habíamos ensayado. Cuando lo tuve delante, di un paso de más y me detuve. Mi cabeza quedó casi apoyada en su hombro. Nathan se agachó para cogerme y, cuando lo hizo, nuestras narices se rozaron. Sonreí sin querer. Los nervios me estaban ganando. Cerré los ojos e intenté pensar solo en la escena. Me dejé llevar. En segundos estaba elevada del suelo, sostenida por sus brazos como si no pesara sesenta y tres kilos. Bajo las indicaciones de Elaia, Nathan bajó los brazos lo justo para que nuestras caras quedaran a la misma altura.

Fue en ese momento cuando noté como si nuestros mundos colisionaran. Como si fuéramos uno. Ya había tenido esta sensación antes, al cantar la canción el otro día, pero en este preciso instante caí en la cuenta de algo más. Me gustaba estar con él, me gustaba compartir tiempo con él.

—Muy bien, chicos —dijo James—. Aguantad dos segundos más mirándoos y acabamos.

Empecé a resbalar de sus brazos y nuestras narices volvieron a rozarse. Abrí los ojos y me encontré con su mirada fija en la mía, tan cerca que podía sentir su respiración. El pulso se me aceleró y unos pensamientos invasivos sobre lo guapo que era Nathan, empezaron a colarse en mi mente. Joder. Era ese típico momento de las películas donde todo el mundo está esperando que ocurra algo, algo que en este caso no iba a ocurrir. Cuando quise frenar mi mente, cerré los ojos de nuevo para escapar de este escenario que nos envolvía, cogí aire y cuando traté de salir de sus brazos, terminé inclinándome lo suficiente hacía su rostro y nos fundimos en un ligero beso.

Los aplausos de todo el equipo me golpearon contra la realidad. ¿Qué cojones acababa de pasar? ¿He besado a Nathan? ¿Nathan me ha besado a mi? ¿Nos hemos besado?

Busqué a Elaia entre todos y la vi leyendo el guion como buscando si eso era lo que tenía que pasar. James se acercó a Nathan y le dió una palmadita mientras le decía algo parecido a: «Buen trabajo chicos, habéis conseguido traspasar la pantalla, ¡qué naturalidad!»

Eso fue lo que me pareció oír mientras trataba de asimilar lo que acababa de pasar. Y no, no solo trataba de asimilar el beso, también trataba de asimilar que me había gustado más de lo que me podía reconocer a mi misma. El muy capullo besaba bien. Claro que era de esperar. Era un prepotente y tan guapo que podías derretirte cuando lo mirabas, y tenía unos músculos… ¿Cómo no iba a besar bien? Hubiera sido un delito que no fuese así. Como solía decir Sara, los tíos así suelen venir con el *pack* completo, guapo por fuera, guapo por dentro y con las habilidades perfectas. No sabía si Nathan tenía más habilidades escondidas, ni tampoco si eran perfectas, pero ahora no tenía la cabeza para pensar en eso. Maldita Sara, otra vez tenía razón.

CAPÍTULO 29

Nathan

Acabo de besar a Lena. Nos acabamos de besar. Y lo peor de todo es que lo hemos hecho delante de todo el equipo.

Con un poco de suerte, la excusa de que la emoción me pudo puede colar. Joder, era lo más normal, ¿no? Estábamos grabando una escena de amor. Una cosa llevó a la otra y, por hacer mi papel de manera profesional… *pam*. La besé. O eso era, al menos, lo que pensaba decirle cuando me pidiera explicaciones. Porque, viniendo de Lena esperaba que se me echara encima para obtener una respuesta.

La verdad es que ni yo mismo sabía por qué lo había hecho. Fue como un acto reflejo. La tenía a milímetros de la boca, la gente empezaba a acercarse para ver de qué iba la grabación, el murmullo del equipo se mezclaba con las indicaciones de Elaia y, de repente, todo eso desapareció. Durante ese segundo no hubo cámaras, ni guion, ni normas. Solo ella. Su respiración. El calor de su cuerpo. Y una voz muy clara en mi cabeza diciéndome: «hazlo».

Lo que no entiendo es por qué cojones le hice caso.

La había cagado. La besé como un crío incapaz de controlarse. La besé sin que estuviera en ningún guion y, aún peor, la besé sin su consentimiento. ¿En qué estaba pensando? Antes de venir a Montreal había dejado las normas bastante claras. Demasiado claras. Nada de acercamientos innecesarios. Nada de improvisaciones. Nada de compromisos fuera de grabación. Y voy yo y me salto todas de golpe.

Aunque, siendo honesto, también habíamos hablado de lo que pasaba fuera del set. De lo que «no» debía pasar. Entonces… ¿Qué había sido la comida? ¿Y la mañana de compras? ¿Vino conmigo porque quiso o sólo porque la situación lo exigía?

Ahora mismo todo me parecía surrealista. Lo único que tenía claro era que debía seguir el día como estaba previsto. Dos escenas más y desaparecer. Volver al hotel. Encerrarme en la habitación. Salir solo lo justo y necesario para trabajar. Nada de encuentros con Lena. Sin excusas. Sin margen para volver a cagarla.

Porque, si algo había quedado claro, era que bastaba un segundo demasiado cerca de ella para que todo lo demás me dejara de importar.

Para mi sorpresa, el día continuó como si nada. Lena no me pidió explicaciones, ni se distanció; el curso de la jornada parecía normal, incluso mejor de lo que habían sido las anteriores.

Una vez más, me dejaba claro su profesionalismo. La tía era una *crack*, le daba una importancia al trabajo exagerada, y por supuesto, no iba a dejar que un beso le hiciera quedar mal con el proyecto, ni con Noa y aún menos con Scarlett.

Hicimos un par de escenas más, en otras localizaciones. De vuelta al centro histórico fuimos a la capilla Notre-Dame, donde Mia y Jon iban a hacer una visita turística; grabamos lo justo, como nos adentramos en ella y las vistas. Desde ahí cogimos un par de furgones para dirigirnos al Lachine Canal. Era un espacio precioso, estaba lleno de parejas y familias que recorrían los alrededores paseando.

Las viejas construcciones de ladrillo de alrededor parecían observarnos en silencio, seguro que eran testigos de historias pasadas bajo las luces de Montreal.

El lago donde nos dirigimos, tenía una imágen diferente a la que había visto por Google Maps antes de venir. En verano, estaba lleno de barquitos, kayaks y botes con los que podías ir de excursión. A menos cero grados, era obvio que un paseo por las grandes aguas era imposible, aún así, con todo nevado, parecía el típico lugar donde un romántico empedernido le pediría matrimonio a la mujer de sus sueños. Y ahí estaba yo, pensando casi con certeza, que a Lena le encantaría que alguien hiciera eso por ella. No había más que ver como se emocionaba cuando veía escenas románticas.

En el capítulo del libro que teníamos que representar, debíamos dar un paseo patinando sobre hielo por el muelle mientras nos reíamos

abrazados. Empezamos la grabación, con la aprobación de Elaia, que había controlado a todo el equipo: luces, micros y varios enfoques.

Me puse los patines antes que Lena y desde ahí vi en su cara esa típica expresión de «¿Cómo subo aquí sin matarme?». Cuando se calzó, le acerqué el brazo lo justo para que se cogiera de él y pudiera moverse con seguridad. Al notar como se agarraba a mi, no pude dejar de pensar en el beso. Respiré hondo, intentando no perder la concentración. Ella se acercó un poco más y, con cuidado, puso un pie firme en la nieve, y se colocó frente a mí.

—Grabar este *booktrailer* me está gustando. Creo que está siendo más fácil de lo que pensaba que sería. —Sonrió.

—Supongo que partíamos de una mala base, no podíamos empeorarla.

—Por poder, todo es posible, pero por suerte en algún momento me dejaste de parecer insoportable —contestó, haciendo una mueca.

—Oh, menos mal, Lena —comenté, llevándome la mano al pecho —. Imagínate tener que hacer este proyecto con el arrogante de tu compañero.

—Yo nunca he dicho eso.

—Seguro que lo has pensado. Cuando te cabreas, la cara te delata. Es más, te delata en cualquier situación. Eres demasiado transparente.

—¿Y entonces qué crees que estoy pensando ahora?

—Estás pensando que, en el fondo, te encanta compartir esto conmigo. Y no lo niegues, tú misma has asegurado que te está gustando.

Me miró de arriba abajo, boquiabierta, tratando de encontrar una respuesta a mi contestación.

—Lo que me está gustando es la experiencia; es una buena oportunidad laboral, ¿no crees?

—Sí, por supuesto, una buena oportunidad laboral… con un compañero de la hostia.

Se rio de forma sarcástica

—Concéntrate en patinar, que se te está subiendo el ego.

Estuve cinco segundos más de la cuenta mirándola fijamente. No podía dejar de notar lo cerca que estaba. Y de nuevo, el recuerdo de mis labios sobre los suyos empezó a tensarme, aunque intenté disimularlo.

Patinamos unos cinco minutos para tener la toma exacta y páramos las grabaciones. Patinaba casi igual o mejor que yo, cosa que me sorprendió después de que cogiera mi brazo para incorporarse. Aunque solo patinamos unos pasos, así que aún le quedaba mucho por ver de mis dotes.

De camino al hotel, James se sentó a mi lado en el furgón, cosa que me pareció perfecta para evitar cualquier desajuste innecesario. Porque sí, cada vez que Lena estaba cerca, mi cabeza se volvía un caos.

CAPÍTULO 30

Lena

Ya en el hotel, me encerré en la habitación de Elaia y le rogué que, por favor, cenáramos juntas pidiendo servicio de habitaciones. Necesitaba tiempo para mí, para procesar lo que había pasado y alguien con quien poder hablar sin filtros. No podía dejar de pensar en ese beso. Joder, no me había apartado. Sus labios eran gruesos, jugosos, y habían encajado a la perfección, aunque solo hubiera durado un segundo. Sentí un escalofrío que me recorrió el cuerpo, como mariposas que se posaban en mi estómago y batían con fuerza sus alas. Espera, ¿mariposas? No, no. Esto no eran mariposas. Era otra señal más de que llevaba seis meses sin sexo. No era solo una atracción momentánea; era una combinación de deseo contenido y la cercanía de alguien que, por lo menos hasta ayer, había sido solo un compañero de trabajo. Podría haberme pasado casi con cualquiera, pero había sido él.

Siendo honesta, desde que llegué a Nueva York, había estado tan centrada en el trabajo que no me había permitido conocer a nadie. Hubo una vez que quedé por semanas con un tipo que resultó ser un puto depravado que cada día estaba con una tía distinta. Después de eso, me prometí a mi misma, no volver a involucrarme con alguien que solo buscara sexo sin compromiso. Follar estaba bien, pero no quería ser el pasatiempo de nadie. ¿Por qué era tan difícil tener un amor como el de las películas?

Mientras Elaia abría la puerta con la bandeja del servicio de habitaciones, no pudo evitar que su curiosidad se reflejara en la mirada:

—Tía, cuando os he visto, he corrido a leer el guion por encima —dijo, bajando la voz con emoción contenida—. ¡Me he quedado flipando!

—Sí, yo también he flipado, creo que tanto como tú —respondí

—¡Pero si no te has apartado!

—¿Cómo que no? —Arqueé una ceja

—Has sido super profesional, sí, con eso también he flipado. Yo creía que le ibas a liar una escena, del tipo: «¿Qué cojones acabas de hacer pedazo de creído?», pero te has comportado, reconozco que te tengo que felicitar.

Me quedé en silencio un momento, mordiéndome el labio mientras ella me miraba incrédula. No sabía si había sido un acto de profesionalismo puro, o si en realidad, ese beso no me había molestado tanto. Quizá era normal; quizá, en el contexto del rodaje y la tensión de la escena, era algo que podía pasar. A veces te dejas llevar por la emoción del momento, y ocurre. ¿No?

Después de cenar, me dirigí a mi habitación con pasos sigilosos, tratando de no despertar a Nathan. Abrí el portátil para revisar un manuscrito, pero por mucho que lo intenté, no tuve narices de concentrarme. Todo lo que había pasado esa mañana y la sensación de sus labios sobre los míos me distraía demasiado.

Cuando llevaba más de treinta minutos embobada en un punto fijo de la pantalla, pensé que quizá necesitaba un cambio de escenario.

Incluso se me había pasado por la cabeza tocarme. Pero no, eso no podía ocurrir. No podía ocurrir porque el tío con el que pensaba hacerlo estaba separado de mí por un puto tabique. Y ya me parecía rozar la obsesión hacerlo en estas circunstancias.

Cogí el portátil como un bebé en brazos y decidí ir a la piscina del hotel. Segura de que a esas horas estaría desierta. Pensé que allí podría relajarme y quizá encontrar un poco de inspiración. Abrí las puertas de la gran cristalera que daba paso a la piscina. Era la mejor que había visto en mi vida. Una *infinity pool* enorme, rodeada de ventanales desde los que se apreciaban las luces de los rascacielos recortándose contra el cielo nocturno de la ciudad. Frente a la piscina, había una especie de bar, con una barra discreta y varias mesas, seguro que de día se llenaba. Era imposible no querer pasarse el día aquí dentro si venías de vacaciones. Esta piscina, a parte de preciosa, tenía algo que te pedía que te quedaras. Las vistas, la música que ponían, y los famosos cócteles de la cadena la hacían un lugar perfecto al que recurrir.

Dejé el portátil sobre una de las sillas, aparté otra de ellas y me senté, intentando encontrar por fin un poco de calma que me devolviera la concentración.

Llevaba unos quince minutos intentando escribir cuando escuché cómo la puerta se abría de nuevo. Me sobresalté, porque antes de entrar había visto claramente un cartel con el horario:

Invierno: de 9 a 22 h.

Lo había ignorado por completo, así que di por hecho que aparecería un guardia musculado para echarme amablemente. En los hoteles de lujo, aunque te hayas colado en un sitio, no suele pasar eso de las películas en las que aparece un guardia super mazado para cogerte en brazos y sacarte a rastras.

Me di la vuelta, con la disculpa ya en la punta de la lengua, y entre la oscuridad distinguí una silueta que se acercaba poco a poco. Metro ochenta, paso seguro y esa maldita colonia que llegaba a los sitios antes que él. Maravilloso. No necesitaba más pistas, era Nathan.

Había venido al único puto sitio del hotel donde creía que no me econtraría a nadie, y mucho menos a estas horas.

Al verme, levantó ligeramente la barbilla y señaló la silla vacía a mi lado.

—¿Te importa?

Sonreí y separé la silla de la mesa, dándole permiso para sentarse.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó mientras se acomodaba.

—¿Las once?

—Es la una de la madrugada, Lena —corrigió—. ¿Cuánto te pagan por trabajar cuando todo el mundo duerme?

Me reí por lo bajo.

—Por desgracia nada, pero necesito acabar un proyecto de escritura fantasma.

—¿Y te viene la inspiración a estas horas?

—La verdad es que no —admití—. Pero necesitaba distraerme. Y he pensado que meterme en una historia que no fuera la mía propia ayudaría.

Se inclinó un poco hacia delante y miró la pantalla del portátil.

—Por desgracia, no ha servido de mucho —añadí señalando la pantalla.

—¿Y qué hay de ti? ¿Tienes una cita misteriosa en la azotea de un hotel? —pregunté sin pensar.

«¿Por qué cojones le has preguntado eso Lena? ¿Acaso te importa? Últimamente no sabes quedarte calladita».

Nathan se mofó, sin mala intención y, por suerte, continuó la conversación como si nada, no sabría contestarle si me hubiera seguido el rollo.

—Déjate de tonterías, yo creo que sé por qué no te concentras.

Lo miré con escepticismo.

—Olvidaba que tienes respuesta para todo.

—No es eso —dijo—. Es que esta mesa no está preparada para ti. ¿Me dejas?

Señaló mi bolso. Asentí, aún sin entender nada. Por un momento pensé que me iba a seducir con un truco de magia o quizá incluso que sacaría una varita del bolso por amor al arte.

—Prométeme primero que te vas a girar. Es más, espera.

Se levantó de golpe, me agarró del brazo y, antes de que pudiera reaccionar, me tapó los ojos con la mano mientras me giraba de espaldas. No tenía ni idea de qué coño iba a hacer, pero a esas alturas la situación me parecía tan absurda que me dejé llevar.

Escuché cómo abría la cremallera del bolso y, acto seguido, me pareció oír varios golpes secos, como cuando se dejan caer cosas sin ningún cuidado sobre una superficie.

—A la de tres puedes girarte —anunció.

Empecé a darme la vuelta cuando me interrumpió.

—Eh, eh. He dicho a la de tres. No seas descarada.

—Imbécil —le solté.

—Uno… dos… y tres.

Cuando me giré, vi que había convertido la mesa en el caos más espectacular que había visto en mi vida. El muy cabrón había reproducido mi escritorio de la oficina.

Se las había apañado para sacar absolutamente todo del bolso y esparcirlo por la mesa: los clínex, la libreta, los bolígrafos… incluso las compresas que llevaba guardadas al fondo.

Me quedé mirándolo unos segundos incrédula, abrí la boca con sorpresa y señalé la mesa del bar.

—¿Pero tú estás bien de la cabeza? —dije al final, mientras sonreía.

Nathan sonrió, orgulloso de su obra, como si acabara de crear una instalación artística.

CAPÍTULO 31

Nathan

A Lena le cambió la cara por completo. No supe decir si fue porque la sorprendió ver todo aquel despliegue o porque pensó que el imbécil —como solía llamarme— había dado justo en el clavo y entendía con precisión lo que necesitaba para trabajar.

—Este imbécil sabe apreciar tu desorden —dije, encogiéndome de hombros.

Llevaba dos semanas observándola en la oficina. Dos semanas viendo como se movía entre el desorden, y aunque a mí ese caos me sacaba de quicio —y me hacía imposible concentrarme—, ella parecía fluir dentro de él como si nada más existiera.

—Te veo bailar dentro de tu propio caos como si nada alrededor importara —continué—. Quizá no me he adaptado a Starlight, pero creo que sí me he adaptado a ti.

Movió la cabeza de un lado a otro, negando, con una expresión de sorpresa absoluta. Luego dejó escapar una pequeña risa, de esas que no se pueden contener.

—Si me permites, aún falta algo —añadí, ya dándome la vuelta.

Me miró, extrañada, pero se apartó lo justo para dejarme pasar.

—Prometo volver —dije antes de salir.

En la siguiente esquina había un 7-Eleven. Había pasado por delante varias veces desde que llegamos, pero esta vez bajé casi volando en el ascensor decidido a cumplir mi misión: el *muffin*.

Volví a subir igual de rápido. Antes de regresar a la piscina hice una parada estratégica en la habitación, abrí la neverita y cogí un par de botellines de Aperol Spritz. No podía parecer un robo a mano armada, con la cantidad de bebidas que había allí dentro, nadie iba a notar su ausencia, aunque lo dejara sin pagar.

Empujé las puertas de la piscina con un gesto victorioso, como si acabara de salvar el mundo. A veces, la chulería me acompañaba

demasiado. Siempre he creído que era un acto reflejo como para protegerme de la vergüenza. Me volvía un descarado y así las cosas no me costaban tanto.

Me acerqué a la mesa y le tendí el *muffin* a Lena.

—Lo siento, no quedaban de los de chocolate blanco. Bueno… sí quedaban, pero parecían hechos a las siete de la mañana —dije—. Así que me he atrevido con este de doble chocolate y este de fresa, que tenían pinta de ser, como mínimo, de las cinco de la tarde.

Ella arqueó una ceja, divertida.

—Todo un reto —respondió.

Luego señaló los botellines.

—¿Y esto?

—Los he robado de la neverita de la habitación. No creo que nadie los eche de menos… ¿has visto la cantidad de bebidas que hay ahí dentro?

Se echó a reír.

—Estás loco —dijo, negando con la cabeza—. Entonces… —añadió, señalando la mesa—. ¿Este parece ser mi *kit* oficial para trabajar bien?

—Ya lo creo.

Sonreí, satisfecho.

—Es más —continué—, ahora que tienes azúcar y desorden, voy a darme un baño mientras tú te quedas aquí escribiendo la puta mejor novela.

—Intenta no ahogarte, porfa —me dijo, como si fuera mi madre—. No tengo tiempo para salvar vidas.

Me hizo gracia. Me desprendí de la ropa sin pensarlo demasiado y me lancé a la piscina. El agua me envolvió de golpe, despertando cada nervio de mi cuerpo. Durante un segundo la observé desde ahí abajo y deseé que mandara el trabajo a la mierda y se tirara conmigo, que rompiera esa barrera invisible que siempre parecía mantenerla a salvo de todo lo que podía pasar si dejaba de lado el trabajo. Pero no pasó.

Al rato salí del agua, me coloqué la toalla en la cintura y me acerqué a ella chorreando todavía. Estaba a punto de coger uno de

los botellines cuando un ruido seco que venía de la entrada de la piscina nos alertó.

A Lena se le escapó un chillido breve. Enseguida me acerqué más a ella y le tapé la boca con la mano.

—Shhh —susurré—. Sabes que no podemos estar aquí, ¿verdad?

Asintió con los ojos muy abiertos.

Nos levantamos despacio y empezamos a movernos casi a la carrera, conteniendo la risa, buscando una de las esquinas como dos críos cazados haciendo algo prohibido. El corazón me latía rápido, por esa emoción absurda de estar a punto de que te pillen.

Lena iba delante de mí, corriendo como una niña pequeña jugando al pilla-pilla, y tuve que morderme el labio para no reírme.

La esquina no era demasiado amplia.

Nos agachamos de golpe y ella terminó sentándose sobre mis piernas.

—¡Au!, me clavas la rodilla —susurró.

La agarré por la cadera sin pensarlo y la empujé un poco más hacia dentro del hueco.

—¿Así mejor?

Asintió. Noté cómo su ropa se pegaba a mi piel húmeda, cómo su pelo caía cerca de mi rostro. La tenía tan cerca que casi podía saborearla. Tragué saliva, rezando e intentando contener los instintos de mi cuerpo.

—Calla, que viene —musitó.

Vimos cómo la luz de una linterna se acercaba, barría el suelo y se detenía un segundo. La adrenalina me recorrió entero. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto de una chiquillada así. Sentía su respiración acelerada contra mi pecho y la mía intentando acompasarse a la suya.

Cuando el destello se alejó y el guardia desapareció, salimos disparados de allí. Corriendo sin rumbo y muertos de la risa.

—¿Qué hemos hecho? —me dijo entre carcajadas.

—¿A qué te refieres? ¿A colarnos o a correr como si nos fuera la vida en ello?

—A las dos cosas —respondió, todavía riéndose—. Creo que nos merecemos ese Aperol.

Volvimos a la mesa mirando alrededor, por si acaso. La sonrisa no se nos borró en toda la noche. Me lo estaba pasando bien. El caos de Lena ya no me parecía tan exagerado con ella al lado.

Cogí el botellín y me senté en la baldosa, dejando caer los pies dentro de la piscina.

—¿Te vienes?

—Ni de coña, guapo. No llevo bañador.

—¿Y la ropa interior no sirve?

—No pienso bañarme en ropa interior contigo husmeando por aquí.

—Anda ya —le dije—. Ni que fuera muy diferente de un bañador. Venga, vente.

Me miró unos segundos, dudando.

—Promete no mirarme.

Sonreí.

—Que sí, Lena. ¿Qué somos? ¿Críos?

Y por cómo me devolvió la sonrisa, supe que esa noche lo éramos, al menos un poco.

Se bajó el pantalón despacio. Su figura resaltaba aún más en ropa interior, era mejor de lo que había imaginado, y eso me descolocó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Debajo del sujetador se le marcaban los pezones, redondos, oscuros. Tuve que luchar contra mí mismo para no fijarme más de la cuenta en ellos. Tenían una caída perfecta. Lena chasqueó la lengua mientras se sentaba en la repisa.

—¿Sabes? —dijo—. Cuando era pequeña, y no me concentraba para hacer los deberes, mi madre me hacía jugar a un juego. Es una táctica que me ayudaba bastante, y aún la sigo usando.

Asentí con la cabeza mientras me lo explicaba. Gesticulaba tanto que era imposible no quedarse embobado en ella, en sus gestos, en su manera de hablar.

—Se trata de hacerse preguntas de algo super diferente, como si fueran cosas aleatorias —añadió—. Así la mente se dispersa y luego vuelve con más fluidez. Por ejemplo, yo te pregunto una cosa y tenemos que responder, a la de tres, con un número del uno al diez. Si yo digo: «¿Del uno al diez, cuánto te tirarías a la piscina?» y nuestra respuesta coincide, tenemos que tirarnos al agua. Sin

excusas. Se puede usar esta alternativa, o bien decir «Del uno al qué», pero la dinámica es la misma.

La miré, desconcertado, mientras me lo explicaba. No esperaba algo así de ella, puede que porque la imagen que me había hecho hasta ahora era otra, algo así como «Lena la trabajadora que no disfruta». Pero la idea me gustaba. Hacía bastante tiempo que no jugaba a nada. O, al menos, no a un juego en el que pudiera pasármelo bien.

—Empiezo yo —comentó, sin darme margen—. ¿Del uno al diez, qué tan mala compañera crees que soy?

—¿Qué? —Fruncí el ceño—. ¿Por qué dices eso, Lena?

—Di un número. Del uno al diez —insistió.

La miré un segundo más, intentando entender de dónde salía esa pregunta. Había algo ahí que no estaba diciendo en voz alta.

—Respóndeme tú primero —añadí—. No entiendo por qué piensas así.

—Ay, no sé… —dijo al final—. Creo que soy un desastre porque debería haberte ayudado a adaptarte a tu puesto y, en vez de eso, te he estado evitando todos estos días.

—¿Por eso? —Negué con la cabeza—. Eso da igual, Lena. La cagué. Y puedo entenderlo perfectamente; a mí tampoco me gusta que toquen mis cosas o que me dejen en evidencia. De hecho, siguiendo esta misma teoría… —añadí—: te podría preguntar, del uno al qué: ¿Qué tan imbécil crees que soy?

Soltó una risa breve.

—Uff… —Se llevó el botellín a los labios, pensativa—. ¿Diez mil? Eres un creído. Vas por ahí convencido de que todo el mundo baila a tus pies.

—¿Pero qué dices? —protesté, llevándome una mano al pecho.

—Shhh —me cortó, levantando un dedo—. Sin preguntas ahora.

Me rendí, divertido.

—Vale. Tu turno.

—Del uno al qué: ¿Cuánto has odiado la propuesta de Montreal?

Nos miramos apenas un segundo antes de responder.

—Cinco —dijimos a la vez.

Al ver cómo las respuestas coincidían, chocamos los botellines y bebimos entre risas, como si aquel pequeño acuerdo nos hubiera colocado, sin querer, en el mismo punto.

En menos de diez minutos nos habíamos hecho una especie de test de nosotros mismos. Algunas preguntas referentes a la editorial, otras hablando de lo cotidiano y otras bastante más *random*. No recuerdo en qué momento la conversación empezó a fluir hacía otros temas más subidos de tono.

—Del uno al qué: ¿Te bañas conmigo?

—No voy a bañarme —respondió sin dudar.

—¿Número?

—Tres —dijimos a la vez

Me lancé a la piscina sin pensarlo. El agua me envolvió de golpe y, desde dentro, alargué el brazo y le agarré la muñeca antes de que pudiera reaccionar.

—¡Nathan! —exclamó mientras caía al agua conmigo.

Me respondió con una pataleta, lanzándome agua a la cara. Estaba ridículamente graciosa cuando se enfadaba así.

—Del uno al qué: ¿Repetirías el beso de esta mañana? —preguntó.

Nos miramos fijamente. Sabíamos que en esta pregunta intentaríamos no coincidir. Levantamos los dedos y empezamos la cuenta atrás.

—Ocho —dijimos a la vez.

—Imbécil —murmuró Lena, desviando la mirada—. No pienso besarte.

—¿Estás segura? —le pregunté, antes de rodearla y acercarla a mí bajo el agua—. ¿Entonces por qué preguntas?

Me sostuvo la mirada, desafiante, con una sonrisa satisfecha mientras asentía.

—Segurísima —contestó, alargando la palabra.

Me acerqué un poco más, lo justo para que el espacio entre nosotros desapareciera sin llegar a romperse del todo.

—Perfecto —respondí—. Entonces tengo derecho a otra ronda. Si no cumples las reglas, esto es lo que me parece justo, así que… Del uno al qué: ¿te quitas el sujetador?

—Eres un cretino —protestó.

—Responde a la pregunta, Lena —dije, bajando lentamente los dedos—. Uno… dos… tres…

Ella dijo diez, y yo esperé una milésima de segundo en contestar para hacerlo después de ella sin que se notará demasiado, y a pesar de que mi pensamiento era un siete, cuando escuché la primera sílaba, también dije diez. No tenía muy claro cómo iba a controlarme si realmente lo hacía, pero, conociéndola, estaba convencido de que no pasaría y por eso, jugué sucio. Me equivoqué. Se colocó frente a mí. Con la mano izquierda se desabrochó el sujetador con un gesto lento, casi ceremonial. Lo alzó en el aire como si fuera una bandera y lo lanzó fuera del agua sin romper el contacto visual. Durante un segundo me quedé en blanco. No pude controlar mis pensamientos naturales y noté como empezaba a endurecerme.

CAPÍTULO 32

Lena

Parecía que Nathan estaba disfrutando demasiado del juego, así que decidí tomar las riendas de la situación yo misma.

—Estamos en desigualdad —le comenté, sonriendo—. Y ahora me toca a mí. Del uno al qué: ¿te quitas los calzoncillos?

—Así que quieres jugar sucio, ¿eh?

—No hagas que tenga que repetirlo —respondí, intentando taparme el pecho con torpeza—. Sabes que no estamos jugando en las mismas condiciones.

Me miró durante unos segundos, como valorando si aquello era una trampa o un reto. Al final, se encogió de hombros.

—Supongo que las reglas son las reglas.

Bajamos los dedos a la vez, lentamente, hasta llegar a cero.

—Cuatro —dijimos al unísono, con la voz más alta de lo normal.

Me giré de espaldas, dándole la libertad de desnudarse sin mi mirada presionándolo. No estaba segura de por qué había llegado tan lejos. No sabía siquiera qué estaba haciendo. Pero quería verlo. Algo dentro de mí pedía a gritos acercarme más, morderle una nalga, dejar de pensar y disfrutar del momento. Por primera vez en mucho tiempo, hacía esto con consciencia. No era por el alcohol ni por el cansancio. No tenía ni idea de dónde iba a terminar todo aquello, pero necesitaba comprobarlo. Quizá era verdad eso de que solo vivía para trabajar, así que era el momento de disfrutar.

Cuando volví a girarme, estaba dejando la ropa interior en el borde de la piscina.

Bajo el agua se dibujaba su cuerpo con claridad: la curva de su espalda, los músculos tensándose al moverse, el agua resbalándole por el pelo y cayéndole por el rostro. Estaba guapo. No. Estaba sexy. Pero sexy de verdad, de ese que no se busca y aun así arrasa.

Se giró hacia mí, cubriéndose por inercia, y siguió con el juego.

—Ahora soy yo el que cree que no estamos en las mismas condiciones, así que… —Sonrió—. Ya sabes que toca. ¿Lo haces, o me harás hacer la cuenta atrás?

Lo miré como una cría desafiándole, y antes incluso de tener una respuesta tiró de mi brazo con decisión y terminé a centímetros de él. Ya no había espacio para bromas. Ni para reglas. Mis brazos habían dejado de protegerme y su cuerpo estaba pegado al mío.

Lo estaba viendo por primera vez desnudo. Totalmente desnudo. Me separé lo justo para mirarlo, para grabar la imagen. Nathan sonrió, descarado.

—¿Y ahora qué?

No supe qué responder. Me sumergí bajo el agua como única salida, intentando enfriar algo que ya estaba fuera de control. Cuando volví a la superficie, me agarró por la cadera y me atrajo hacia él sin esfuerzo.

Me quedé con la cabeza a la altura de su pecho. Podía escuchar su respiración, sentir su calor. Apoyé mi cabeza contra él. Me acerqué poco a poco y nuestros cuerpos terminaron de rozarse. Mis pechos rozaron su abdomen y se me endurecieron los pezones. Sentí el cosquilleo recorrerme entera.

Levanté la mirada y me quedé clavada en sus ojos.

—¿Y ahora qué? —repetí, devolviéndole el reto.

Me acarició la cara con su mano, y la paseó por mi hombro, dejándola aterrizar en mi pecho. Le dirigí una intensa mirada antes de quedarme a milímetros de su boca y le lamí los labios. Quería volver a notarlos, quería comprobar si pertenecían a los míos.

El estómago se me encogió.

—Quiero tocarte —me dijo—. ¿Puedo?

Le respondí besándolo con fuerza. Quería saborearlo. Quería que sus besos me pertenecieran. Quería que me tocara, y lo quería con urgencia. Mientras nuestras lenguas se encontraban, fogosas, fue deslizando la mano despacio por mi abdomen, haciéndome cosquillas antes de colarla entre mis bragas. En el instante en que nuestras bocas volvieron a encontrarse, olvidé por completo que estaba saltándome todas las normas que le había impuesto. Masajeó

la zona por fuera antes de hundir dos dedos en mi interior. Gemí. Él susurró contra mi boca:

—¿No decías que no ibas a besarme?

Le lancé una mirada pícara y le besé el cuello. Qué bien olía… Me estaba volviendo loca.

Intenté meterme entre nuestros cuerpos para abrirme paso hasta su erección. Estaba tan dura que me estremecí solo de pensarlo. Lo empujé con fuerza contra la pared de la piscina, le rodeé el pene con la mano y empecé a moverme despacio. Quería hacerle la mejor paja de su vida.

—Tócame… no quiero que pares —conseguí decirle.

Pareció atender a mi petición, porque su boca descendió hasta mis pechos, besándome con suavidad en cada lugar en el que se detenía. Mordió mi pezón izquierdo mientras, con la otra mano, seguía jugando entre mis piernas. Jadeé cuando lo hizo. Hacía tiempo que nadie me tocaba así; hacía tiempo que nadie buscaba darme placer de esa manera, tan salvaje e intensa.

Deslizó la mano por mi pelo y, mientras me acariciaba, me besó con tanta fuerza que olvidé por completo dónde estábamos. Me agarró en brazos, de modo que mis piernas quedaron rodeándole la cadera, y se rozó contra mí con intensidad. Cuando noté su erección, le mordí el labio.

Lo quería dentro de mí.

—Hazlo —le dije.

—¿Tienes condones?

Joder. Los malditos preservativos.

Salimos de la piscina con urgencia, con la misma urgencia con la que lo deseaba. Cogimos la ropa y las cosas de la mesa y bajamos hasta nuestra planta, cubiertos por una toalla, sin dejar de besarnos ni un solo segundo.

Al llegar a la puerta de la habitación, saqué la tarjeta del bolso y la abrimos a toda prisa.

Me agarró y me estampó contra el marco de la puerta. Nuestras lenguas se buscaban con hambre, ardientes. Luego se giró y nos dejó caer a ambos sobre el colchón.

Señalé la mesita de noche con un gesto torpe.

—Ahí están los condones —musité entre jadeos.

CAPÍTULO 33

Nathan

Quería follarme a Lena de tantas maneras que solo pensar que estaba a punto de hacerlo me hacía querer correrme. Tuve que contener ese pensamiento, no podía permitir que nuestra primera vez durara tan solo un minuto.

Abrí el preservativo y me lo coloqué despacio. Al girarme, Lena me esperaba tumbada en la cama, con las piernas entreabiertas. Me acerqué a ella mientras me tocaba. Estaba tan excitado que dolía. Le besé los pechos y bajé despacio por su abdomen. Antes de colocarme entre sus piernas, la miré de forma desafiante. Quería que me diera permiso, ver en su rostro lo mucho que lo deseaba.

—Se te da fatal seguir reglas, Caldwell —dijo mientras trataba de mantener la respiración.

—Lena —suspiré—, a la mierda las reglas, me vuelves loco…

Tras su aprobación, la lamí despacio hasta humedecerla por completo. Ese sabor me supo a gloria.

—Hazmelo, Nathan —susurró.

Me dejé caer sobre ella despacio, apoyé el brazo izquierdo en la almohada y, con la mano derecha, guié la penetración. Cogí aire antes de hacerlo. Sabía que ese acto no era solo una entrada directa a ella, sino también a mi corazón: un corazón que llevaba un año cerrado.

Moví las caderas con fuerza, buscando su placer. Le acaricié todo el cuerpo mientras la tomaba, ella gemía y gritaba mi nombre entre jadeos. Aceleré el ritmo al verla sollozar de placer.

—Voy a terminar —me dijo entre jadeos.

Volví a entrar con fuerza una vez más y, cuando sentí el pene palpitar, me corrí con tanta intensidad que pensé que rompería el condón. Me coloqué a su lado, besándola con ganas, y cuando pude

mirarla bien, pensé en que esa chica podía hacer conmigo lo que quisiera.

Al separar nuestros labios, caí en la cuenta de que me habría gustado que aquello no terminara nunca. Era la primera noche que compartía con ella, pero también la primera noche con una mujer desde que Alice ya no estaba. Aquel pensamiento me hizo encoger. Llevaba un año sin ser capaz de mirar a otra mujer. La relación con Alice no se sostenía por ningún lado, fui un juguete usado durante años, y entonces llegué a pensar que nunca sería suficiente para nadie.

Miré a Lena de nuevo y cerramos nuestros labios en otro beso, esta vez más dulce. Mientras la contemplaba, no podía evitar sentir miedo. Miedo de estar haciendo algo que no era correcto, miedo de haber ido demasiado lejos, pero sobre todo, miedo de no saber a dónde nos llevaría esto.

Me saqué el preservativo, le di un beso en la frente y me levanté en busca de su baño.

Entré en la ducha, intentando que el agua calmara mis pensamientos. Apoyé las manos en la pared y respiré profundamente. Al darme la vuelta, la vi mirarme desde el otro lado de la mampara.

—¿Puedo?

—Ven. —Me acerqué a ella, le cogí la mano y la abracé bajo el agua.

—¿Te quedas a dormir?

No supe qué responder. Joder, claro que quería quedarme. Quería abrazarla, quería olerla, quería besarla y mirarle sus preciosos ojos hasta que amaneciera, aunque no quedaban muchas horas para eso.



Cuando desperté, la habitación se había llenado de la luz del sol que entraba por los ventanales.

—Joder, ¿qué hora es?

Me removí entre las sábanas y me detuve a pensar en lo que habíamos hecho, en lo que acababa de suceder hacía apenas unas horas. Estaba desnudo, y a mi lado, Lena aún dormía, abrazada a la almohada. Estaba guapa. Parecía relajada. Tenía el pelo todavía un poco húmedo. Me acomodé de lado para verla dormir. Un instinto quiso despertarla con energía sexual; quería volver a excitarme con ella, quería estar dentro de ella.

Resoplé mientras me tapaba con el edredón.

Lena se movió y se giró hacia mí despacio. Me miró y pasó un brazo por encima de mi cintura.

—Buenos días, ojitos.

—Buenos días —me dijo aún bostezando.

Se acercó y me besó despacio. Después me miró de nuevo, recorriendo todo mi cuerpo con la mirada. Sonreí al darme cuenta de que me estaba devorando con los ojos. Creo que nunca se había atrevido a mirarme así, pero… ¿para qué esconderlo ahora?

—¿Puedo retenerte hoy aquí, en mi cama? —me dijo riéndose.

—Todo tuyo —le contesté—. Sé mi secuestradora, finjamos que estamos enfermos, o que nos hemos quedado dormidos, qué sé yo.

Mientras hablaba, se colocó a horcajadas sobre mí. Sentí de nuevo su cuerpo caliente contra el mío mientras me besaba. Me encantaban sus besos, tenían algo magnético que hacía imposible apartarse de ellos. Verla de nuevo encima de mi cuerpo, de mi piel, con el pelo revoltoso cubriéndole el rostro, me provocó un escalofrío que me recorrió por todo el cuerpo. Era como una auténtica diosa aún recién levantada.

CAPÍTULO 34

Lena

Casi me dio un infarto cuando escuché a Elaia llamando tras la puerta. No porque tuviera que esconderme, sino porque había olvidado por completo que seguíamos en Montreal. Flipará cuando se entere de que me pasé toda la noche con Nathan. Y flipará aún más cuando descubra que, además, lo hemos hecho.

Tapé la boca de Nathan de inmediato, mientras sonreía. Él me devolvió el gesto, pellizcándome el culo. Eso hizo que me palpitara el corazón. Quise de verdad que ese instante durara más, que esa mañana fuera solo para nosotros.

Cuando me iba a levantar para acercarme a la puerta, Nathan me agarró y rodó sobre mí hasta quedar debajo. Me tomó la mano y me la colocó encima de su erección. La madre que lo parió. Con qué energía se había levantado, ¿no?

Le lamí el labio y me dirigí hacia la puerta.

—¿Tía, estás? —dijo Elaia tras la puerta.

—Sí, sí, todo bien. Me he quedado dormida.

—Tú nunca te duermes —comentó—. ¿Es que te has tirado la noche pensando en el beso?

Nathan me lanzó una almohada desde la cama. Me giré hacia él y le hice un gesto para que parara de hacer ruido, cosa que le debió hacer gracia, porque se le dibujó una sonrisa de lo más sensual.

—Pero ¿qué dices? —contesté a Elaia, que seguía esperando una respuesta—. Estuve trabajando y me acosté tarde, eso es todo.

—Bueno, ¿me vas a dejar pasar o qué? Vengo de dar una clase de baile en el gimnasio y tengo una sed que me muero.

Miré a mi alrededor, toda la ropa tirada por el suelo, la toalla de Nathan encima del escritorio, la cama revuelta y el sobre del preservativo sobre la mesita de noche.

—Voy, voy, que no encuentro la tarjeta.

Nathan se apresuró a recogerlo todo mientras me miraba con sonrisa de pillín. Le señalé la puerta que comunicaba con su habitación para indicarle que se fuera por ahí. Antes de desaparecer, se acercó a mí, me dio una cachetada y, señalando su erección, me dijo:

—De esta no te vas a librar tan fácil.

Asentí con mirada pervertida, le lancé un beso y desapareció tras la puerta.

—Aquí estás —dijo Elaia al entrar en mi habitación—. Madre mía, esto parece una leonera.

Me eché a reír.

—Ya conoces mi desorden, no sé qué te extraña tanto.

—¿No huele un poco raro? —me dijo Elaia, haciendo el gesto de olisquear.

—Yo qué sé, tía, me acabo de levantar. Ni siquiera sé aún qué hora es.

—Es la hora de que vengas conmigo a tomar café. Se espera que nieve, y con eso no podemos grabar. Una cosa es improvisar un beso —me lanzó una mirada descarada mientras lo decía— y otra muy distinta es cambiar la estación del año de la novela.

Le hice un gesto señalando el baño.

—Voy a arreglarme y a vestirme.

Asintió con la cabeza y, antes de que pudiera entrar, chilló con emoción:

—¿Pero esto qué es? —exclamó mientras levantaba al aire los calzoncillos de Nathan—. Cuéntamelo todo ya.

Le hice el gesto de que bajara la voz. Nathan estaba al otro lado de la puerta; no hacía falta que se enterara de todo lo que iba a contarle.

Se acercó corriendo hacia el baño:

—¡Soy toda oídos! ¿Qué? ¿Te lo has tirado? —preguntó con cara incrédula—. ¿Pero en qué momento?

Tuve que cerrar la puerta del baño corriendo antes de que toda la planta se enterara.

—¡Tía! —le susurré—. Disimula coño, que está ahí, al otro lado.

—Dime que no acabas de echarlo para que yo pudiera entrar.

La miré, escondiendo una media sonrisa, y le confirmé que se acababa de ir.

—¿Cómo folla? ¿Cómo la tiene? ¡Joder, tía… De pensar en el beso a esto hay un gran paso!

—¡Serás pervertida! —respondí entre risas.

—Joder, ya que follas por las tres, al menos cuéntanos el salseo.

—Es más, deberíamos llamar a Chiara.

Acto seguido cogió el teléfono y esperamos a que descolgara la videollamada.

—¿Se lo cuentas tú o se lo cuento yo? —dijo Elaia.

Al ver que no soltaba prenda, siguió:

—Aquí la amiga —me señaló y me miró de arriba abajo—, se ha tirado a Nathan.

Chiara se recolocó los auriculares sin contestar. Vimos cómo se movía rápidamente hacia el baño de las oficina y cuando estuvo dentro respondió sin dudar:

—¿Qué has hecho qué? ¡Lo sabía! Sabía que te ponía.

Negué con la cabeza.

—Eso no es así… yo qué sé, a ver, el chaval es guapo, y puede que…

—Te dije que le había ablandado el corazón —añadió Elaia cortando mi respuesta—. He ganado la apuesta.

—¿Habéis hecho una apuesta sobre si me tiraba a Nathan? —dije, incrédula—. ¿Por quién me tomáis?

Se rieron.

—Ayer Elaia me contó lo del beso —empezó Chiara—, y cuando me dijo que no le liaste un pollo, hicimos una apuesta. Era bastante raro que no sacaras tus zarpas. Nunca hubieras permitido hacer algo que no quisieras, así que nos apostamos a ver cuánto tardabas en caer.

—Elaia —comentó mientras la señalaba—, dijo que salías de Montreal con novio, y yo me aposté a que llegarías en plan drama por no habértelo tirado, así que, obviamente, he perdido.

Ambas hicieron como que se chocaban las manos en símbolo de victoria.

—Sois unas cabronas —les dije, riéndome—. Así que consideráis que soy fácil de tentar.

—¡NO! —dijeron ambas a la vez.

—Lo que consideramos es que hacía ya meses que necesitabas un polvo y, joder, Nathan está buenísimo.

—Que, por cierto, esto me lleva a preguntarte… ¿folla bien?

Negué con la cabeza.

—Pero ¿tú no ves la cara de relajada que lleva? —comentó Elaia—. Por supuesto que folla bien y, además, creo que quiere repetir.

En un acto de esperanza para que se callaran, les dije que sí, que follaba bien, y que además había sido atento y generoso.

Quedamos que en casa les contaría todo con detalles. Después de colgar, pasé la mañana con Elaia en el café del hotel, porque fuera hacía un frío de narices, y aproveché para ponerme con el proyecto de escritura fantasma. Quizá Nathan no me había inspirado con el desorden de la mesa, pero me inspiró de otra manera.

Cuando estábamos recogiendo para salir a comer, la pantalla del teléfono se encendió junto al ruido de una notificación. Elaia corrió a mirar la pantalla:

—Es Nathan.

Le aparté el teléfono de un manotazo.

—Deja de ser tan cotilla —le dije mientras cogía el teléfono.

Abrí la notificación. Era un email.

> DE: nathan@starlight.com
>
> PARA: lena@starlight.com
>
> ASUNTO: Te echo de menos
>
> Te acabas de ir y ya te echo de menos. Las sábanas de mi cama dicen que quieren conocerte. ¿Repetimos esta noche?
>
> ¿Qué tal tu mañana con Elaia? Yo sigo en la habitación. He considerado la opción de masturbarme pensando en ti, no voy a mentirte, pero he pensado que preferiría que fueras tú quien lo hiciera. ;)
>
> Si quieres, te espero aquí a las 20 hrs.

Empecé a leer lo que parecía ser un mensaje romántico y, cuando terminé, faltaba poco para que se me humedecieran las bragas. El imbécil me había calado.

Le respondí el mensaje con las mismas ganas, y le pasé mi número de teléfono. Me parecía casi romántico mensajearnos por correo,

pero no era lo más práctico, y después de tenerle dentro, quizá que tuviera mi teléfono no era nada desproporcionado.

Mientras caminábamos hacia el restaurante, no podía dejar de pensar en dos cosas:

1. En la noche que habíamos pasado Nathan y yo. Y en nuestra conexión que parecía estudiada.

2. Cómo Elaia y Chiara se habían referido a él como «novio».

No era algo en lo que hubiese pensado hasta el momento. Me estaba gustando este tira y afloja que teníamos y su presencia cada vez me hacía sentir mejor, más libre, más abierta.

Me gustaba chincharle y verle la cara de chulo. Me gustaba que me hiciera reír con tonterías, aunque yo pensara que era un imbécil. Y me gustaba que me devorara con la mirada, como si fuera la última tía del mundo; incluso cuando yo miraba a otro lado y notaba sus ojos fijos en mí.

Me gustaba él, en general. Y me estaba gustando la versión de mí a su lado. No sé cómo no me había dado cuenta antes. Nathan me arrancaba sonrisas haciendo tonterías. Nathan me devolvía un poco a mi niña interior mientras me hacía reír. Nathan se esforzaba por hacerme reír. Y supongo que eso revelaba muchas cosas que aún no nos habíamos atrevido a decirnos.

CAPÍTULO 35

Nathan

A las 19:59, Lena estaba llamando a mi puerta. Creía que me iba a morir si estaba un minuto más sin sus besos y así se lo hice saber

Abrí, le cogí la mano y la traje con fuerza hacia mí.

—La espera se me ha hecho eterna —le dije antes de besarla.

—Eres un exagerado —me dijo mientras se ponía de puntillas para llegar mejor.

—¿Qué tal la quinta enmienda con Elaia? —le pregunté—. ¿Has podido contestar todas sus preguntas?

Lena se rio.

—No te preocupes, guapito, solo les he contado lo justo y necesario.

—¿O sea que saben…?

—Te dejaste los calzoncillos tirados por ahí, no he podido inventar mucho —me dijo Lena mientras me los devolvía.

Ambos nos reímos de la situación. Parecíamos dos críos intentando ocultar lo evidente.

—Cuéntame un poquito eso del email —comentó.

—¿Que te echaba de menos?

—Más bien, quiero que me cuentes como querías tocarte —añadió mientras se sentaba encima de mí.

—¿Ah, sí? ¿Quieres que te explique de manera exacta en qué iba a pensar mientras me tocaba?

La besé con ganas y, mientras lo hacía, le conté lo que había hecho en mis fantasías. Le confesé que el otro día me había tocado pensando en ella, mientras dormíamos separados por una puerta, y lo mucho que me había gustado imaginarla con su pijama de lencería.

—¿Qué me has hecho, Lena? —le dije—. Te has colado poco a poco en mi cabeza, y ahora solo quiero tenerte aquí, sin dejarte salir.

Con las manos, me tumbó en la cama y me sacó la camiseta de un tirón. Yo hice lo mismo con la suya y le desabroché el sujetador de encaje. Ella se arqueó encima de mí mientras nos besábamos. Joder, esa curva entre su espalda y su culo me volvía loco. Podría quedarme a vivir en ella.

Deslicé mi mano por su cuerpo, como si quisiera atrapar cada rincón entre mis dedos. Nos besamos con más pasión que la noche anterior, como si aquello solo hubiera sido el comienzo, como si en lugar de saciarnos nos hubiera dado aún más hambre. Y así era. Tenía hambre de ella, de sus besos, pero también de su persona; de que me contara toda su vida y de escucharla con atención.

Lena me acarició los labios con el pulgar y se deslizó poco a poco hacia mi abdomen, dejando un camino de besos allí por donde pasaba.

Cerró sus manos en mi erección y acercó su boca caliente. Empezó moviéndose con sutileza, mientras la mezcla del roce de su mano y su lengua me enloquecía.

—Espera, espera —susurré—. Aún no has disfrutado.

Volví a besarla, con más fuerza, si eso era posible. La aparté con suavidad para que cayera justo a mi lado.

—Dime qué te gusta —añadí—. Quiero aprender lo que te gusta. Quiero darte placer y después quiero hacértelo hasta que estemos cansados.

Le gustó lo que le dije. Cogió mi mano y me chupó el dedo pulgar, succionándolo, después lo condujo hacia su entrepierna. Me guió para que la masajeara antes de penetrarla.

Se puso encima de nuevo y se movió con fuerza. Tanta fuerza que me corrí. Me ahogué en un grito mientras pronunciaba su nombre y ella jadeó mientras se dejaba caer. Lena era la chica más apasionada que había conocido en mi vida. El sexo con ella había sido, desde el primer momento, un destello de luz en medio del día; como encontrar un lugar donde jugar estaba permitido, donde la lujuria se hacía grande y las inseguridades empequeñecían.

Mientras se duchaba, pedí unas pizzas margaritas. Había aprendido en otros momentos que con la comida no se jugaba. Y aunque yo quería comérmela a ella, dejarla sin cenar hubiera sido un delito.

Cenamos en la cama viendo Netflix, y me di cuenta de lo natural que era tenerla ahí, hablando con la boca llena, mientras se emocionaba viendo *Sexo en Nueva York*, que seguro que había visto mil veces, pero que observaba como si fuera la primera. Y pensé que así era como quería verla yo siempre, como si fuera la primera vez.

Sin querer, ese pensamiento me llevó a recordar cuando pensé que nunca iba a poder ver a alguien de esta manera después de todo lo que ocurrió con Alice. La muy cabrona había jugado tanto conmigo que pensé que no iba a volver a conocer el amor. Bueno, de hecho podría decir que todo lo que sentí con Alice se alejaba bastante de la definición de amor. Más bien sería una pesadilla.

Entre capítulo y capítulo, mientras veíamos la televisión, Lena, de alguna forma, me hizo partícipe de su verdadera esencia. Me contó que se crió en España, en un pueblo de la provincia de Tarragona; que en invierno saboreaba el aire de las montañas y en verano se sumergía en las playas del Mediterráneo junto a sus padres. Que no tenía hermanas, pero que su mejor amiga, Sara, había cumplido ese papel desde que eran pequeñas. Me habló de cómo se pelaba las rodillas yendo en bicicleta por un paseo marítimo, mientras el sonido del mar entraba por sus oídos, y de cómo el amor por la lectura le ayudó a ganar batallas y a perseguir su sueño.

—Mi abuelo siempre leía en el porche de la casita frente al mar, y esa fue la imagen con la que crecí. Me gustaba compartir ese tiempo con él y, poco a poco, con los años, pasé de devorar cuentos a devorar libros. Compartíamos un hobby. Él siempre me decía que la lectura te ayudaba a conectar con el mundo, que leer es como soñar despierto, y así es como lo he sentido siempre.

Me contó que su primer libro de romance fue *Orgullo y Prejuicio*. Y que sus flores favoritas eran las rosas blancas y las ramas de eucalipto. Que su primer beso fue en su pequeño pueblo, su primer amor fue en el instituto, e incluso me habló del cabrón de su ex, que no supo valorarla y que le cortó las alas cuando ella aprendía a volar. Y me dio una rabia increíble, porque mientras ella me hablaba, yo pensaba en lo bonito que sería volar a su lado.

—Cuando mi abuelo murió —suspiró—, empecé a escribir nuestras historias. Era una manera de mantenerlo presente.

Asentí con la cabeza mientras la miraba.

—Fue ahí cuando el amor por la lectura se transformó en algo más —añadió—. Empecé a escribir historias, historias de amor, y fue entonces cuando decidí dedicarme a esto. Quería adentrarme en este mundo y quería emocionarme como una niña pequeña cada vez que abría por primera vez un manuscrito.

—Y ahora estás aquí, en Nueva York, cumpliendo tu sueño —le dije.

—Así es… Cuando por fin lo hice, no me lo creía.

—¿Por qué?

—Llevaba tres años con Marco, y siempre había ido posponiendo este sueño por quedarme junto a él. Es eso de que, cuando estás con alguien, a veces no te das cuenta de que no te suma hasta que no te desprendes.

Parecía que los ojos se le llenaban de lágrimas mientras lo contaba. Me acerqué un poco más a ella y le cogí la mano mientras me explicaba.

—Cuando lo dejamos, me di cuenta de que no tenía la vida que quería. Y supe que era el momento de echar a volar. No fue fácil, ¿sabes? Me fui de allí como una persona rota y llegué aquí sin tener nada.

—Te entiendo. Pero no podías quedarte en un lugar donde no eras feliz.

—Cuando aterricé en Starlight, tuve la suerte de conocer a Elaia y Chiara. Han sido siempre lo más parecido que he tenido a una familia aquí; estar con ellas es como estar en casa. Chiara siempre nos lo dice en italiano: *dove tu sei, quella è casa.*

—Es una suerte que, entre todas las personas del mundo, os hayáis encontrado —le dije.

—También lo es haberte encontrado a ti —me dijo, mirándome a los ojos.

Y en ese momento fue cuando me di cuenta de que haber coincidido con ella también estaba poniendo mi mundo patas arriba, y que estar con ella era como estar en casa. Tenía el don de hogar instalado en algún punto de su persona, y supuse que por eso las personas de su alrededor se quedaban a vivir en ella.

CAPÍTULO 36

Lena

Nathan me despertó con caricias y besos mientras yo dormía abrazada a él. Cuando logŕe abrir los ojos, vi que ni siquiera se colaba una pizca de luz por las ventanas de la habitación.

—¿Qué hora es? —le dije, aún casi dormida.

—Aún no son ni las seis, pero tienes que despertarte.

—Ni en tus mejores sueños, no pienso despertarme ahora —le dije mientras me volteaba para seguir durmiendo.

—Por favor, Lena, confía en mí. Tienes que levantarte —me dijo mientras me besaba la frente.

Suspiré mientras me tapaba de nuevo con el edredón, suplicando cinco minutos más, y él se coló bajo el edredón para despertarme con cosquillas. Apartó la ropa de cama y me sacó de ella en un momento.

Entré en mi habitación por la puerta contigua, que ya teníamos abierta desde la noche anterior, cogí la maleta y me puse la ropa más cómoda que encontré. A esas horas de la mañana ni siquiera tenía ganas de vestirme.

—¿A dónde vamos?

—Pronto lo verás. Ahora solo hazme un favor: ayúdame a coger este edredón, creo que lo vamos a necesitar.

—Estás loco —le dije.

—Creo que en parte es por tu culpa —me dijo mientras me sonreía —. Abrígate, y no te preocupes por nada más. He cogido esta mochila con todo lo que necesitamos. En recepción me darán lo único que me falta.

Lo miré con sorpresa, pero por dentro estaba pensando en lo tierno que me parecía. Hacía menos de una semana tenía ganas de estrangularlo y, ahora mismo, estaba pensando que era el hombre

que más me había sorprendido en la vida. Fíjate cómo cambian las cosas.

Salimos del hotel y un taxi nos estaba esperando. Por un momento me compadecí de él. Menudas horas para estar trabajando.

—¿A qué esperas, guapa? Venga, que el taxista no espera —me dijo mientras abría la puerta del coche.

—Espera, primero dime una cosa. ¿Este no es el típico momento de una historia donde algo se pone turbio y de repente vas a descuartizarme y a dejarme tirada por ahí?

—Has leído muchas historias, Lena. Anda, súbete.

—¡Pero promételo, eh!

—¡Joder! Acabamos de follar, Lena. ¿De verdad tengo pinta de ser un asesino?

—Nunca he tenido buen ojo con los chicos, me resulta fácil caer en la tentación de una cara guapa.

Ambos nos reímos y cuando subimos, le enseñó una foto en el teléfono al conductor. Intuí que debía ser el sitio donde tenía que dejarnos, porque insistió en que yo no debía mirar la pantalla.

Nos bajamos en lo que parecía ser la entrada de un parque. Hacía un frío de morir, pensaba que se me congelaban las pestañas. Estaba aún flipando de que hubiera organizado esto. Caminamos durante unos diez minutos. Bajo nuestros pies se encontraba una enorme capa de nieve que impedía que pudiéramos andar con ritmo. El paisaje desde ahí se veía increíble.

El parque estaba lleno de árboles por los que caían capas de nieve cuando el aire soplaba. Nathan iba revisando los carteles del parque para guiar nuestro paso, hasta que llegamos a una gran terraza que se extendía como un balcón suspendido sobre la ciudad y estaba prácticamente vacía. Delante, Montreal se desplegaba en miniatura: los rascacielos reflejando los primeros rayos de sol, el río St. Lawrence y los coches que empezaban a moverse al ritmo de la ciudad.

—Sé que hace un frío de cojones, pero es bonito.

Me acerqué a él y lo abracé de verdad, como aquellos abrazos que parecen reconstruirte por dentro.

—Es precioso, de verdad. Gracias.

En un momento, cogió de la mochila una manta que desplegó por el suelo, dos chocolates calientes, unos sandwiches y montón de galletas.

—Cortesía de la casa —dijo mientras sonreía—. No son *muffins*, pero ya me parecía abusar del tío de la cafetería del hotel.

Me invitó a sentarme y, cuando ya estábamos sentados a los pies de Montreal, nos tapamos con el edredón y nos fundimos de nuevo en un abrazo.

No era el desayuno completo perfecto, pero no lo necesitaba. En ese momento comprendí que ahí, con él, todo lo demás me sobraba. Desayunamos viendo la luz del sol aparecer, mientras hablábamos como si llevásemos toda la vida juntos.

—Estás guapa —me susurró, acercando su cabeza sobre la mía—. Pero no solo estás guapa con las mejillas sonrojadas por el frío, estás guapa cuando te dejas llevar y no te preocupa tener todo organizado.

Agaché la vista.

—Se te da mal mentir.

—Yo no miento. Aprendí a no mentir de pequeño, cuando mi madre me castigaba si le decía que no tenía deberes y al día siguiente llegaba con una nota a casa por no haberlos hecho.

Me eché a reír.

—Fíjate, yo pensaba que tenías más bien pinta de ser el niño bueno.

—Y lo era, pero a veces escribía tanto que me olvidaba del mundo.

—Deberías dejarme leer una de esas historias. Igual se esconde un *bestseller* y estás desperdiciando el tiempo siendo editor.

—Ni de broma. Esas historias están guardadas en una caja en el altillo de Cold Spring, ni siquiera recuerdo dónde las dejé exactamente.

—¿Tan malas eran que tenías que esconderlas? —dije, burlándome de él.

—Uy, no —dijo con ironía—. Lo que pasa es que sabía que, si las encontraba alguien como tú, podría correr el riesgo de ser famoso, y no me apetecía vivir una vida así.

—Veo que lo de ser creído evoluciona un poco más cada día, eh. ¿No te apetece ser famoso? ¿Qué tiene de malo? Vas a estrenos, te ceden el sitio en todos lados, la gente se vuelve loca por ti, obtienes cosas gratis… y tu firma aparecería en mil sitios. Sería una buena historia para contarles a tus hijos: «Mira, cariño, ¿ves todos esos libros? Los ha escrito papá».

Se echó a reír y soltó un suspiro mientras señalaba la ciudad, con el amanecer apareciendo detrás.

—¿Sabes qué tendría de malo? Que no podría estar aquí contigo, tranquilos, viendo el amanecer más increíble que he visto en mi vida.

Yo también suspiré al oírlo y me quedé embobada mirándole a los ojos. También era el amanecer más bonito que había visto. Esos colores que se dibujaban en el cielo eran preciosos, los pajaritos saliendo a volar con ese canto suave y el chico más guapo del planeta sentado a mi lado lo hacían especial.

—¿Qué va a pasar cuando termine esto? —pregunté.

—¿Cuando termine qué?

—Cuando volvamos a Nueva York, a nuestro trabajo real, a la oficina… ¿Qué pasará?

Me preocupaba que aquello se esfumara, me preocupaba que no fuera real, que en algún momento apareciera un cartel con la palabra «fin». Me preocupaba que esto fuera un juego en el que dos personas adultas salían perdiendo por no saber jugar.

—¿Quieres saber qué pasará? —me dijo, acercándose a mis labios —. Pasará que te voy a besar en todas y cada una de las esquinas de Nueva York. Que te voy a llevar un *muffin* cada mañana para desayunar. Que tomaremos el café juntos antes de entrar a trabajar y que, cuando salgamos, te seguiré comiendo a besos mientras llegamos a casa para hacerte el amor. Eso es lo que pasará. Si me dejas, claro —añadió cuando había terminado.

Creí que el corazón me iba a explotar con esa declaración. Nunca antes había sentido unas mariposas tan fuertes aletear en mi estómago. Parecían más bien elefantes correteando por ahí. Su olor me tenía atrapada, pero Nathan me tenía hechizada. Yo, la tía más reacia al amor, al menos durante los últimos meses, estaba

experimentando una sensación que se le parecía mucho. Demasiado. ¿Dónde estaba quedando mi resistencia? La respuesta no era donde se había ido, sino quién se la estaba llevando, y ese quién, tenía nombre y apellido: Nathan Caldwell.

CAPÍTULO 37

Nathan

Llegamos a Montreal hacia las nueve de la mañana, cuando el frío ya no calaba tanto en la piel. Nos dirigimos al hotel y nos dimos una ducha caliente en la habitación. Nos la merecíamos después de estar a menos diez grados tapados solo con un edredón. Pero Lena me había comentado el otro día lo bonito que sería ver Montreal desde las alturas, y no pude dejar de pensar en ello hasta que di con este plan.

Lena entró a ducharse conmigo y acabé enredando mis manos en su pelo mientras la besaba bajo el agua caliente. Todo en ella me provocaba cuidarla, besarla y mimarla. Aún no me creía que el idiota de su ex no la hubiera valorado.

Olía a una mezcla de vainilla y miel que hacía que quisieras quedarte atrapado en su cuerpo mientras la abrazabas. Sus besos sabían a cielo, y su manera de acariciar pedía a gritos que alguien la abrazara como si fuera un bebé que necesita cariño. Todo en ella desencadenaba ternura.

Hacia las diez estábamos preparados para salir a grabar las últimas tomas del corto. Hoy era el penúltimo día en Montreal y mañana ya regresamos a la ciudad.

Mientras esperábamos al taxi, nos acercamos a Elaia que estaba en el recibidor tomándose un café. Antes de llegar a su lado ya nos estaba sometiendo a su querido interrogatorio.

—¿Cómo han dormido los tortolitos? —añadió Elaia—. Tenéis cara de no haber pegado ojo.

—Es que más o menos ha sido así. Llevamos despiertos unas cuatro horas —dije mirando el reloj.

—Dais envidia, guarros.

Nos echamos a reír los tres, intentando disimular lo que era evidente. Lena y yo parecíamos sacados de un anuncio romántico.

Caminábamos juntos, desprendiendo una luz difícil de disimular, y en la forma en la que sonreíamos se reflejaba ese amor incipiente que solo tienen las parejas que acaban de empezar, ese que hace que los demás piensen: «joder, qué bonitos».

Le explicamos que habíamos ido al parque de Montreal y que habíamos visto el amanecer mientras se nos congelaban las pestañas.

—¿He dicho ya que me cae bien? —dijo Elaia, refiriéndose a mí.

La conversación se volvió ligera y divertida. Estar con ellas era como estar en una casa con dos hermanas que no paraban de picarse, entre bromas y confidencias. Se notaba que su amistad era fuerte, que se cuidaban y se protegían ante cualquier porvenir.

Eso me hizo caer en la cuenta de que hacía casi una semana que no hablaba con Fallon. Le había prometido que la llamaría y que le contaría cosas del trabajo. Incluso le dije que le hablaría de cómo era trabajar con Lena, con esa energía negativa que ambos desprendíamos cuando estábamos juntos. Lo que no tenía claro era cómo iba a contarle que esa energía se había transformado en la sinergia más bonita que había sentido jamás con alguien. Sabía que Fallon me iba a interrogar, y sabía que lo haría por cuidarme, por mi bien. Cuando lo dejé con Alice, tuvo que sostenerme durante meses. Fue esa amiga que te abre los ojos y te saca de los peores apuros. En esa época le tocó aguantar como yo era incapaz de entender que Alice no merecía mi amor. Se fue de Erasmus a Inglaterra y se lío con dos tíos el primer fin de semana de aterrizar, así que querer, lo que se dice querer, no me quería, pero en ese momento yo estaba cegado.

Tener esa relación con mi hermana era una suerte, porque su punto de vista femenino siempre me ayudaba a entender cosas que, desde mi ego masculino, no sabía —o no quería— ver.

Pero lo que me acojonaba no era contárselo a Fallon, sino admitirlo en voz alta. Porque hacerlo me abría la puerta a muchas preguntas con respuestas incómodas. Hacía un año que estaba soltero y no me había planteado tener citas ni abrirme al amor. En el fondo, no sabía si todo el daño que llevaba dentro había desaparecido, ni si mi corazón roto sería capaz de volver a recomponerse.

Al llegar a los jardines botánicos, pude ver en la mirada de Lena lo maravillada que estaba. Me encantaba observarla cuando se sorprendía con los lugares que visitábamos, cuando veía a dos ancianos cogidos de la mano o cuando se emocionaba por un simple anuncio. Todo en ella era expresivo. Creo que nunca había visto unos ojos capaces de reflejar tanta ternura. Es como si a través de ellos pudieras ver una película que se explica sola.

Teníamos que grabar la propuesta de matrimonio entre Mia y Jon. Jon debía agacharse y pedirle la mano tras dar un paseo por los alrededores del jardín.

Y mientras grabábamos, rodeados de cámaras, micros y de todo el equipo, no pude evitar pensar en lo fácil que resultaba trabajar con Lena. En lo sencillo que hacía todo. Supongo que no era solo porque fuera profesional —que lo era— sino porque creía en lo que estaba contando. Creía en la historia de Mia y Jon, en lo que Noa Sparks había escrito.

A Lena no solo le gustaban las historias de amor, había algo en su manera de ser que hacía que las viviese como si fueran propias. Como si nunca le hubieran roto el corazón. Creía tanto en el amor, que a ella le bastaba con formar parte de algo que hablara de eso, de quererse, respetarse, de elegirse hasta la eternidad. Supongo que por eso conectaba con cada libro, con cada historia que contaban todos esos manuscritos de romance de los que vivía rodeada.

Mientras me agachaba para simular la pedida, y veía emoción en su mirada, pensé que Lena era ese tipo de persona que guardan recuerdos pequeños como si fueran tesoros, de las que recuerdan fechas simples y de las que creen en los detalles diarios.

Al terminar de grabar, mientras la abrazaba y nos felicitamos por haber terminado el rodaje, pensé que quizá el amor era justo eso que decían Mia y Jon: alguien que ve belleza donde otros solo ven rutina. Y eso era justo lo que había sentido yo estos días junto a ella.

CAPÍTULO 38

Lena

No volvimos al hotel hasta que terminamos de grabar las escenas. Fuimos todos al bar a festejar el fin del rodaje, entre *chin chin* y aplausos se veía el reflejo de la alegría por haber acabado este proyecto y haberlo superado de manera exitosa.

Llamé a Noa para contarle que ya habíamos terminado. Tenía muchas ganas de enseñarle cómo había quedado todo y de que ella también pudiera sentir ese orgullo que ahora nos estaba alzando a todos del suelo. Había trabajado con muchos autores más, pero trabajar con ella era una seguridad de que siempre todo sale bien. Nos entendíamos y teníamos confianza mutua.

Al salir de la mini celebración, Nathan me propuso buscar un sitio para cenar juntos esa noche, antes de nuestro regreso a Nueva York. En la propuesta no había pronunciado la palabra cita, ni tampoco creo que lo fuera, pero me arreglé como si de eso se tratara. Me puse el vestido negro con el que me había dicho que estaba guapa, esta vez, le pedí a Elaia ayuda con la cremallera. Me peiné con unas ligeras ondas, me puse colorete y sellé mis labios con mi *lip combo* de confianza.

Cuando me asomé a la puerta contigua y vi a Nathan peinándose en el espejo del baño, sentí una sensación en el estomago como si esos elefantes que me correteaban por dentro, saltarán también con ilusión. Estaba guapísimo, llevaba unos pantalones de pinza que le marcaban el culo a la perfección. Ese culo había sido esculpido por el mismísimo Dios. La camisa blanca cerrada hasta arriba, le daba un toque elegante, parecía un chico de negocios. Tenía estilo por la ropa, a diferencia de Jon, el protagonista de la novela. Llevaba seis días viéndole con la ropa de las escenas y supongo que eso hizo que lo encontrara más guapo de lo normal.

Mi cuerpo me pedía a gritos lanzarme sobre él, no solo en el sentido sexual, también en el territorio amoroso. Me había acostumbrado a su compañía, a nuestros piques y a nuestra manera de hablar.

Salimos del hotel en búsqueda del restaurante que habíamos elegido que, por si lo dudabais, fue un italiano. Supongo que eso de ir al tiro asegurado no era solo una cosa que hacía yo. Además, creo que ya le había instaurado un poco esa rutina que yo tenía: estuviera donde estuviera, un italiano siempre iba a ser la primera opción.

En las calles, las últimas tiendas abiertas empezaban a cerrarse. Los jóvenes llenaban los bares y las parejas paseaban dándose cariño. Nathan y yo hablamos, hablamos de muchas cosas, con y sin importancia, de dormir con o sin calcetines hasta de su infancia y su adaptación cuando se mudó a la ciudad.

Mientras cenábamos me contó cómo era Cold Spring. No sabéis la envidia que me dio. En ese pequeño pueblo se encontraban librerías preciosas, de esas en las que te quedarías a vivir si te dieran permiso. Y, de repente, quise ir con él, quise que me llevará a conocerlo, quise recorrerlo con él mientras paseábamos contándonos anécdotas.

Me gustaba escucharle. Hablaba con una especie de tranquilidad que parecía relajar mis oídos y mientras lo hacía no podía dejar de pensar en que quería que me siguiera hablando así toda la vida. No quería perderme nada de él, quería saberlo todo, escucharle, entenderle.

Me contó cómo sus padres fueron coleccionando sus medallas de concursos literarios, como Fallon y él terminaron viviendo juntos después de que lo dejará con su ex, y también me contó que a Fallon le encantaría mi manera de ser, y que estaba soltera porque nunca elegía bien. Me contó que todo esto le daba un poquito de miedo.

—¿Sabes? Esta mañana te he dicho que quería besarte al llegar a Nueva York —admitió—, pero me da un poco de miedo. Me da miedo llegar ahí y que esta burbuja que nos acoge aquí desaparezca.

—¿Crees eso? ¿O sea, crees que estamos así por estar aquí?

—No, claro que no. Estamos así porque lo sentimos, ¿no? —hizo una pausa—. Quiero decir… esto es real. ¿Verdad?

Me acerqué a él, tratando de entenderle un poco mejor.

—Claro que lo es. No creo que se pueda fingir algo así. Al menos yo no puedo.

—Lo sé. Yo no he dicho esto… es… no sé. Ha pasado solo una semana, ¿sabes? En una semana has conseguido entrar en mi cabeza. Te estoy abriendo mi corazón y… —Me agarró la mano mientras lo decía—. Me da miedo, Lena. No tengo un buen pasado. Esto es casi nuevo para mí. No recordaba cómo era estar con alguien. Ni siquiera recordaba que el cuerpo pudiera reaccionar así al tener a alguien cerca. Es más, creo que nunca había reaccionado así. Esto que me haces sentir es nuevo.

—Y lo nuevo, lo desconocido… ¿te da miedo?

Asintió, con los ojos brillantes y moviendo ligeramente la pierna.

—Oye… Déjame cuidarte, ¿vale? No sé qué te pasó con Alice. No puedo decirte que no se va a repetir, ni tampoco quiero prometerte nada. Pero si hay algo que tengo claro es que quiero cuidarte, quiero acompañarte.

—Lo haces todo muy fácil, ojitos. Yo también quiero cuidarte.

—No creo que sea yo quien lo haga fácil. Yo creo que, no sé… —dije, pensativa— quizá teníamos que encontrarnos y ahora todo parece más sencillo de lo que lo veíamos antes.

—¿Quieres que te confiese algo?

Continuó cuando asentí con la cabeza.

—Cuando nos dijeron todo esto del *booktrailer*, lo único en lo que pensé fue en lo difícil que sería compartir estos días contigo. Tiene gracia, ¿sabes? Ahora pienso que a veces las primeras impresiones no son ciertas, es más, creo que juzgamos demasiado rápido.

—Bueno, si te sirve de consuelo, yo pensé exactamente igual. Me ponía enferma pensar que teníamos que compartir tiempo después de que hubieras llegado el primer día y hubieras decidido desmontar todo mi escritorio. Tengo que confesarte que quise estrangularte. Y, sin embargo, ahora solo pienso en cuidarnos.

—Entonces pensamos lo mismo, porque ahora yo ya no me imagino otra versión de nosotros.

¿Ha dicho «nosotros»? Creo que me muero de amor.

Ante esas declaraciones, no nos hicieron falta más palabras. Terminamos abrazados, como si el mundo a nuestro alrededor se estuviera diluyendo. En ese restaurante, en medio de tanta gente, solo estábamos él y yo.

Salimos del local y nos adentramos en un pub que parecía reclamar la atención de todos los jóvenes que se acercaban. Estaba abarrotado; la gente bailaba al ritmo de la música, el DJ echaba humo de ese que hace que te quieras ir, pero, sin embargo, nos quedamos. Nos quedamos porque, después de hablar, nos habíamos prometido cuidarnos y disfrutarnos.

—¿Otra copa y nos vamos? —me preguntó.

Nos la tomamos, pero después de esa vino otra. Y entre copa y copa, nos besamos y bailamos; nos agarramos abrazaditos en medio de tanto caos. Gritábamos las canciones mientras bailábamos como un par de almas libres que se habían encontrado cuando no lo tenían planeado.

Así me sentía con él. Libre.

Nos fundimos en un beso mientras sonaba *Mirrorball* de Taylor Swift. Bailamos con los ojos cerrados, envueltos entre la gente. Cabeza con cabeza, disfrutamos como si el mundo tuviera que terminar esa misma noche. Cuando abrí los ojos, Nathan me miraba con tanta delicadeza que creí que podía derretirme allí mismo.

—Lena —dijo mientras acariciaba mi cara—. No quiero soltarte jamás.

Y, en el mismo momento en que lo dijo, me agarró por las caderas; mis pies se elevaron en el aire y volé, volé mientras dábamos un giro en el mismo lugar. Y quise que esa noche no terminara nunca.

CAPÍTULO 39

Nathan

¿Alguna vez te has preguntado si puede alguien enamorarse en siete días? La respuesta es sí. Y no porque lo haya visto, ni porque lo haya leído, sino porque yo me he enamorado de Lena en siete días. Puede que ya me hubiera fijado algo en ella o que hubiera fantaseado un poco, pero esta semana he terminado por enamorarme. Y no tenía muy claro por qué el corazón me retumbaba cuando estaba a su lado, ni por qué el miedo desaparecía con su presencia. Quería que me abriera cada uno de los rincones de su mente. No solo era preciosa, era la persona más putamente increíble que había conocido en la vida.

A la mañana siguiente, nos despertamos con las piernas entrelazadas, tal y como nos habíamos dormido. Hicimos el amor al menos tres veces. Nos tocamos, gemimos, nos abrazamos y nos besamos hasta quedarnos sin aliento. Y entre tanto hacíamos todas esas cosas, encontré una versión de mí mismo que desconocía. El sexo era una puta pasada, nos excitabámos tanto que acabábamos haciendo guarradas inconfesables, y lo disfrutaba, sí. Pero haciéndolo así, despacio, mirándola a los ojos, enfrentando nuestra verdad en ellos, había encontrado la verdadera magia de la pasión. Hacíamos el amor de una manera preciosa. Una que ya no quería encontrar con nadie más.

Me hubiera gustado hacérselo nada más despertar. Me hubiera encantado tenerla encima, gimiendo mientras nos despedíamos de esa cama que hacía dos noches nos acompañaba y acariciaba. Me hubiera gustado, al menos, decirle lo mucho que me ponía y lo loco que me traía, pero teníamos que hacer las maletas y no teníamos mucho tiempo, menos aún si tenemos en cuenta que Lena lo tenía tirado todo por ahí. Aún me parecía incomprensible cómo podía organizarse entre tanto desorden. Y aún me parecía más increíble

tenerla aquí, tumbada a mi lado. No era algo a lo que quisiera acostumbrarme. No quería acostumbrarme, porque quería seguir viéndola así, quería seguir disfrutándola como si nos acabáramos de conocer.

Lena era preciosa. Era divertida, se reía con la risa más escandalosa que había escuchado jamás. Lena bailaba entre el caos con sus ojitos preciosos cerrados. Lena era como un rayo de luz en un día gris. Cerré los ojos para retener esta imagen que estaba presenciando: Lena, tumbada a mi lado y durmiendo abrazada a mí. Me sentía afortunado de verdad. Y me odiaba por tener miedo de ello.

Mientras hacíamos las maletas entre besos, caricias y mordiscos, vi a Lena jugueteando con el anillo. No hacía falta ser muy espabilado para darse cuenta de que estaba nerviosa. La había observado en varias ocasiones jugueteando con él y en casi todas había sido en momentos de tensión o de nervios. Como en la reunión con Scarlett, o como cuando le ordené el escritorio y me fulminó con la mirada. Maldita Lena, era tan transparente que ni eso podía disimular.

—Ven —le dije, agarrándola del brazo para acercarla a mí. La abracé y coloqué su cabeza entre mi pecho—. Todo estará bien, el vuelo irá bien.

Cogió aire con bastante fuerza, y tras un silencio, comenzó a llorar tanto que ni siquiera supe qué hacer para consolarla.

—¿Me da pánico, sabes? —dijo—. ¿Has mirado el cielo? Hoy no hace un buen día… Me da pánico el aire, me da pánico que se ponga a llover. Joder, no sé. Sé que es absurdo, sé que son pensamientos ilógicos, pero una parte grande de mi mente los cree de verdad.

La abracé aún con más fuerza y, en un intento de arrancarle la preocupación, le comenté:

—No vamos a caernos del cielo, amor. Y en ese caso, abriré un paracaídas y nos salvaremos juntos, y Elaia nos seguirá.

Me gané un puñetazo en el brazo.

—Cállate, burro —dijo, agarrándose el anillo.

—¿Qué hay de este anillo? —no pude evitar preguntarle. No sabía si era un gesto automático o si guardaba cierto nivel de aferramiento —. Siempre que estás nerviosa lo toqueteas.

—Mmm, la historia corta es que llevarlo y tocarlo cuando estoy nerviosa me da cierta tranquilidad. Me ancla a alguien. Y ese alguien me manda fuerzas cuando más lo necesito.

La miré, confuso. No sé qué respuesta esperaba, pero no creo que fuera justo esa.

—¿Y qué hay de la larga? ¿Es que escondes un secreto misterioso, Lena? —dije en tono cómico.

Se echó a reír.

—El anillo era de mi abuela. Y, en cierto modo, cuando lo toco, me siento guiada y acompañada, ¿sabes? Me encantaría contarte la versión larga, pero merece otro momento. No creo que contártelo mientras estoy al borde de un ataque sea especial. Y, de verdad, la historia se lo merece. Quizá algo de misterio sí que guarda, pero por ahora tendrás que esperar.

—Esperaré ansioso —le dije mientras le besaba la frente.

CAPÍTULO 40

Lena

Nunca había preparado una maleta con tan buen humor, ni siquiera cuando me mudé a la Gran Manzana sabiendo que iba a cumplir mi sueño.

Tenía a Nathan pegado a mi cuerpo en cada paso que daba. Me agachaba a colocar un jersey en la maleta y él me abrazaba por detrás, cuando buscaba por el caos de la habitación otra prenda, se echaba a bailar a mi lado al son de la música que habíamos puesto para tratar de tranquilizarme.

Nathan se había ganado el cielo, al menos el mío, en menos de una semana. Le bastaron dos días para leerme y entenderme. Creo que para él era como un libro abierto. Había aprendido cosas sobre mí: lo que me gustaba y lo que me molestaba, de mis manías y costumbres, y, por supuesto, también de la música que escuchaba sin parar.

Después de abrazarme durante cinco minutos intentando relajarme, bajó a recepción a por una tila, y cuando llegó a la habitación, encendió mi *playlist* favorita de Spotify y nos desmelenamos como si estuviéramos borrachos. Bailamos en la habitación, como si siguiéramos en la discoteca de anoche. No necesitábamos alcohol, ni necesitábamos los focos. Éramos tan solo dos adultos que estaban ahí, bailando al ritmo de la música, sacudiéndonos los problemas del cuerpo, tal y como había aprendido de *Cómo conocí a vuestra madre*. A veces no se trata de entenderlo todo, sino de moverse lo suficiente como para que duela un poco menos.

—¿Qué canción quieres ahora? —me dijo sin parar de bailar.

—*Forever Young* —le dije.

Y mientras bailábamos libres al ritmo de la música, pensaba en cómo deseaba que Nathan fuera eterno. Que no se acabara nunca. Que este momento permaneciera grabado, de alguna manera u otra,

para la eternidad. Como si el tiempo pudiera aprender a quedarse quieto. Qué extraño, ¿no? Me había pasado los últimos meses viviendo en piloto automático, sin pisar el freno en ningún momento, atrapada en el trabajo. Solo veía eso: trabajo, trabajo y más trabajo. Y ahora parece que él ha conseguido ralentizar mi vida. Escuché la canción como si fuera la primera vez que lo hacía. La escuché mientras veía a Nathan bailando, como si dejara caer todo el peso que tenía encima, con los ojos cerrados y los movimientos lentos. Ni siquiera creo que estuviera pensando en lo que decía la letra; solo la estaba sintiendo. Y vi en él una especie de tranquilidad que hizo que me quisiera quedar a vivir aquí, en este momento.

Se acercó a mí y nos besamos como si fuéramos eternos. Cada vez que nuestros labios se rozaban, sentía que volaba. Nathan me había dado alas, y creo, por cómo me miraba cuando estábamos juntos, que yo también se las había dado a él.

Me aparté un poco para verle bien la cara, quería retener esa imagen en mi retina. Le acaricié suavemente. No pude evitar emocionarme. Se me empañaron un poco los ojos al pensar que Montreal se acababa… y que nosotros podríamos acabarnos también.

—Eh, ¿qué te pasa, ojitos?

—No quiero que esto acabe —le dije, con el corazón casi en la garganta.

Porque lo que sentía era un miedo atroz a que todo cambiara en cuanto pusiéramos un pie fuera del avión, de que se rompiera la burbuja en la que habíamos estado flotando estos días. Una burbuja que nos mecía, nos protegía para estar juntos. Y ahora, solo pensar que podía desaparecer me aterraba. Era como ese síndrome del viaje: no se trata del lugar, sino de la versión de ti misma que se despierta allí. Y yo no solo me había colgado —bastante— de Nathan, sino también de mí, de nosotros. De como me sentía cuando estábamos juntos.

—Todo estará bien. No voy a dejarte escapar así como así.

—No lo sé… es que estos días he vivido y sentido de manera tan frenética que siento que algo tiene que romperse, ¿sabes?

—Lena, de verdad, escúchame. Cuando estoy contigo, me siento como si fuera un crío de quince años viviendo algo parecido al amor por primera vez. No creo que eso pueda desaparecer en Nueva York, ni en China, ni siquiera en otro planeta. ¿Lo entiendes?

Asentí y lo abracé. Lo abracé fuerte, como si quisiera que nuestros cuerpos se fusionaran. Porque esas declaraciones también me aterraban un poco, aunque en sus brazos, rodeada de su olor, veía el mundo con mucha más claridad.

CAPÍTULO 41

Nathan

Antes de subir al avión, le mandé un mensaje a Fallon para que no me recogiera.

Quería acompañar a Lena hasta su casa. Quería darle un último beso antes de separarnos, y quería hacerlo bien. Quería disfrutarla hasta el último momento del día, porque llevábamos dos días durmiendo juntos y, de un modo u otro, ahora no quería volver a dormir solo… en mi cama. Y no era solo por dormir solo, sino por hacerlo sin ella.

Creo que, de alguna manera, yo también sentía miedo. Aunque no se lo dije.

No estaba preparado para afrontar una conversación que ni siquiera yo había sido capaz de procesar en mi cabeza. Quería a Lena. Su risa se había instalado en mi mente, el roce de sus manos con las mías me inquietaba. Nuestros besos me hacían saborear el éxtasis. Me gustaba ver el mundo desde su perspectiva, escucharla.

Cuando se sentaba a mi lado en la cama y me contaba cosas de su vida… joder. Se había convertido en mi momento favorito del día.

Tenía tanto por explicar, y yo tanto por descubrir, que me quedaba allí, quieto, mirándola, como si nada más alrededor existiera. Tenía una facilidad para explicar historias que me parecía alucinante, aunque a veces no tenía ni la más remota idea de lo que contaba; yo solo estaba anonadado, escuchando, completamente atrapado en ella.

Me gustaba tanto que no sabía si podía quererla bien. Tenía miedo de romper sus inseguridades, igual que Alice había hecho conmigo. Sentía angustia por despedirme de ella antes de volver a casa, a la normalidad de nuestras rutinas. En cierta forma, yo tampoco quería enfrentarme a eso, a la idea de que podíamos desaparecer.

—Prometo que no voy a quejarme si me estrujas la mano todo el viaje —le dije.

Se echó a reír, nerviosa, y asintió.

Le acaricié la mano mientras apartaba el reposabrazos que nos separaba y la estreché contra mí.

—Ven, vamos a ver una película, o un capítulo de *Sexo en Nueva York*. Lo que quieras.

Me arrepentí un poco de decir eso porque tuve que ver, por octava vez en mi vida, *High School Musical*, pero a esas alturas estaba convencido de que le diría que sí a cualquier cosa que me pidiera.

Por suerte, el vuelo fue mejor que el de ida, y ella parecía estar mucho más relajada cuando oía esos pequeños ruidos mecánicos que siempre acompañan al vuelo. De vez en cuando, estrujaba un poco más mi mano; otras, se relajaba y se dejaba caer sobre mí.

Cantamos casi susurrando todas y cada una de las canciones que iban apareciendo. Mi favorita, sin duda, era *What I've Been Looking For*. Tal vez porque Lena era un poco eso que crees que buscas en el amor… y de repente lo encuentras. Y aunque mi corazón, cuando la conocí, no estaba buscando nada, lo había encontrado.

Supongo que escuchar esta canción junto a ella también describía a la perfección lo que se siente al encontrar a alguien con quien puedes hablar, sentirte escuchado y valorado… y darte cuenta de que hasta entonces nunca te habías sentido así con nadie.

CAPÍTULO 42

Lena

Cuando entramos en el aeropuerto, sonaba *A Sky Full of Stars* de Coldplay en el hilo musical. Como si el mundo quisiera mandarme un mensaje. Le di vueltas a la letra de la canción mientras veía cómo Nathan la tarareaba casi en susurros, y me di cuenta de que algo en ella era cierto: él había hecho que mi vida se sintiera más iluminada.

Sin querer, me vinieron a la mente una sucesión de imágenes de todo lo que habíamos vivido esa semana, como si se tratara de un tráiler. Mi cerebro decidió evadirse y ponerle sonido a ese pensamiento: los recuerdos siguieron desfilando, ahora acompañados por *Bailemos*, de Dani Fernández.

Era la canción ideal para dejar ese miedo atrás y abrirme a la posibilidad de algo nuevo, a esa esperanza que se escondía en la frase «pídeme que bailemos, al menos una vez más». Eso quería yo: bailar, bailar y bailar con Nathan, hasta escapar de la realidad, hasta encontrar un lugar donde solo importáramos él y yo. Yo solo quería revivir ese viaje. Quería que todo lo que habíamos sido allí permaneciera también en otros lugares, en otros momentos. Este viaje me había ayudado a volver a creer en las cosas bonitas. Y Nathan era eso: una cosa bonita en medio de mi ajetreada vida, donde hasta ahora parecía que no había cabida para un amor. Con él lo tenía claro: solo quería que un minuto más juntos durara toda la vida.

Esa era una de las canciones que añadí a nuestra lista de reproducción. Poco a poco, Nathan se iba familiarizando con el ritmo de las canciones españolas que fui poniendo. Al principio las escuchaba con atención, tratando de entender o de buscar alguna palabra que le sonará un poco, y después, cuando se terminaban, buscaba en Google las traducciones e intentaba pronunciarlas. Me

daba una ternura increíble, ver como ponía tanto esfuerzo en aprender mi lengua materna.

Me agarró de la mano mientras íbamos a por nuestras maletas y no pude evitar sonreír. Sonreír por lo que habíamos sido, sonreír por lo que habíamos vivido y sonreír porque lo tenía ahí, a mi lado, sin importar lo que el resto de la gente pudiera pensar. Estos dos últimos días en Montreal habíamos evitado el acercamiento delante de cualquiera que no fuera Elaia o James, por miedo al qué dirán o qué pasará en la empresa, pero parece que ahora ese miedo nos daba bastante igual.

Ya habían habido otros líos en la empresa: cosas tontas, James y Elaia, Eleonor y Henry… pero eran encuentros con tantas idas y venidas que nadie nunca había tenido que hacerlo oficial, ni renunciar, ni cambiar de departamento. Así que no tenía ni idea de qué podría pensar Scarlett. Pero en medio de ese pensamiento, de esa realidad, estábamos Nathan y yo, viviendo el momento. Ni siquiera sabía si él se lo había planteado. Y mientras iba pensando en eso, el teléfono de Nathan sonó y se apartó un poco del grupo para contestar.

—Tranquila, Fallon, no me esperes. Pasaré por la oficina antes de llegar a casa y después… —Se giró para mirarme—. Después tomaré algo con el equipo. Nos vemos mañana y charlamos.

Colgó y, antes de guardarse el teléfono, ya me estaba abrazando.

—¿Sabe algo Fallon? —pregunté.

—¿De qué? ¿De esto?

—Sí, de nosotros —dije mientras lo miraba, algo preocupada.

Negó con la cabeza y se me encogió un poco el corazón. ¿No le había contado nada a Fallon? ¿Quizá tampoco sabía quién era yo? ¿Por qué no le había dicho nada? Un montón de preguntas empezaron a retumbar en mi cabeza, y el miedo volvió a abrazarme. Nathan me miró, buscando una respuesta.

—Se lo voy a contar, ojitos. Es solo que quería hacerlo en persona —dijo, intentando quitarme la preocupación de encima.

Sonreí un poquito cuando me llamó ojitos. Me gustaba que me llamara así. Me había dicho que mis ojos reflejaban tanto que le encantaba mirarlos, y era cierto, cada vez que hablábamos, no

apartaba la vista de ellos ni un momento. Él también tenía los ojos bonitos, y yo me perdía en ellos cada vez que me miraba… y también cuando hacíamos el amor.

Pedimos un furgón para ir juntos hacia Starlight. Hubiera preferido irme a solas con él, para seguir pegaditos hasta llegar a la realidad, pero por razones de logística y de compañerismo, eso era lo mejor. Llegamos a la editorial casi a las cinco de la tarde, cuando todo el mundo empezaba a recoger; algunos compañeros ya salían por las grandes puertas, otros aún guardaban el portátil en el maletín. Nosotros llegábamos para hablar con Scarlett, que quería vernos a nuestra vuelta, así que ahí estábamos todos, subiendo a su despacho.

Abrió la puerta su secretaria y, al entrar, Scarlett se encontraba a un lado con una sonrisa de oreja a oreja.

—Excelente, chicos —dijo casi aplaudiendo—. He visto por encima los resultados del vídeo. Qué barbaridad.

Se giró hacia Nathan y hacia mí:

—¿Veis cómo sí que podíais traspasar la pantalla con esa química? Y Elaia —añadió—, menudo montaje. La novela de Noa será un gran éxito. Con este *booktrailer* conseguiremos muchas cosas buenas, estoy segura.

Nos felicitó a todos por el trabajo que habíamos hecho, y aprovechó para recordarnos los proyectos con los que debíamos seguir esa semana. Por supuesto, lo sabíamos, pero era bastante meticulosa organizando todos los departamentos para que todo fuera bien. Y claro, trabajando en una de las mejores editoriales, cualquier movimiento mal calculado podía pasar factura.

Salimos de Starlight y anduvimos juntos hasta llegar a casa. El frío empezaba a calar, pero Nathan no me soltó la mano en todo el camino, excepto cuando se acercó a la cafetería y pidió un café con leche con caramelo y mucho chocolate blanco.

—Lo habrás echado de menos —dijo acercándome el vaso.

Era difícil no quererle; era probablemente la persona más detallista que había encontrado. No solo conmigo, con todos. Estaba siempre dispuesto a echar una mano, aunque no tuviera ni idea de cómo hacerlo. Se acordaba de los pequeños detalles que otro ni siquiera

hubiera visto. Trabajaba de una manera súper precisa y ordenada, para que no faltara el detalle de nada. Era amable incluso con quien no conocía. El otro día, en el hotel, ayudó al botones a cargar con las maletas de una familia de seis, que no iba ligera precisamente. Incluso se prestó a dejarle a James su sudadera cuando, en medio del rodaje, se le manchó la suya.

—Para —le dije.

—¿Cómo? ¿Qué pare de qué?

—De ser así conmigo… —dije mientras lo miraba fijamente—. Porque si sigues así, no podré controlarme.

—¿Y si no quiero parar?

—Me enamora…

Se detuvo al instante, me cargó en brazos y me dio una vuelta por el aire. Casi se desparramó todo el café por el suelo y, cuando me bajó, me besó tan tierno, tan lento, que sentí que me derretía por dentro. Nuestras lenguas se encontraron casi con timidez. Nos habíamos besado otras veces así, pero esta vez… esta vez sentí que era diferente. Como si ese beso estuviera hablando por nosotros.

—Lena Martínez, soy todo tuyo —me susurró susurrando entre besos.

CAPÍTULO 43

Nathan

Estar con Lena era una constante felicidad. Ella brillaba, y lo hacía con tanta fuerza que nos iluminaba a los dos. No quería llegar aquí porque no quería separarme de ella. Solo quería seguir encontrándola a mi lado cuando abría los ojos al despertar. Quería notar sus brazos rodeándome por la noche, quería escucharla hablar hasta quedarme dormido y, sí, también quería seguir haciéndole el amor todas las veces que fueran posibles.

—No quiero despedirme de ti. Prometo que, si me dejas subir, no seré un estorbo.

Me cogió por la cintura, me acercó a ella y me besó mientras abría la puerta, impaciente. Supuse que tenía las mismas ganas que yo de encontrarnos tumbados en la cama mientras enredábamos nuestros cuerpos.

—Chiara ha salido, nos lo ha dicho antes por el grupo, y Elaia se ha quedado con James para retocar algún vídeo —dijo mientras no dejaba de besarme.

Ni siquiera le respondí, me hubiera dado igual que estuviera ahí cualquier persona, porque lo único que quería con urgencia era hacerla mía y posponer esta despedida.

Avanzamos con paso seguro hacia su habitación. No era muy grande, y, a pesar de estar bastante desordenada: ropa sobre la silla, libros abiertos en el suelo, el armario abierto… me pareció un caos encantador, como ella. La cama estaba libre de objetos, así que nos dejamos caer en ella después de dejar las maletas y los abrigos apelotonados con el resto de cosas. Me sorprendía lo mucho que me gustaba, a pesar de ser tan diferente a mí en cuanto al orden se refiere. Lena desordenaba todo lo que tenía a su lado, incluso mi cabeza. Hacía solo una semana la tenía ahí, amueblada y clara, y

ahora mismo estaba desordenada de cojones, pero era un desorden que me gustaba; podía acostumbrarme a él.

Se sentó a horcajadas encima de mí y se quitó la camiseta despacio mientras me miraba. Me estremecí de manera involuntaria, pero es que era una diosa del Olimpo. Creo que la había deseado desde el primer día que la conocí, cuando se enfadó por haber ordenado su escritorio. Me gustaba su pelo, sus ojos, la manera en la que me miraba, y qué decir de su sonrisa… Era segura de sí misma, juguetona y también peleona, y esta complicidad que teníamos juntos solo me hacía quererla más y más.

Me incorporé lo mínimo para quitarme la camiseta, aproveché para desabrocharle el sujetador y me volví a dejar caer bajo sus piernas. Me besó el cuello con cariño, y le mordí la oreja con suavidad. Sabía cuánto le gustaba. Le susurré lo preciosa que me parecía y ella sonrió.

Le acaricié el abdomen, hasta llegar a su entrepierna, y colé mi mano en ella pese al poco espacio que había. Gimió, gimió tanto que, antes siquiera de tocarme, pensaba que estaba a punto de rozar el clímax. Tuve que contenerme y parar para controlar a la bestia. Frené el movimiento de mi mano. Cogí a Lena y la tumbé a mi lado. Mientras nos besábamos, terminé encima suyo. Le besé los pechos mientras bajaba y, con la otra mano, le introduje un dedo y después dos. Estaba muy húmeda.

—Te deseo tanto, Lena, joder. Me encantas.

—Hazme el amor. —Se removió debajo de mí.

Abrió una cajita que tenía encima de la mesita de noche y sacó un condón. Lo abrió y, antes de ponerlo sobre mi erección, la acarició; solo ese roce me volvió loco.

—No te he tocado aún.

—Si lo haces, no creo que pueda penetrarte.

Se rio picarona y me puso el preservativo. Levanté sus piernas con suavidad mientras la besaba y entré en su interior despacio. Ella guio el movimiento mientras me cogía del culo y, casi sin darme cuenta, las caderas empezaron a moverse con fuerza, chocando en su interior y vi cómo le estaba gustando. Puso los ojos en blanco cada vez que le golpeaba fuerte. Clavó las uñas en mis nalgas y me

suplicó que nos corrieramos juntos. No necesité más que verla así para irme con ella.

Gemimos los dos, compenetrados como si aquel acto nos hubiera matado a ambos. Salí despacio de sus piernas y me miró el pene.

—¿Crees que podríamos hacerlo otra vez?

—Como guste —le dije en cachondeo.

Ni siquiera sabía si podía tocarme sin que se me cayera a pedazos. Pero me moría por pasar la noche dentro de ella. Las siguientes horas nos las pasamos jugueteando, enredados en el edredón de su cama. Lena quería probar cosas y yo le dejaba probarlas. Hicimos el amor de tantas maneras que había perdido la cuenta. Una de las veces, me la chupó mientras sus ojos perseguían los míos sin apartar la mirada y yo solo quería correrme.

—¿Puedo correrme sobre ti? —le pregunté.

Asintió mientras me miraba y colocó sus pechos frente a mi pene para que me corriera. Me la agarró con la mano y me corrí, ensuciando sus preciosos pechos.

No tenía ni idea de dónde iba a dormir esa noche, pero yo solo quería complacerla. Complacernos sin pensar en mañana.

—¿Por qué follas tan bien?

—¿Por qué eres tan experta en soltar siempre lo primero que se te pasa por la cabeza sin pensar?

—Se llama sinceridad… o transparencia.

—Genial, pues espero que tu próxima sinceridad no sea tan marrana.

—Lo siento —dijo divertida mientras acariciaba mi abdomen—, es que tenerte encima me hace decir cosas absurdas.

—¿Cosas como, por ejemplo, «te quiero»?

—¿Sería muy absurdo que te lo dijera?

—Sería más absurdo que nos mintiéramos.

—Tienes razón… sería absurdo. Muy absurdo.

Me acarició la cara mientras seguía encima suyo, y tiró de mi hombro, haciendo que terminara tumbado sobre ella, sin importarle que aún estuviera manchada. Cuando estuve lo suficientemente cerca, agarró mi pelo y buscó mis labios con suavidad, casi pidiendo permiso. Nuestras lenguas se encontraron despacio, con tanto

cuidado y cariño, que se dijeron «te quiero» sin necesidad de palabras. Y no me cupo la menor duda, porqué cuando terminamos de besarnos, nuestros ojos se encontraron y pude ver en ellos la sinceridad más grande del mundo.

CAPÍTULO 44

Lena

Me dirigí hacia el comedor aún dormida, con el recuerdo de haber dormido pegada al musculoso cuerpo de Nathan, después de caer rendida mientras lo miraba, gritando con la mirada un «te quiero» más grande que cualquier otro que haya dicho en mi vida. Cuando crucé la puerta del comedor, me lo encontré sentado en nuestra isla, con el portátil abierto y tomando un café. Me acerqué a él y me acurruqué en su hombro; él me besó la frente.

—¿Qué hora es? ¿Dónde están Chiara y Elaia? —pregunté.

—Las nueve y media —dijo con una tranquilidad inentendible.

—¿Qué? ¡Deberíamos estar en la oficina! Madre mía… Scarlett nos va a matar —dije, rectificando a último momento.

—Deja que te lo explique mientras te preparo el café, ¿vale? —respondió.

Asentí mientras lo veía moverse por nuestra minúscula cocina, como si ya supiera dónde estaba todo. Estaba alucinando. Cogió mi taza preferida del armario superior y puso la cafetera en el fogón. Chiara nos obligaba a beber café de cafetera italiana, decía que era un pecado tomar cápsulas.

—Le he pedido a Elaia que le diga a Scarlett que hoy teletrabajas porque estabas cansada de las grabaciones de estos días. Y tranquila, Chiara me ha dicho que hablará con Scarlett si es necesario.

Lo miré confusa, no solo por lo que me había contado, sino porque también había estado con las chicas antes de que se marcharan. Me hubiera hecho gracia observar la situación por una mirilla.

—¿Y qué hay de ti? Como nos descubran… ¿Sabes que sigues en período de prueba, no?

—Tranquila, ayer antes de dormir le mandé un correo a Conrad para tener una reunión y hablar sobre su manuscrito. El de fantasía,

¿recuerdas? —Miró el reloj y añadió—: Tengo la reunión en cinco minutos. Si quieres, mientras, dúchate o sigue descansando, y después vemos qué hacemos.

—Madre mía, empiezo a pensar que estás loco.

—Ya te lo dije, ojitos, estoy loco por ti.

Esbocé una sonrisa cuando dijo aquello.

—¿Y qué hay de Elaia y Chiara? —pregunté.

—Ah, sí. Bueno, digamos que no les ha extrañado mucho encontrarme aquí. Me han dicho que ayer por la noche nos habían escuchado y me han recordado que te dijera que eres una escandalosa.

—Serán perras… —dije con una sonrisa.

—La verdad es que no he sabido casi cómo actuar cuando me he encontrado con Chiara. Sé que son tus amigas, claro… Lo de Elaia ya lo tengo superado, pero la última vez que hablé tanto con Chiara me estaba entrevistando para el puesto.

Me eché a reír.

—Seguro que habéis chismeado sobre mí

—No te lo voy a negar —dijo entre risas—. Además, Chiara es más cotilla que Elaia, si se puede decir.

—No sabes cuánto…

Ambos nos reímos.

—Preparo la reunión y hablamos cuando acabe, ¿vale?

Me acerqué a su pelo revoltoso y se lo peine por encima.

—Así estás más guapo —le dije.

Le besé y me escabullí en el sofá para tomarme el café que me había preparado en mi taza favorita, una taza de corazones preciosa. Tenía un estilo un poco señorial; la compré porque me recordaba a los *Bridgerton*, y también a mi abuela. Era bastante raro tener una especie de apego a una taza, pero era inevitable no pensar en el recuerdo de mi abuela, de su vajilla en la casa de la playa.

Tenía miles de recuerdos de cuando tomábamos café junto a mi abuelo, incluso de esas mañanas desayunando Cola-cao cuando era pequeña. Sonreí mientras me bebía el café. Porque, de una manera u otra, pensé en cómo mi abuela se alegraría de verme así. Rodeé el anillo con mis dedos y sentí como si hubiera sido ella quien había

puesto a Nathan en mi camino. Como una especie de explicación de por qué no había funcionado antes con nadie más. Está claro que el amor no entiende de momentos, ni de edades, ni de personas. Siempre llega cuando menos te lo esperas y consigue demostrarte que aún queda esperanza, incluso cuando creías haberla perdido.

CAPÍTULO 45

Nathan

Me comí a Lena a besos cuando la encontré trabajando en la cama con el portátil, y mientras lo hacía, el pene me palpitaba bajo el pantalón. Maldita sea, me volvía tan loco que ni eso podía controlar.

—¿Y qué plan tienes hoy? —me preguntó, curiosa, después de ese ataque de besos.

—Mmm… déjame pensar. El plan A incluye besarte. El plan B es besarte y follarte. Y el C mezcla un poco la A y la B, pero incluye comer en un restaurante.

Me miró divertida mientras iba contando.

—La C, la C. Las quiero todas —me dijo entre risas.

—¿Y por dónde quiere empezar la señorita?

—Me muero de hambre, por favor. El café no me ha alimentado nada. Quizá es porque los últimos días me has atiborrado a *muffins*.

En menos de treinta minutos nos dirigimos a un pequeño italiano cerca de Bryant Park. A través de los grandes ventanales se reflejaban las casitas de madera iluminadas, y en la calle el vapor que escapaba de las alcantarillas envolvía la acera. Me habían hablado otras veces de él, pero no había ido nunca, así que era una buena oportunidad para descubrirlo. Por supuesto, Lena no se opuso a la idea de comer italiano. Creo que, de no ser por los *muffins*, podría tener cara de pizza. Amaba las pizzas.

No me sorprendió cuando pidió una margarita, ya en otras ocasiones había comprobado lo clásica que era.

—¿No te atreves a cambiar de estilo?

—Es algo que siempre pienso, pero joder… cuando sabes lo que te gusta, ¿para qué probar otra cosa? Por ejemplo, tú me gustas. No quiero probar otra cosa.

—Hablaba de comida, ojitos —dije—, pero me ha encantado. ¿Te gusto porque follo bien?

—Eres un creído. Pero sí, follas bien.

Le cogí la mano por encima de la mesa y jugueteamos con ellas entre caricias mientras íbamos hablando y el murmullo del restaurante nos envolvía

Leímos la carta, que estaba en italiano, con un acento que echaría a cualquier nativo para atrás, y entre bromas ,terminamos hablando de Italia. Yo nunca había estado, y ella me contó que había ido en varias ocasiones. A sus padres les gustaba viajar y la habían visitado tanto en coche como en avión. Me contó que Roma había sido su ciudad favorita y, de repente, tuve la necesidad inmediata de recorrer Roma cogido de su mano mientras me contaba historias sobre la ciudad.

Lena era muy inteligente y le gustaba mucho la cultura. Me había dado cuenta en Montreal, cuando llegábamos a sitios y miraba curiosa a su alrededor mientras contaba alguna cosa de los adoquines, de la capilla e incluso del lago. Deseé con todas mis fuerzas caminar con ella por todas las ciudades del mundo, mientras ella hacía de guía y yo era el turista enamorado.

—¿Cómo pueden patinar después de comer? —dijo Lena mientras señalaba la pista de Bryant Park.

—No todo el mundo se come dos postres —contesté, bromeando.

—Idiota.

—¿Te gustaría patinar?

Asintió con la cabeza.

—Siempre lo veo en las películas románticas. Es un planazo. Pero cada vez que paso por aquí no me atrevo.

—Es una lástima que tengamos que ir a hacer el amor —le dije mientras la rodeaba por la espalda.

—Sí, es una lástima —me dijo entre besos

Subimos de nuevo al apartamento y, aunque me hubiera encantado seguir con el plan, Lena se quedó dormida a mi lado. Y me daba pena despertarla. Primero, porque había comido tanto que creí que el sueño le había caído encima; y después, porque era tan mona durmiendo que me sabía hasta mal. Me gustaba verla dormir mientras pensaba en qué hacerle cuando se despertara.

Cogí la tablet de la maleta para hacer alguna que otra corrección al manuscrito que me había devuelto Conrad por la mañana y, cuando quise mirar el reloj, era tardísimo.

Miré el teléfono y vi que Fallon me había llamado y me había dejado mensajes. Le devolví una de las llamadas mientras salía de la cama tratando de no despertar a Lena. Habíamos pasado la noche en vela, así que entendía su agotamiento.

—Hermanita, ¿cómo va? Tengo que contarte tantas cosas que no sé ni por dónde empezar.

—Supongo que por el principio, ¿no?

—Lo sé, Fallon, joder, es que ha pasado solo una semana y parece que tenga que contarte un año entero. ¿Te acuerdas cuando me hablabas de las casualidades? Yo siempre era bastante reacio a ese concepto, y creo que ahora lo puedo entender.

No sabía si iba a ser capaz de explicarme con palabras todo lo que había sentido esta semana. Cada vez que creaba un diálogo en mi cabeza, sentía que contarlo era como explicar una película de romance de las buenas.

—¿Me estás diciendo que mi hermano por fin ha dejado que alguien conozca su corazón?

—Parece increíble, ¿verdad?

—Por lo que veo, te ha calado bastante, ¿no?

—No sabes cuánto Fallon, hasta el fondo. —Asentí.

No supe qué más decirle para contarle la situación, de hecho, no podría definirla ni con mil palabras, porque toda explicación, toda confesión, se quedaba corta al lado de lo que sentía en ese momento.

—Parece que sí que tienes mucho que explicarme, pero no sabes cuánto me alegro, así dejarás de darme el coñazo y podré vivir mi vida tranquilamente.

—Serás imbécil… ¿Así que solo querías verme con alguien por esto?

—Bueno, por eso y porque eres más simpático cuando estás enamorado, y así sé que puedo pedirte tantas cosas como quiera, porque siempre me dirás que sí.

Era una experta en salirse siempre con la suya. Vivíamos básicamente a su manera, si ella quería hacer una cosa, la

hacíamos. Cuando quería ver una película romántica después de cenar, lo hacíamos; si me pedía que fuera a por helado en sus días del mes, también lo hacía. Era una especie de norma no escrita en nuestro apartamento, todo lo que ella decía se hacía. Sin embargo, los últimos meses había tenido algún momento de cascarrabias.

—Eres una sinvergüenza, que sepas que no pienso seguir bailándote el agua. A partir de ahora, tomaremos las decisiones a piedra, papel o tijera.

—Si no me queda más remedio… —resopló—. ¿Entonces estás bien, verdad?

—¿Que si estoy bien? Mejor que nunca, hermanita. Tenías razón, todo pasa por algo.

Fallon siempre me decía que, las cosas que ocurren en la vida tienen sentido, aunque en algunos momentos no lo parezca. Tenía en la mente esa teoría de que cuando algo se va, es porque no era para ti, y que cuando algo bueno ocurre, no solo es por todo lo que va a traerte, sino porque lo mereces. Y a mi me había costado creer en eso cuando pasó lo de Alice, pero es verdad que, a veces, las teorías necesitan algo de tiempo para ser entendidas.

—Me alegra escuchar eso, pero entonces… ¿tengo nueva cuñada o es…?

No dejé que terminara la frase porque vi, por el perfil del marco de la puerta, que Lena empezaba a removerse en la cama y colgué el teléfono.

—Hablamos luego, Fallon.

Volví a meterme dentro de las sábanas, que olían a nosotros, y esperé a que Lena se acabara de despertar. Si había algo que había descubierto estos últimos días sobre nosotros, era lo mucho que me gustaba despertarme a su lado. Me daba una paz que me resultaba imposible de conseguir en cualquier otro lugar.

CAPÍTULO 46

Lena

Cuando abrí los ojos, tenía a Nathan pegado a mi cuerpo. Me giré para besarle mientras aún bostezaba. Se le agrandó la sonrisa cuando me vió luchando entre el sueño y las ganas de besarle.

—Buenas tardes, ojitos.

—Madre mía, ya está oscureciendo… ¿por qué no me has despertado?

—Tendrías que verte cuando duermes, pareces un cachorrito que necesita dormir diez horas seguidas... Me dabas lástima y, bueno, quería tenerte preparada para continuar el plan.

En ese momento no tenía ni idea de cuál era el plan que me esperaba, pero por la cara que puso Nathan al verme despertar, imaginé que nos quedaríamos enredados entre nuestros besos. Y no me equivocaba, porque tuve que contenerme cuando se coló bajo el edredón y bajó mis bragas con sutileza mientras me besaba.

Casi sin darme cuenta, tenía su cara hundida entre mis piernas. Me temblaba el cuerpo cada vez que me rozaba con la lengua. Joder. Me gustaba tanto que no pude evitar gemir.

—¿Te gusta? —me preguntó antes de volver a lamer con más fuerza.

Asentí con la cabeza y le agarré la cabeza con las dos manos. Él siguió el masaje despacio y, cuando me escuchaba jadear, movía la lengua con fuerza. Introdujo un dedo en mi interior y movió la mano con ritmo. En el orden de cosas que me volvían loca en la vida, la primera era Nathan; y la segunda, podríamos decir, que el sexo apasionado que teníamos.

—Nathan, voy a terminar —dije casi suplicando que siguiera.

Le tiré del pelo mientras me seguía acariciando con la lengua y grité justo antes de terminar en su boca. Creo que nunca había

temblado tanto como en ese instante, agradecí estar tumbada, porque mis piernas eran como un flan.

Nathan salió de debajo del nórdico como si no acabara de hacerme ver el cielo. Lo miré de arriba abajo aún con la respiración agitada y vi que tenía el pene durísimo. En ese instante, fui yo la que no pudo frenar.

Me ladeé hacia él, me acerqué a sus labios, y enredé mi lengua con la suya, le bajé los calzoncillos y coloqué la mano alrededor de la erección mientras seguía besándole. Nuestras lenguas se encontraban, ya con conciencia. Sus besos sabían tan bien que no quería parar de besarle, aunque ahora tenía una misión: darle placer.

Separé mis labios de su boca y recorrí su cuerpo con mis labios hasta llegar a su pene; escupí encima de él y moví la muñeca mientras miraba cómo le iba cambiando la expresión con los movimientos.

Me agarró del culo, con fuerza, y eso me llevó a acariciarle la erección con la lengua. Me moví como lo había hecho él. Masajeé el capullo con el pulgar y seguí lamiendo con fuerza.

—Dios mío, Lena, ¿de dónde has salido?

Me encantaba verle así, deseoso, jadeando, pidiendo más. Era muy excitante y placentero tener sexo con él, pero para mí, aún lo era más verlo retorcerse de placer. Nunca había deseado tanto a nadie como a él.

—Lena, si quieres follar te suplico que pares.

Aquello me hizo gracia. Saber que no estaba lejos de correrse me desenfreno aún más y continué con más nervio mientras le tocaba con la otra mano. Entre esos movimientos, me agarró del pecho y, tras un largo gemido, se corrió.

—Vas a acabar conmigo —me dijo mientras trataba de mantener la respiración.

Me incorporé como pude y me tendió un pañuelo para limpiarme. Ni siquiera sabía cómo había sido tan rápido encontrándolo entre tantas cosas.

Seguimos entre besos en la cama al menos durante treinta minutos, nos mirábamos despacio, como si quisiéramos guardar un trocito de este momento en algún rincón de nuestro cuerpo. Las

sábanas estaban revueltas y por la ventana se colaba la luz tenue de las farolas que se encendían dando paso a la noche. Afuera se oía el tráfico lejano, pero aquí dentro, para nosotros, el tiempo parecía haberse detenido.

Nathan se levantó casi sobresaltado a mirar el reloj.

—Mierda, vístete, tenemos que irnos.

—¿Cómo que tenemos que irnos? ¿A dónde?

—Ahora que no estás con la tripa llena, supongo que tienes fuerzas para patinar, ¿no? He reservado antes, no había ni un solo hueco, pero le he suplicado a la tía que me ha atendido. Le he dicho que era vital, que tenía que pedirte matrimonio, y en seguida ha accedido.

—¿Qué has hecho qué? ¡La madre que te parió! —dije en español.

—Te he entendido, guapa. Además de mirar por encima la letra de las canciones traducidas, esta mañana les he pedido a Elaia y Chiara que me tradujeran esta expresión que siempre usas. Jaque mate.

Me reí; es que este tío podía acabar conmigo. Me sorprendía con todo.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—No llega a cuarenta minutos.

Nos vestimos a toda prisa. Casi me caí mientras me subía el pantalón dando saltitos por la habitación. Seguía excitada de cojones, pero la idea de ir a patinar me parecía un cien sobre diez.

—¿Puedes dejar de sorprenderme?

—No quiero. Prefiero ser como uno de esos libros que vas leyendo y descubriendo, y que no dejarías de leer jamás. De esos que, cuando los terminas, los cierras y piensas en que los borrarías de tu memoria solo para leerlos de nuevo.

Me reí absurdamente cuando dijo eso.

—Dijo una joven promesa literaria —comenté con voz de presentadora.

—Dijo un tío enloquecido por su compañera de trabajo —corrigió.

Durante unos segundos, lo miré, perdida en su mirada, como si algo en él me hubiera calado tan hondo que me resultaba imposible mirar hacia otro lado. Qué absurdo era pensar en cómo le odiaba esos primeros días.

—¿Qué? —esbozó una sonrisa picarona—. ¿Demasiada sinceridad?

—La justa y la perfecta —contesté.

Nos dimos la mano mientras corríamos por la calles de Hell's Kitchen, y pensé que nunca en la vida me había sentido tan viva como en aquel momento, ni siquiera cuando iba en moto con Sara y el aire nos recorría el cuerpo. Creo que jamás me había sudado tanto la mano como en aquel instante, y no fue por correr, sino por esa estúpida sensación de nerviosismo que se siente al enamorarse por primera vez.

CAPÍTULO 47

Nathan

Llegamos a la pista casi ahogados de todo lo que habíamos tenido que correr para llegar a tiempo. El aire frío casi me quemaba los pulmones y la música sonaba por encima del murmullo de la gente. Las luces rodeaban la pista y el hielo brillaba bajo los focos como si estuviéramos en una de esas películas que te pones un domingo de invierno.

Nos dirigimos al mostrador y enseñé la reserva que había llegado a mi teléfono. Tras revisar los datos, nos preguntó la talla de los patines y nos indicó la entrada del vestuario donde teníamos que cambiarnos.

—¿Preparada para ver al dios del patinaje artístico?

—¿Me estás vacilando?

—¿Tú qué crees? —le dije mientras me ponía de pie con firmeza y le estiraba del brazo para dirigirnos hacia la pista.

—¿Ahora me dirás que has patinado toda tu vida?

—No exactamente, pero ya te dije que mi hermana era muy persuasiva. Ella se apuntó a patinaje cuando era bastante pequeña, pero al principio le daba miedo, e incluso en ese momento, en el que no tenía ni diez años, ya mandaba. Así que me obligó a patinar con ella para coger seguridad.

La verdad es que tener a Fallon como hermana no solo era una suerte por lo del punto de vista femenino, también me había enseñado un montón de cosas. Como jugar a las Barbies, pintar uñas, secar el pelo y, por supuesto, patinar. Estaba un poco feo decirlo, pero me había convertido en todo un partidazo.

Entramos a la pista y patinamos entre la gente. Lena se sorprendió al verme patinar con tanta soltura, aunque ella no se quedaba corta. No es que fuéramos profesionales como para lanzarnos por los aires, pero nos atrevíamos con alguna que otra pirueta a ras de suelo.

Fuimos patinando juntos, cogidos de la mano, mientras charlábamos y nos reíamos de las caídas tontas de algún chaval por la pista. En algún momento me aventuré a hacerme el chulo y patiné frente a ella para enseñarle las cosas que Fallon me había enseñado.

Ella se reía y me imitaba con una diversión que era imposible no embobarse mirándola.

—¿Es que todo se te da bien? Te lo tenías muy callado en el rodaje.

—No voy a responder a esto, porque luego me llamas creído. —La guiñé el ojo.

Bailábamos mientras patinábamos al ritmo de la música. No era la pista de patinaje más grande de Manhattan, pero estaba rodeada de un ambiente que la hacía especial, sobre todo en Navidad. Se llenaba de paraditas navideñas y, junto al olor de rollos de canela, el cielo estrellado y el hilo musical, lo hacían un sitio precioso.

Dirigí a Lena hacia el centro de la pista y, cuando estuvimos allí, di dos pasos atrás, cogí aire y me arrodillé frente a ella.

—¿Pero qué haces? —dijo entre risas, tapándose la cara de vergüenza.

—Te recuerdo que tenemos un hueco porque le juré a la chica que tenía que pedirte matrimonio.

—Nathan Caldwell, vas a acabar conmigo.

Saqué las llaves de mi apartamento del bolsillo y, como pude, separé la anilla del llavero. A nuestro alrededor empezó a formarse una pequeña masa de gente; algunos incluso grababan el momento, expectantes, esperando la respuesta de Lena.

—No es el mejor anillo… de hecho, ni siquiera es un anillo —dije—, pero supongo que vale la pena, ¿verdad, ojitos?

Me miraba, incrédula. Creo que no me veía capaz de montar aquel espectáculo. Sus mejillas se sonrojaron y, animada por las miradas curiosas y los gritos de la gente, se acercó un poco más a mí, como si el mundo entero la empujara hacia este instante.

—Lena Martínez, ¿qué me dices? ¿Te casas conmigo?

Se arrodilló para quedar a mi altura y el mundo pareció detenerse. Nos fundimos en un beso de película, de esos que hacen olvidar dónde estás y quién te rodea.

En medio de todo ese barullo de gente, entre risas, aplausos y cuchillas que se acercaban raspando el hielo, se acercó una figura femenina aplaudiendo con fuerza.

—Madre mía, hermanito… Te pierdo de vista una semana y ¿ahora nos vamos de boda?

—¡Fallon!

Me levanté del suelo sin soltar la mano de Lena, tirando de ella para que se incorporara también. Abracé a Fallon, que seguía con la expresión descolocada por lo que acababa de presenciar. Y no era para menos, no le había contado ni una cuarta parte del giro que había dado mi vida.

—Esta es Lena —la presenté.

Pero no me dio tiempo a añadir nada más. Fallon ya se había adelantado, mirándola con una sonrisa abierta, sincera.

—¡Hola! Esperaba conocerte antes de este gran acontecimiento, pero… enhorabuena —dijo con alegría, tendiéndole la mano.

Si algo tenía Fallon, es que era muy agradable, y que todo lo bonito que me pasaba a mí ella lo festejaba como lo más grande. Como cuando ganaba concursos literarios y siempre aplaudía de pie en frente de todo el público. O cuando encontraba trabajo y presumía delante de la gente.

—Anda, vente con nosotros que te lo explicamos todo —comenté intentado escapar de la pista.

CAPÍTULO 48

Lena

De camino al apartamento de Nathan, perdí la cuenta de las veces que Fallon me había llamado guapa. Qué tía más maja.

Ya la había visto en el aeropuerto y me había parecido monísima. Una de esas chicas que podrían acaparar la atención de cualquiera que pasara por delante. Lo que no sabía era que, detrás de ese gran físico, también se escondía una gran persona.

No necesité demasiado tiempo para darme cuenta de la relación especial que tenían Nathan y Fallon. Fallon tenía veintiocho años, uno menos que yo. Supongo que ese fue uno de los motivos por los cuales encajamos tan bien, y porque amaba *High School Musical* tanto como yo… y eso ya hizo que terminara de ganarse mi corazón.

Nuestra primera conversación no fue la más normal. Podría haberlo sido si hubiera llevado… no sé, ¿cuatro años de relación con su hermano?

—Entonces… ¿No nos vamos de boda? —preguntó

—Bueno, más bien era un espectáculo para la chica de recepción —respondí, intentando sonar seria.

—¡Ya me había hecho ilusiones, quería organizar la boda! De hecho, si algún día os casáis, espero ser yo la *wedding planner*.

—Tiempo al tiempo, hermanita —dijo Nathan.

Y no pude evitar sonreír mientras la veía reírse, parecía feliz por Nathan, y también por mí.

Escuchar a Nathan hablar con tanta naturalidad sobre nosotros me derritió un poco… bueno, bastante. Porque cuando me dijo que no le había contado nada a Fallon, mis alarmas se dispararon. Me atacó una especie de miedo. Ese que sientes cuando crees que la verdad no se cuenta porque no interesa. Como cuando ocultas algo porque en realidad no sabes a dónde va a llegar.

Estaba claro que esa teoría se había roto, y menos mal, porque no hubiera querido verme en esa situación.

—Ya me dirás cómo has hecho para aguantarle las veinticuatro horas durante una semana —comentó Fallon entre risas.

—Oh, no te creas que ha sido fácil —dije, irónica.

—Pero si soy un amor —replicó Nathan, con esa sonrisa que hacía imposible enfadarse con él.

—Lo que eres es un creído —alertó Fallon.

—¿Lo ves? Yo también se lo digo… menos mal que alguien me entiende.

Entre risas y charlas, acabamos la tarde en su apartamento. Fallon insistió en cenar fuera para conocernos mejor y tuvimos que acompañarla a cambiarse. Se había pasado por la pista de patinaje después de trabajar y aún iba con la ropa del trabajo, y aunque la verdad es que iba monísima, quiso asearse antes de salir.

Tenían el apartamento bien decorado. Se notaba que allí vivía una chica. A ver, no es que Nathan tuviera mal gusto —de hecho, vestía bien y tenía buen criterio—, pero ya se sabe que los hombres suelen ser menos detallistas con la decoración.

La habitación de Nathan era parecida a la mía, no por el desorden, sino por el tamaño. Él, al contrario que yo, tenía la habitación super ordenada. En realidad, lo envidiaba. Me gustaría tener esa facilidad para mantener el orden, pero supongo que los malos vicios son difíciles de cambiar.

Fallon tenía la habitación más grande y, además, unas bonitas vistas, algo difícil de encontrar en medio de la ciudad. Justo enfrente tenían un pequeño parque rodeado de árboles, que le daba un toque de calma al apartamento.

Me dio envidia ver cómo compartían piso y lo bien que se llevaban. Seguro que su familia debía estar muy agradecida, no era tan común como podría parecer.

Verles ahí, compartiendo espacio mientras cada uno fluía por su lado, me recordó a Sara. Compartimos piso en Barcelona mientras estudiábamos. Ella hacía medicina, y nuestras facultades estaban en puntos opuestos del mapa, pero cuando llegábamos a casa, esas cuatro paredes nos arropaban, formando un hogar.

Cuando Fallon estuvo lista, salimos del piso y pusimos rumbo a cualquier restaurante de las calles de Nueva York, no habíamos aún decidido dónde cenar así que fuimos caminando hasta dar con un paradero que estuviera bien para los tres. Mientras hablábamos, Nathan se ausentó unos minutos de nuestro lado, y al volver a aparecer, nos comentó que James le había llamado para cenar en un sushi, así que finalmente, tras debatirlo, nos unimos todos al plan.

Ya en la puerta del restaurante, Nathan y James se estrecharon la mano. Yo le saludé chocándole los cinco y, en cuanto terminamos el saludo, James dio casi un salto para colocarse enfrente de Fallon.

—No tenía el placer de conocerte en persona, eres aún más guapa que en las fotos —le comentó sin un ápice de vergüenza.

Madre mía, era tan descarado que era imposible no pasar vergüenza ajena a su lado. Me ladeé para ver si Fallon necesitaba ayuda o si en su cara había algún rastro de la típica expresión de «tierra, trágame», pero, en lugar de eso, la vi pegar una carcajada y le dio dos besos en la mejilla que resonaron hasta Union Square.

Hasta hacía un par de minutos, no me había imaginado a Fallon reaccionar así ante una situación como esta, pero ahora entendía eso que me había contado Nathan de sus malas elecciones. Parecía que se podía derretir ante los pies de cualquier tío que la llamara guapa.

La cena transcurrió entre bromas y risas, y en algún momento Nathan y yo nos encerramos en nuestra propia burbuja para alejarnos del mundo donde parecían estar adentrándose Fallon y James. Estábamos casi seguros de que si hubieran estado solos, hubieran terminado follando en los baños del Zen Roll, y hubiera sido una pena, porque eso de probar sushi me había gustado, imagínate no poder volver a entrar porque pillan a tu cuñada follando en el baño con un tío que acaba de conocer.

A las once de la noche, Fallon y Nathan pidieron un Uber y me acompañaron a casa. No estábamos muy lejos, pero estábamos bastante cansados, y coger el metro a esa hora nunca me había gustado.

Nos subimos al coche mientras Fallon se despedía de James en la puerta del restaurante, bajo la mirada atenta de su hermano.

—¿Qué tal con mi hermana? ¿Ha estado bien?

—Seguro que no tan bien como ellos dos, pero sí, me ha gustado conocer a tu hermana y he estado muy cómoda.

Enseguida nos pusimos a cuchichear sobre ellos mientras los mirábamos por la ventana. Nos echamos a reír cuando estuvimos de acuerdo en que, por suerte, los habíamos separado a la salida del local.

—Venga, Fallon, es para hoy —dijo Nathan, tratando de aligerar la despedida entre ella y James.

En menos de un minuto, Fallon entró en el coche maldiciendo a su hermano. Podía entenderla. Se notaba a leguas que le había gustado James, y claro, con su hermano delante, la situación no había sido del todo fácil.

—Estarás contento, ¿no? ¿Qué había de malo en que James me acompañara a casa?

—Solo intento que pienses con la cabeza por una vez en tu vida.

Durante el trayecto a casa, estuve escuchando cómo los hermanos Caldwell no paraban de tirarse pullas el uno al otro. Me recordaron a mí y a las chicas cuando cotilleábamos sobre algún tema y no estábamos de acuerdo. Siempre terminábamos en una especie de competición de ver quién tenía más razón.

—Espero verte pronto, Lena —comentó mientras me abrazaba—. Asegúrate de mandarme el teléfono de James, podrías haberme avisado de que era tan guapo —dijo, susurrando, esperando que su hermano no la oyera.

Era curioso. Era igual de tierna y graciosa que su hermano. Quizá ese era el legado del apellido Caldwell. Eso y también la guapura; creo que ambas cosas venían en el mismo frasco. Los Caldwell eran preciosos, sinceros y honestos.

Nathan y yo nos despedimos con un beso en mi portal mientras el conductor, y Fallon, le esperaban para llevarlos de vuelta.

—Descansa, ojitos.

—No sé si podré hacerlo sin ti a mi lado, pero lo intentaré.

Sonreímos, nos fundimos en un abrazo y luego me di la vuelta para ver cómo Nathan se subía al Uber.

No era exageración decir que quizá no podría descansar sin él. Era real. Su respiración me transportaba a un mundo lleno de paz. Abrazarlo era casi caer rendida, si no fuera por nuestros juegos sexuales antes de dormir, claro.

Le envié un audio a Sara. Para ella aún era temprano, pero así lo vería al despertar. Llevaba sin actualizarla desde la penúltima noche en Montreal y, de una manera u otra, intentábamos seguir conectadas a pesar de la distancia y del cambio de horario.

Al principio, cuando me mudé, se me hacía extraño no quedar todas las tardes con ella. En España, vivíamos —antes incluso de la universidad—, prácticamente a una calle, y no tardábamos ni dos minutos en llegar de una casa a otra, es lo que tenía vivir en nuestro pequeño pueblo: que las distancias eran cortas. Si no quedábamos, nos encontrábamos igual, porque era inevitable no cruzarnos por la calle o no encontrarnos en el único bar del pueblo. Así que, muy en resumen, Sara era la persona a la que más veía después de mis padres, y eso había sido así desde que éramos enanas.

CAPÍTULO 49

Nathan

Al asegurarme de que Fallon se encerraba en su habitación, saqué el teléfono del bolsillo del pantalón, entré en iMessage y busqué entre las conversaciones el nombre de James. El muy capullo no había tenido ni un ápice de vergüenza en tirarle la caña a mi hermana delante de mí. No es que James no me gustara para Fallon, pero sabía bastante bien cómo podía terminar esta situación. Fallon acabaría enamorada perdida al segundo día de conocerle y James… bueno, no sabía qué buscaba exactamente, porque lo último que conocía de él en ese aspecto eran sus encuentros con Elaia, que, según el lenguaje femenino de Lena, se traducían en «ni contigo ni sin ti». Y, desde luego, no quería que Fallon fuera «la otra», bajo ninguna circunstancia.

Después de escribir y reescribir un mensaje de lo menos asertivo, decidí optar por la llamada.

—Tío, ¿es que no sabes lo que es el respeto? —exclamé nada más cogió el teléfono.

—Creo que eres el único afectado por la cena. A Fallon le ha encantado, acéptalo.

—Sea como sea, una cosa es que te la presente y otra muy distinta que te la comas con la mirada delante de mí —añadí.

—Bonita jugada la del Uber, colega, pero siento decirte que solo has conseguido retrasar lo inevitable.

—No te creas que va a caer como todas —repliqué.

El muy descarado se echó a reír. Acto seguido, resoplé con molestia y colgué la llamada después de decirle que se andara con cuidado con Fallon.

A decir verdad, no me importaría que James y Fallon se conocieran, pero no me había hecho ninguna gracia la situación de la cena. Supongo que eso venía en el manual de hermano sobreprotector, y

además, tampoco me hacía gracia ver a mi hermana hacer el imbécil delante mío. Aunque admito que, después de ver los personajes que solía traer, James me parecía de lo mejor.



Las dos semanas siguientes en la ciudad con Lena pasaron como un rayo. En Montreal habíamos seguido avanzando con el trabajo de la oficina, pero se nos habían acumulado algunos proyectos que ahora necesitaban más tiempo del habitual.

Ya se había convertido en nuestra rutina encontrarnos en la cafetería de abajo. Yo la esperaba con su mítico café y ella llegaba, se colocaba de puntillas, y me daba un beso justo antes de beberlo. Subíamos a Starlight juntos, pero no revueltos. Manteníamos distancias prudentes a ojos de los demás, y en ocasiones entrábamos con James, Elaia y Chiara, como si fuéramos todos un grupo de amigos. Incluso creamos un par de normas básicas para que el trabajo fluyera con normalidad. Algo sencillo, pero que nos ayudaba a mantener la dinámica sin exponernos delante de Scarlett y del equipo directivo. La primera norma era dejar fuera del edificio nuestro cariño, es decir, comportarnos como simples compañeros. La segunda, evitar acercamientos o situaciones que pudieran hacernos perder la cabeza. Esta vez, firmamos ambos en el pósit blanco y lo guardamos en el bolso de Lena.

Los primeros dos días los superamos con bastante dignidad. Pero a la semana, la cosa empezó a torcerse: una caricia en la rodilla por debajo de la mesa, un beso cerca de la comisura de los labios… y así, poco a poco, fuimos abriéndonos al juego.

Jugamos en varias ocasiones al juego que me había enseñado en la piscina del hotel: nos escribíamos propuestas en notas y respondíamos con los dedos por debajo de la mesa. Cuando coincidíamos, cumplíamos con creces. Como aquel día en el que terminamos follando en el ascensor, como dos personas que se

buscan con urgencia, como si se acabaran de encontrar en medio del caos y necesitaran desfogarse. Me encantaba cuando Lena era tan descarada. Me tenía hechizado; ya me derretía por ella en Montreal, pero verla aquí tan desatada y desenfrenada me excitaba demasiado. Paramos el ascensor con el botón de apertura de puertas. Al principio nos mirábamos incrédulos por lo que estábamos haciendo, pero en cuanto estuvimos en contacto, el mundo desapareció a nuestro alrededor. La agarré y la estampé contra el espejo del ascensor. Le lamí el cuello hasta morderle la oreja y ella jadeó agarrada a mi pelo.

—Dios, hagámoslo aquí.

Me bajé el pantalón mientras trataba de mantener a Lena en la altura y me introduje en su interior. Moví las caderas con un ritmo frenético mientras nos besábamos calurosos. Lena me mordió el labio y eso me excitó más. La bajé y la coloqué de espaldas a mí, mirando hacia el espejo. Le sujeté la cadera por detrás y volví a introducirme en ella. Verla en el espejo me ponía incluso más de lo normal. El calor que se acumulaba en el ascensor sonrojó las mejillas de Lena y los cristales se empañaron. Recuerdo que le susurré al oído cuánto me gustaba verla así y ella, provocativa, se humedeció la mano y se tocó frente al espejo para ayudarse a terminar.

Jamás pensé en mantener una relación dentro de la misma empresa en la que trabajaba, y mucho menos tener sexo en las oficinas del sitio donde llevaba tiempo queriendo estar. Pero con Lena todo era explosivo. Besarla era explosivo. Reír junto a ella era explosivo. Hacer el amor era explosivo. No podía desear nada más que a ella.

Acortamos las distancias en menos de dos semanas. Por lo visto, cumplir reglas no se nos daba demasiado bien, pero lo de jugar era otro nivel. Éramos los mejores jugando. Los ganadores.

Salimos del ascensor diez minutos después de haber terminado. Tuvimos que airearlo con la camiseta, como si lo abanicáramos, para que los cristales volvieran a su aspecto original. De haber bajado de ahí con ese aspecto, cualquiera se habría percatado.

Lena salió como si nada hubiera ocurrido y entre nosotros y esas cuatro paredes, quedaban nuestros secretos más calurosos.

—Bueno, ya podemos tachar el ascensor de la lista de encuentros sexuales.

—Aja —dije mientras le mordía el labio antes de que se abrieran las puertas.

—Está siendo una bonita experiencia, sin duda.

—¿Cinco estrellas? —pregunté.

—Diría más bien cuatro, por la incomodidad del espacio, pero sí. Apunta cinco, porque contigo el sexo nunca baja de ahí —dijo mientras me tiraba de la camisa.

—Lena…

—¿Qué?

—No quieras que vuelva a apretar el botón del ascensor. Si por mí fuera, sabes que repetiría todas las veces que lo hacemos.

—Y yo repetiría todo contigo, pero estamos en la editorial y lo que nos harán repetir si no salimos serán las correcciones de los manuscritos que tenemos apilados encima de la mesa.

—Menos mal que siempre piensas en el trabajo. Me encanta cuando eres tan aplicada, tan inteligente y tan juguetona —comenté tras darle un cachetazo.

CAPÍTULO 50

Lena

La presentación de la novela *Por siempre nosotros* fue mejor de lo que esperaba, y eso ya es decir, porque iba con la certeza de que sería un éxito asegurado. La habíamos estado preparando desde hacía tiempo, e incluso habíamos creado detalles sorpresa para los espectadores. Noa me preguntó sobre la posibilidad de crear stickers con los personajes y también puntos de libro. Traspasé el asunto a diseño e ilustración, y Anastasia, nuestra ilustradora principal, corrió a toda prisa para que llegaran a tiempo para el gran día. Asistimos a la prensa gran parte del equipo de Starlight: el equipo de marketing, Chiara, que iba como acompañante, Scarlett (junto al resto del equipo directivo), Nathan y yo. Era la primera vez que asistíamos tantos a una presentación de este rango, y la primera vez frente a Nathan en un evento. Estaba guapísimo. De normal siempre lo estaba, pero ese conjunto le quedaba como anillo al dedo. Por un momento quise llevármelo a la parte trasera y besarle de manera indecente, pero el tiempo apretaba y apenas tuvimos oportunidad de un par de miradas antes de comenzar.

La rueda de prensa fue espectacular. Noa se desenvolvió con soltura frente a los flashes y micrófonos. No solo había venido *The New York Times*, también había periodistas de Cosmopolitan, de New York Daily News e incluso algunos *BookTokers* que seguían a Noa de una manera muy fiel.

A mí aún me costaba un poco dirigirme a ese tipo de público, sobre todo porque cualquier cosa que digas o hagas queda grabada para siempre. Ya había ido en ocasiones a otras presentaciones de autores de esta liga, incluso haciéndolas en otras ciudades distintas a Nueva York. Al principio me quedaba callada y me centraba en ser un mero apoyo para el autor o la autora. Ahora ya había subido

algunos escalones y había perdido timidez, pero al final, un evento así era tan importante que parece que tengas que medirlo todo.

Pusimos el *booktrailer* en primicia y la sala se llenó de aplausos y gritos animando a la autora y al trabajo que habían visto en pantalla. Se observaban teléfonos grabando el momento, e incluso creo que se llegó a hacer algún directo en Instagram. En cuanto acabó de reproducirse, Scarlett se acercó a nuestra mesa y cogió el micrófono para empezar con el discurso.

—Aprovecho la ocasión para felicitar de nuevo a todos los que han hecho posible este *booktrailer*. A Elaia, por la idea y el enfoque; al personal de marketing, por el esfuerzo y trabajo; y a nuestros actores, Lena y Nathan, que han conseguido crear esta magia sin olvidar el resto del trabajo. Todo este conjunto ha hecho que la novela de Noa brille más si cabe. Noa, gracias también a ti. Tus palabras llegan a miles de lectores que seguro están esperando otra novela, y gracias por confiar en nuestro proyecto sin tener ni idea de cómo podía salir. Tengo un equipo maravilloso. Si me permitís —añadió—, quiero pedirles que se acerquen todos aquí. Me gustaría inmortalizar este momento.

Nos colocamos todos frente al escritorio para hacernos una foto. Tuvimos que apretarnos bastante para caber bien en el encuadre de las cámaras. Noa estaba en el centro de la foto, junto a Scarlett. A su lado, por la derecha, pidió que nos colocáramos Nathan y yo, Elaia y James se pusieron a su izquierda.

Me recorrió un escalofrío cuando noté la mano de Nathan agarrándome por detrás de la cadera. ¿Dios mío, cómo podía ser que me gustara tanto? Posé como pude en la foto, tratando de esconder la sonrisa nerviosa que me causaba estar a centímetros de Nathan, al lado de Scarlett. Su olor me embriagaba tanto que me hacía perder la poca cordura que tenía.

—¡Muy bien, chicos, lo tenemos! —comentaron los periodistas.

Scarlett volvió a hablar por última vez:

—Antes de cerrar la presentación, me gustaría añadir una última cosa. Estoy muy emocionada de anunciar que Noa tendrá una gira de presentación por Europa.

¿Qué? Madre mía. Eso es alucinante. Madre mía. Que la autora con la que más trabajas consiga esto, cogida de tu mano, es espectacular. Menuda adrenalina. Envolvimos la sala de aplausos y ovaciones, tanto que apenas logré escuchar cómo de la boca de Scarlett se reproducían estas palabras:

—Lena, lo habéis conseguido. Tú y Noa os vais de presentación.

CAPÍTULO 51

Nathan

Las palabras de Scarlett me atravesaron el pecho como si fueran un cuchillo. Salí de la sala abriéndome paso entre la multitud, intentando frenar mis pensamientos. Necesitaba alejarme del foco y también de Lena. Me sentía bastante idiota. Esta vez de verdad. Como es la vida, ¿no? Cuando a uno le va todo bien, siempre llega algo para torcerlo. En eso pensaba mientras intentaba calmar esa puñalada que había sentido.

Cuando terminó la rueda de prensa, todos fueron saliendo poco a poco de la sala, y yo seguía ahí, pasmado, en el mismo banco donde me había sentado veinte minutos antes. Lena se acercó a mí, despacio, mientras me miraba un tanto extrañada.

—¿Estás bien?

—¿Yo? Sí. ¿Por qué?

—Has desaparecido del público en menos de dos segundos. Y… —Me miró de arriba a abajo—. No pareces estar del todo bien.

—Todo bien —le dije, mintiendo—, tranquila.

Elaia se acercó a Lena, emocionada por la noticia que acababa de recibir su amiga.

—¡Tía! ¡Que te vas de gira! —La abrazó con entusiasmo, casi dando saltitos de alegría. Y cuando se separaron, Lena se volvió hacia mí.

—¿Te has enterado? Que me voy de gira —me dijo, esbozando una sonrisa en sus labios.

—Sí, enhorabuena —contesté, bastante frío. A estas alturas no me apetecía ni disimular—. ¿Ya lo sabías?

—¡Qué va! No tenía ni idea, ¿a que es flipante? —Me miró con entusiasmo.

—Sí, sí —logré contestar.

No tenía derecho a portarme así. Ni siquiera habíamos hablado de qué éramos. Aunque creo que no nos hacía falta poner palabras:

sentíamos química, conexión, atracción y nos moríamos el uno por el otro. ¿No es eso lo que se siente cuando uno está enamorado?

No podía reprocharle a Lena que se fuera. De ser así, le cortaría las alas. Justo todo aquello que yo no quería. Pero a veces, la mente y el corazón no van unidos por la misma causa, y en ese momento lo único en lo que pensaba era mandarlo todo a la mierda.

Estaba seguro de que si había algo en el mundo que quería, era querer a Lena bien, y la distancia de por medio iba a ser un enorme obstáculo para mí. La verdad es que no quería ser esclavo de los kilómetros, ni tampoco quería estar esperando un mensaje en el teléfono contándome lo inevitable. Nos merecíamos una historia mejor que esa.



Teníamos mesa reservada para cenar todos juntos después de la presentación. Pasé el resto de la noche manteniendo cierta distancia con Lena, que, por suerte, se sentó junto a las chicas y a Scarlett. Me costó una barbaridad no devolverle los abrazos ni los besos que me daba a escondidas.

Aunque no quisiera admitirlo —o no estaba preparado para hacerlo —, pensé que ese era nuestro final. Ella no se merecía medias tintas, y yo no estaba preparado para luchar contra la distancia, no después de la experiencia con Alice. Y aunque sabía que Lena no era mi ex, el miedo, en la mayoría de ocasiones, es irracional.

Así que me hice creer a mí mismo que esto que había entre Lena y yo, era un poco eso que dicen de la persona correcta, en el momento equivocado. Nos estaba ocurriendo justamente aquello que pasa en las pelis y en los libros: cuando todo va bien, siempre llega algo que lo estropea. Ese algo era la distancia. O quizá el demonio de Alice, que venía a susurrarme: «te volverá a pasar». El puto pasado. El puto pasado siempre volvía. Es una mierda. Siempre estaba ahí, recordándote la historia de tu vida, dispuesto a

zarandearte con los recuerdos de todo lo que salió mal. Otro recordatorio más de que el pasado forma parte de ti, no puedes eliminarlo, solo puedes esconderlo.

CAPÍTULO 52

Lena

De camino a casa, una atmósfera tensa y desagradable se había instalado entre nosotros, como si fuéramos dos personas atrapadas dentro de una burbuja completamente negativa. De repente, en el rostro de Nathan no se podía apreciar ni un atisbo de felicidad y, por su manera de caminar, a más de un metro de distancia de mí, era más que evidente que, fuera lo que fuera lo que había ocurrido en esa presentación, le había sobrepasado más de lo normal.

—¿Estás bien? —pregunté después de que me diera un abrazo un tanto peculiar.

—Sí, Lena —respondió, esbozando media sonrisa.

—Parece todo lo contrario… ¿Qué te pasa?

Se pasó la mano por la cara mientras trataba de contestar.

—Es que no sé si estoy preparado para esto. No sé… joder —masculló—. ¿Qué soy para ti? ¿Qué somos? ¿Crees que volverás y estará todo igual? Yo qué sé, tengo tantas preguntas sin respuesta que ni siquiera sé qué decirte.

—Nathan… —dije casi conteniendo el aliento—. Yo, no sé... No había pensado en esto. Me acabo de enterar al mismo tiempo que tú. Deja que lo asimile, ¿vale? Tenemos tiempo para hablar y organizarnos. No me voy mañana, queda casi una semana.

Giró un poco el cuerpo y parpadeó varias veces, como si quisiera evitar romperse ahí en medio, y mientras lo hacía, pronunció dos palabras que me partieron el corazón:

—No funcionará, Lena.

—¿Qué es lo que crees que no puede funcionar?

—Esto. Lo nuestro. Nosotros. Ni siquiera sé qué ha pasado estos días.

—Pues yo sí lo sé. Nos hemos encontrado entre miles de personas, nos hemos abierto y nos hemos…

Quería decirle «nos hemos enamorado», pero la cobardía me echó para atrás. ¿Me estaba dejando? ¿Había vivido una historia que no merecía y que ahora tenía fin por un motivo laboral? Fui incapaz de entender las palabras que salían de su cuerpo. ¿Dónde quedábamos nosotros?

—Mira, yo no sé qué tienes en tu cabeza, yo lo tengo bastante claro. Podemos seguir así, incluso cuando vuelva. No nos precipitemos, estamos bien, ¿no? —añadí

—Yo… ahora mismo, no sé. Tengo demasiadas dudas como para confiarle nuestro destino a la distancia. No quiero ni pensar en cómo lo gestionaría.

—¿Y mi opinión? ¿Estás decidiendo algo por los dos? ¿Por qué? Ni siquiera sabemos cuánto tiempo durará la gira.

—No creo que esto merezca una segunda opinión. Yo lo veo claro. ¿Tú no? Nos la hemos jugado y hemos salido perdiendo. Una relación a distancia, por corto que sea el tiempo, no va a funcionar. Al menos, no conmigo.

—Por favor, Nathan. Piensa en lo que sientes, en lo que sentimos, lo que nos hemos demostrado. ¿Ya no importa?

—Claro que importa, claro que sí. Joder. No quiero que pienses esto. No quiero que pienses que has sido un capricho, o una diversión.

—¿Y entonces qué he sido? —Lo miré mientras intentaba buscar palabras para responder—. ¿Esto es por Alice? No sé, no me has llegado a contar qué pasó. Al menos deja que lo entienda.

—Puede que sí, joder. No es por Alice, es por la distancia. Yo no quiero enfrentarme a esto. Y no te creas, eh —suspiro—. Esto me jode más de lo que piensas.

—¡Hostia! Pues siento decirte que, por tu rápida decisión, no lo parece —exclamé irónica.

Lo dije con un tono más subido de lo normal. Menuda mierda de primera discusión, bueno, la primera y la última, claro, porque parecía que no iba a cambiar de opinión.

—Lo siento, ojitos —susurró con la voz rota mientras se acercaba a mí—. Espero que puedas entenderme.

—Siento decirte que no, no te puedo entender. Está claro que no me iré dos semanas, pero joder, ¿no vale la pena?

Me acarició la mejilla porque se me empezaba a caer una lágrima y se dio la vuelta sin mirar atrás.

Subí a casa llorando tras hablar con Nathan. Lo único que era capaz de sentir en ese momento era un enorme montón de tristeza que me recorría por dentro. Cuando entré en el apartamento, me tumbé en el sofá. Elaia y Chiara se sentaron a mi alrededor mientras me secaban las lágrimas con los pañuelos.

—Cuéntanos qué ha pasado, Leny —dijeron casi susurrando.

Solo tuve que decirles las dos palabras que él mismo había pronunciado.

—¿Eso ha dicho? —añadió Chiara.

Asentí con la cabeza mientras las lágrimas iban cayendo por mi rostro.

—¿Pero… por qué? No lo entiendo —dijo Elaia—, hace dos horas os comíais con la mirada.

Y mientras hablábamos, volví a llorar. Lloré porque yo sabía a ciencia cierta que, aunque la gira durara un año, mis sentimientos no iban a cambiar. Nunca había sentido un amor tan grande por nadie. Nunca me había dejado llevar tanto como con él. Nunca me había abierto tanto al amor. Siempre que encontraba algo que podía parecer más o menos estable, me ponía una coraza. Pero con Nathan había sido todo lo contrario, cuando estaba a punto de entrar, abrí las puertas de par en par para que entrara casi sin llamar, y mientras lo hacía, quise que nunca saliera de ahí.

Me pasé las siguientes horas tumbada en la cama, buscando un porqué, una respuesta que me abriera los ojos y le diera la razón a Nathan. Así todo sería más fácil. Cuando te alejas de alguien a quien quieres, duele menos cuando hay un motivo de peso que lo respalda.

Llamé a Sara antes de acostarme, hecha una bolita pequeñita, que era lo que me sentía en ese momento. Si había alguien, aparte de las chicas, que conseguía apagar mi dolor, o al menos mantenerme cuerda en momentos como estos, era ella. No era buena hora, pero sabía que si la llamaba, me lo cogería. Era como un código de

prioridad: los WhatsApp eran para mantenernos al día, los audios para cotillear y las llamadas para situaciones de emergencia. Y esto lo era. Descolgó el teléfono mucho antes de lo que esperaba y mantuvimos una conversación centrada en todo lo que había ocurrido, lo que habíamos vivido y también sobre cómo me sentía yo en medio de todo esto.

—Por un lado siento que estoy viviendo un sueño —confesé—. Cuando entré aquí no esperaba formar parte de algo tan grande.

—Lo sé —respondió sin dudar—. Pero mira todo lo que has conseguido. ¡Esa es mi chica!

Sonreí, aunque me duró poco.

—Y por el otro… estoy destrozada, Sara. No puedo mentirte. No sé si esto que tenemos —o que teníamos— era tan especial como parecía.

—¿Quieres que te conteste con la verdad, aunque duela, o prefieres una mentira bonita?

—¿Puedes camuflar la verdad con un poco de cariño? —le pedí.

Cogió aire antes de responder.

—A veces lo desconocido nos aterra. Y más cuando cada uno se ha hecho expectativas distintas. Entonces el cuerpo reacciona levantando una coraza, como si nos gritara: «sal ahora que puedes o acabarás peor».

—Me parece injusto de la hostia —dije—. Irte de un sitio sin saber qué podría haber pasado.

—Lo sé, gordi. ¿Has probado a hablar con él?

—Lo ha dicho tan seguro… tendrías que haberle visto. No funcionará.

—¿Cuántas veces has pensado tú que algo no iba a funcionar y aun así no te rendiste? Bastantes, ¿no? —me dijo—. Como cuando te llamaron para irte a Nueva York. Te cagaste viva en cuanto entendiste que tu vida iba a cambiar. ¿Y qué hiciste?

—Lo hice con miedo.

—Exacto.

Me quedé en silencio.

—Lo que quiero decir —continuó— es que abraces su miedo. Que intentes hablar con él. Si le da miedo, es porque le importas. No

conozco a nadie que no haya hecho algo solo por miedo, al final casi todos lo hacen igual. Aunque tiemblen.

Esas palabras me empujaron a escribirle a Nathan antes de acostarme. Quizá Sara tenía razón. Quizá, si lo hablábamos, todavía podíamos con esto. Durante cuatro minutos vi cómo escribía y borraba en nuestra conversación.

Me quedé dormida con el teléfono en la mano escuchando *La gent que estimo* de Oques Grasses y mientras lo hacía le encontré el máximo sentido a aquello de «t'estimo molt i també tinc por» había escuchado mil veces esa canción y siempre terminaba emocionándome, pero en esta ocasión, mi situación representaba todo aquello de lo que hablaba. Yo era un poco ese desastre, y él, el milagro de mi vida.

CAPÍTULO 53

Nathan

—¿Cuántos días más piensas quedarte tirado en la cama? —preguntaba Fallon mientras tocaba a mi puerta, pidiendo permiso para entrar.

—Todos los que pueda hasta que Scarlett amenace con echarme.

No estaba pensando con claridad cuando le dije aquello, es más, esperaba no tener que irme nunca de Starlight, pero cuando estás en un pozo, parece que todo lo que pueda pasar alrededor te da igual, y eso fue lo que me ocurría.

—Nathan. Llevas cuatro días en la cama. Está bien… —dijo suspirando—. Puedes teletrabajar dos días, ¿no? Pero creo que estás rozando el límite.

—Les he dicho que estaba enfermo. Así lo alargaba toda la semana.

—¿Qué piensa Lena de todo esto? Hace días que no me hablas de ella.

—Fallon… la verdad es que Lena y yo… —callé sin saber qué contestar.

Llevaba, de manera concreta, cinco días ignorando los mensajes de Lena. Me había escrito, no una ni dos veces, sino más de diez. Me estaba matando por dentro no contestarle, pero no sabía qué cojones decirle. «Hola Lena, me he acojonado, esto me viene grande y paso de jugar más. No estoy preparado». Por que el problema no era que Lena me viniera grande, o que yo estuviera cagado por todo lo que sentía, el puto problema, el detonante real, era la distancia. ¿Cómo podía confiar alguien a quién han traicionado, no una, sino dos veces?

Cuando pasó lo de Alice, fui tan necio que la perdoné. Me convencí de que un error así podía tenerlo cualquiera, de que quizá la rutina nos tenía quemados y que, al llegar allí y encontrarse con tantas

cosas nuevas, quiso salir de su zona de confort y experimentó de la peor manera posible, con lo primero que se le cruzó: un británico cachas de ojos azules. Cuando me enteré, intenté entenderla y cuando me prometió entre lágrimas que no volvería a ocurrir, confié demasiado en su palabra. Pero fue a la semana siguiente cuando todo se fue a la mierda. Recibí un mensaje de una de sus compañeras de habitación. Al abrirlo, apareció una foto de Alice morreándose con un tío en el jardín del campus y me puse tan de mala hostia que casi reviento el ordenador.

Ahí se acabó todo. Desde ese momento exacto en el que me pisó por segunda vez y me dejó como un idiota, supe que la distancia era algo con lo que no quería volver a lidiar.

¿Cómo cojones iba a decirle la verdad a Lena después de haberle dicho en Montreal que prometía cuidarla y besarla en todas las esquinas, pasara lo que pasara? Puto hipócrita de mierda. Eso era lo que pensaba de mí. Joder. Era consciente, pero consciente de cojones. Lena no se merecía esto, pero yo me veía incapaz de enfrentar mis miedos. ¿Cómo puede ser que algo que desconozco me cause tanto miedo?

—¿Vas a contestarme o tendré que llamarla para entender la situación?

—No, será mejor que no lo hagas, Fallon. Lena y yo ya no…

—¿Ya no qué?

—No puede funcionar.

—¿Estás de broma? Nathan, ¡por favor! Os he visto. He reconocido el amor en vuestros ojos, vuestros gestos… No lo entiendo ¿Qué ha pasado?

—Que se va, Fallon. Se va de gira de presentación. Por Europa —añadí

Me miró extrañada ante esa afirmación..

—¿Y qué problema hay?

—Es que no lo entiendes. No puedo enfrentarme a esto. La distancia… no es lo que pensaba.

Yo también me sentía extraño pensando todo esto. Joder.., yo quería amarla y la puta gira me había nublado la vista. Había conseguido abrir mi corazón, pero esto de tener tierra de por

medio… No quería ni pensarlo, para mí era un no rotundo. No creí que pudiera soportarlo. No después de haberme entregado de esta manera.

—¿Desde cuándo dejamos de hacer cosas por miedo, hermanito?

—Esto es diferente, Fallon. No hay marcha atrás. Yo mismo se lo dije.

—¿De verdad se te ocurrió decirle que no funcionaría?

—Sí —dije, bajando la cabeza.

Cuando lo oí decirlo con su voz, pensé en lo imbécil que estaba siendo.

—¿Puedes contármelo todo un poco mejor? Quiero entenderte.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que me comporté como un imbécil? ¿Que no tuve cojones de hablar con ella porque el miedo me cegó? ¿Y que llevo sin contestar a sus mensajes y llamadas cinco días, cuando le había dicho que no me iría de su lado?

Le conté todo lo que sentí junto a Lena en Montreal, todo lo que nos había ocurrido en tan solo una semana, la conexión que sentía estando a su lado, lo bien que me hacía sentir, cómo me gustaba escucharla, tocarla y mirarla. Le conté que era la tía más espectacular que había conocido, y que, por un momento, sentí que con ella podía ser yo en todas mis versiones.

—¿Me estás diciendo entonces que la quieres y le has dicho que no funcionará?

Hundí la cabeza, en un acto de no avergonzarme por admitir todo lo que acababa de decirle y también para camuflar un poco lo idiota que le debía haber parecido a Fallon.

—Respóndeme, Nathaniel. ¿La quieres?

—Sí, claro que la quiero, joder. Pero…

—Mira, Nathan. No voy a engañarte. Lo tienes jodido. No creo que Lena te espere por mucho más, si es que aún te espera, cosa que me extrañaría. Así que dime, ¿qué piensas hacer para arreglar esto?

—No creo que pueda hacer nada. La he fallado y la he traicionado. ¿Cómo crees que reaccionará?

—No lo sé. No puedo meterme en la cabeza de Lena, pero Nathan, esa chica te quiere. Y tú la quieres a ella, parece que te has complicado más de lo que crees. Sal ahí, ve a por ella antes de que

sea tarde y cuéntaselo todo. No creo que te pegue una bofetada, aunque si lo hace, tienes que saber que la apoyaré —dijo Fallon, dándome un codazo.

CAPÍTULO 54

Lena

Me pasé el resto de la semana llorando por todas las esquinas. Lloré incluso cuando ya no tenía más lágrimas que derramar. Creo que nunca había vivido una situación tan frustrante y triste como esta.

Teletrabajé un par de días, intentando no acercarme a Nathan. No porque no quisiera verle, porque de hecho, me moría de ganas. Más bien fue porque sabía cuánto daño me haría verle y no obtener una respuesta por su parte, o ni siquiera una mirada. Cuando volví a la oficina después de esos días, me percaté de que él tampoco había ido los anteriores y, por lo que me comentó James, no tenía intención de volver, al menos por esta semana.

Intenté contactar con Nathan de todas las maneras posibles. Incluso el jueves por la tarde, bajo un impulso desesperado, paseé por debajo de su portal. Lo hice al menos unas cinco veces y barajé la opción de llamar a su puerta otras cinco más, pero no lo hice. La única razón fue la cobardía. No creí que estuviera preparada para que, una vez más, me dijera que no iba a funcionar.

Ayer por la noche terminé de preparar las maletas para la gira y lo hice de una manera muy distinta a cuando nos íbamos de Montreal. Claro que aquella vez no tenía el corazón partido. Puse prendas en la maleta sin ningún orden aparente; fui tirando de las perchas del armario hasta que no cupo nada más y me senté encima para tratar de cerrarla. Esta vez, no había ni una pizca de esperanza dentro de la maleta, ni tampoco emoción.

En un último acto de valentía antes de irme por unos meses, le mandé un mensaje a Nathan. Creo que es el mensaje más largo que he escrito en la vida, pero, a pesar de que no me hubiera respondido las veces anteriores, necesitaba intentarlo una vez más. Y necesitaba soltarlo para poder seguir con lo que me esperaba. Era la única manera en la que iba a poder centrarme un poco en el proyecto que

tenía por delante y, siendo sincera, también era la última cosa a la que aferrarme antes de darme por vencida.

Nathan,

No sé qué decirte que no te haya dicho ya. No puedo evitar que sientas miedo, ni tampoco puedo evitar eso a lo que le temes, porque para eso está la vida. Pero también creo en las cosas bonitas y en las positivas. Quizá tú no te has parado a pensarlo, pero yo sí.

Tengo mucho por darte y enseñarte, y sé que tú también lo tienes para mí. Ojalá puedas pensar un poco en todo lo que podríamos ser si vencemos este miedo juntos.

Yo estoy preparada… y, no sé, no puedo jurar que te esperaré toda la vida, pero tengo la sensación de que, si me lo pidieras, lo haría.

¿Recuerdas cuando me preguntaste lo del anillo? Quizá merezca un momento más bonito que este, pero no quiero irme de aquí sin contarte la versión larga, aunque tenga que ser por mensaje.

Cuando murió mi abuela, mi abuelo atesoró su anillo de matrimonio. Y cuando cumplí la mayoría de edad, me lo regaló a mí. Me contó que a mi abuela le habría encantado verme casarme con un chico al que quisiera tanto como ella quiso a mi abuelo.

Te conté que estaba conectada a ese anillo por su recuerdo, pero lo que no te conté fue que, antes de que mi abuelo se marchara con ella, me dio el suyo y me hizo prometer que, si algún día encontraba el amor verdadero, le regalaría esa alianza como símbolo de amor eterno.

¿Sabes? He guardado el anillo de mi abuelo durante años, y volví a pensar en él cuando te conocí a ti. Mentiría si te dijera que no he pensado en regalártelo. Pensarás que soy una ilusa... En poco más de un mes es imposible querer tanto a una persona como para querer casarse con ella, y la verdad, ni siquiera sé si quiero casarme.

Pero si hay algo que sí sé, es que TE QUIERO. No sé irme de los sitios sin decir la verdad. Y mi verdad es esta.

P. D.: Cojo el avión en dos horas.

P. D. 2: Si después de esto sigues pensando que no merece la pena, te voy a pedir que, por favor, cuando vuelva espero que hayas cambiado de departamento. No puedo trabajar a medio metro de ti sin tenerte. Espero que lo entiendas.

Ojalá algún día los sentimientos sean más grandes que el miedo a cualquier adversidad. La vida sería más bonita si nos atreviéramos a sentir de verdad.

Te quiero.

Lo mandé y apagué el teléfono porque, aunque mi corazón pedía a gritos una respuesta, mi cabeza necesitaba centrarse en lo que venía a partir de ahora en mi vida.

Elaia y Chiara me acompañaron al aeropuerto. No era una despedida triste, sin embargo lloré, porque lo que dejaba al coger ese avión no era el trabajo, ni el piso, ni siquiera a ellas por unos meses. Lo que dejaba atrás era una historia que había llegado a su fin antes incluso de empezar.

Antes de pasar el control de seguridad, miré hacia atrás tres veces, con la esperanza de ver a Nathan aparecer corriendo por ahí, chillando mi nombre, tal y como ocurre en las películas. Y, aunque sabía de sobra que eso no iba a pasar, me dolió aceptar por fin esa realidad.

CAPÍTULO 55

Nathan

—¿Sabes qué, Fallon? Tienes razón. He sido un puto cobarde y quiero a Lena, joder. La quiero casi más de lo que me quiero a mi mismo. —La miré con urgencia—. Escúchame, necesito que me ayudes.

Me miró, esperando la explicación, mientras asentía con la cabeza.

—Prepárame una maleta, Fallon. Pon todo lo que creas necesario para pasar… no sé, mínimo una semana y máximo tres meses.

—Hostia, dicho así suena fácil de narices —contestó con ironía.

—Coge todo lo que encuentres por mi armario, ya sabes lo que más me suelo poner. Coge cosas del baño y mete el portátil y la tablet en mi maletín. Ahí están los cargadores, ¿vale?

—¿Qué vas a hacer?

—Fallon, ¿recuerdas cuando me has dicho que saliera ahí fuera y fuera a por ella?

—Bueno, no me refería de manera literal ni a quedarme sin compañero de piso, pero dime.

—Voy a hacerlo, Fallon. Voy a arriesgarme. Voy a arriesgarme por amor.

Miré el reloj.

—Escúchame, no creo que tenga mucho tiempo. Tráemelo todo en una hora a Starlight, por favor. Te espero ahí. Ah, y por favor —añadí — pásate por la floristería de la esquina, y recogeme un ramo, está a mi nombre.

Creo que Fallon pensó que me había vuelto loco. Y sí, me había vuelto loco. Pero loco de amor. Loco por Lena. Joder. No podía dejar que se marchara sin antes hablar con ella. Y ahora era yo quien iba a apostar al todo o nada.

Cuando me dirigía hacia la oficina, sonó un mensaje en el teléfono. Vi que era de Lena, pero corría tanto que ni siquiera pude

detenerme a leerlo. Lo único que alcancé a ver por encima fue algo como que en dos horas estaba en el aeropuerto. Joder. Eso me hizo correr aún más.

Subí por el ascensor, directo al despacho de Scarlett. Necesitaba dejar atado algo antes de tirarme al vacío por amor.

Entré desesperado en su despacho, no recuerdo ni siquiera si llamé a la puerta. Me daba igual. Scarlett se sorprendió al verme, y creo que se sorprendió todavía más cuando le pedí permiso para retirarme de la revista. Bueno, más bien le solté algo tipo: «por favor, considera si puedo irme de gira o si puedo teletrabajar durante estos meses», pero la cosa se fue de madre y terminamos la conversación con algo parecido a esto:

—Sabes que si te vas, no tendrás derecho a ser readmitido, ¿verdad?

—Lo sé, Scarlett. Gracias. Aunque no lo parezca, lo he meditado.

Mentira. Lo único que había meditado ese día —si es que lo había hecho— era ir detrás de Lena sin importar nada más.

—Mira, quizá parezca un crío gilipollas de treinta y dos años que no piensa con claridad, Scarlett. Pero ¿sabes qué? Trabajos y empresas vendrán y se irán. Pero el amor de tu vida solo pasa una vez y tengo que ir a por él.

Me miró de arriba abajo como si acabara de escuchar la mayor idiotez de su vida. Y podía entenderla. Me había pasado media vida soñando con estar aquí y ahora estaba arriesgándolo todo por amor.

Cuando me giré para marcharme, fue ella quien me abrió la puerta para darme paso a la aventura.

—Nathan —escuché que decía cuando ya iba saliendo—. Cuando hayas solucionado esto, llámame. No quiero echarte a perder.

—Gracias, Scarlett. De verdad.

—Venga, corre. Los aviones no esperan.

Cuando salí por las puertas de Starlight, vi que Fallon me estaba esperando al lado de un Uber. Por el sonido que hacía mi corazón al golpear contra mi pecho, concluí que estaba más nervioso que nunca.

—No sé qué vas a hacer, pero tienes todo mi apoyo.

Nos fundimos en un corto abrazo en el que dijimos más que en todo lo que habíamos hablado. Noté un subidón recorrerme el estómago, y eso me dio fuerzas para seguir con mi plan.

De camino al aeropuerto, mientras el sonido del tráfico se colaba por las puertas, abrí el mensaje de Lena. Por poco me rompo en pedazos cuando leí todo lo que me había escrito. Es más, se me nubló la mente y el susurro de la radio se desvaneció en mi cabeza. Me insulté a mí mismo unas cuantas veces. ¿Cómo podía haber sido tan idiota? ¿De verdad había estado dudando sobre esto? Lena era la cosa más buena del mundo. Aún con el corazón roto, seguía ahí, intentando entenderme. Esa era una de las cosas que más me gustaban de ella, era empática, demasiado. Incluso era capaz de empatizar con un anuncio hasta el punto de llorar.

Corrí a los paneles a pesar de que las piernas me temblaban como un flan, para comprobar en qué estado estaba el vuelo hacia Ámsterdam, la primera ciudad a la que iban. Los diez segundos que tardé en encontrarlo se me pasaron como si fueran minutos. Intenté leer con claridad toda la línea de información: «En hora».

Vale, aún no había puerta de embarque, tenía un poco de margen.

Salí volando hacia el mostrador de la aerolínea, rezando para que quedara algún billete, me abrí paso entre la multitud de la gente. La verdad, que me hubiera dado igual tener que pagar dos mil dólares por él. Ni siquiera sabía si iba a coger ese vuelo. Pero tenía que llegar a Lena, fuera como fuera, y si ese era el coste de ser un imbécil, lo iba a pagar.

Llamé a Lena al menos diez veces antes de desesperarme, buscándola por toda la terminal. Entré en todas y cada una de las cafeterías, en la librería e incluso en los baños malolientes, bajo la mirada inquieta de las señoritas por meterme donde no debía, sin embargo, no encontré ni rastro.

Mientras recorría el aeropuerto con la mirada, recordé que cuando estuvimos en Montreal, no había querido abusar del chico de la cafetería pidiendo *muffins*, cuando no hacían, pero hoy… Hoy me iba a tomar la libertad de pedir, sin exagerar, el favor más grande de mi vida.

Me dirigí hacia los mostradores de la aerolínea para buscar ayuda tras fracasar en mis intentos de localizarla.

Discutí con la primera señora que me atendió. Es probable que a los cincuenta años de edad parezca una gilipollez que alguien se exponga de esta manera por amor, no la culpo. Pero después de mucha desesperación, di con un chaval que parecía tener mi edad. Tardé diez minutos en conseguir exactamente lo que quería, pero a los Caldwell a persuasivos no nos ganaba nadie.

CAPÍTULO 56

Lena

Tardé al menos dos minutos en darme cuenta de que mi nombre sonaba por la megafonía del aeropuerto:

«Lena Martínez, diríjase a los mostradores de la aerolínea».

Miré el reloj y busqué la puerta de embarque con la mirada. Aún no había nadie haciendo cola, así que debía haber algún problema con las maletas o con el documento de identidad. Ya me había pasado en otras ocasiones. Me llamaban para comprobar los datos que aparecían escritos. Parece que les costaba entender que había muchos españoles que vivíamos en la ciudad para ganarnos la vida.

Mientras caminaba hacia allí, volvió a reproducirse mi nombre. Esta vez noté algo peculiar en la pronunciación. Me pareció escuchar a… ¿Nathan? No, por favor… Incluso escuchaba su voz en todas partes. ¿En qué momento me había vuelto tan obsesiva?

Me limité a seguir caminando, intentando calmar mi voz interior. Repasé el billete de avión tantas veces como pude, para comprobar si había algún error, no me haría nada de gracia quedarme en tierra en esta situación.

En el momento en el que me iba acercando, noté la mirada de la gente posada en mí, no era que quisiera ser el centro de atención, pero no exagero, parecía incluso que me costaba caminar con el peso de esos ojos mirándome. Eché un vistazo alrededor, buscando algún tipo de explicación, pero no me pareció ver nada fuera de lo normal. Entre los nervios y la presión, cada paso me hacía sentir más consciente del bullicio del aeropuerto, del eco de mis propios zapatos apretando el paso y del murmullo de las conversaciones a mi alrededor.

Levanté la cabeza cuando estaba a escasos metros del mostrador, entre el personal trabajador, creí reconocer la silueta de Nathan. O eso, o me estaba volviendo loca. Me froté los ojos con tanta fuerza

que creí que se me iban a salir. Fue uno de esos momentos en que desearías que alguien te pellizcara para saber si lo que estás viviendo es real. Pero, ¡joder!, tras casi extirparme los ojos, lo vi con claridad. Era él, sí que lo era. Y en el mostrador apoyadas, se encontraban mis flores favoritas.

Entre el sonido de la gente y el olor de las flores, pareció que la atmósfera me envolvía, y empecé a sentir un calor recorriéndome el cuerpo. El corazón se me aceleró tanto, que se me formó un nudo en la garganta.

Todo lo que había estado pidiendo, lo único que había deseado con todas mis fuerzas desde hacía unas semanas, ahora estaba frente mí, con una cara de inseguridad tremenda, eso sí, y más guapo que nunca.

—¿Nathan? —dije, abriendo los ojos como platos.

—Lena Martínez —pronunció, apretando el micrófono del mostrador —. Sé que he sido un cabrón. Un idiota. Un imbécil. Llámame como quieras.

Madre mía. Me tapé la cara con una mano, intentando calmar la vergüenza y la incredulidad que me recorrió de golpe. Si antes había notado que la mirada de la gente me perseguía, ahora solo quería que la tierra me tragara.

—Tienes razón —añadió—. La vida es más bonita si nos atrevemos a sentir de verdad.

Lo miré a los ojos y le hice un gesto claro para que se callara, señalando el micrófono y negando con la cabeza. Creo que se podía ver en mi expresión como estaba suplicándole que dejara eso y siguiéramos hablando sin montar semejante espectáculo Aunque he de reconocer que era el espectáculo más bonito del que había formado parte en mi vida. ¿Era este mi momento de protagonista de película?

No me hizo caso y continuó con su diálogo.

—Mira… no sé qué decirte. No me lo he escrito en un pósit, ni siquiera lo he preparado —dijo—. Y sé que he tenido tiempo para decírtelo antes, pero Lena, yo tampoco sé si quiero casarme. Pero, ¿qué me dices de acompañarte en la gira?

Me acerqué a él, aún intentando que dejara el micrófono, y, cuando estuvimos lo bastante cerca, salió del mostrador y nos fundimos en un largo abrazo.

—Lo siento mucho —se disculpó—. Me acojoné. Estaba aterrado. Había imaginado muchas cosas contigo, y en ninguna de ellas estaba la distancia.

Se le quebró la voz al hablar.

—Sé que me he comportado como un imbécil. No te merecías esto. Siento haberte ignorado así… y haberte dicho que no funcionaría. Porque no es verdad. Claro que funcionará. Lo dije sin pensar. Estaba muerto de miedo.

Asentí con la cabeza mientras le escuchaba. Sus ojos parecían gritar una verdad que llevaba días callando. Respiré hondo cuando terminó de hablar… y me eché a llorar.

—¿Por qué lloras? —preguntó acariciándome la mejilla.

—Porque pensé que no ibas a venir —respondí—. Me había intentado autoconvencer de que tenías razón y ahora estás aquí y no puedo evitar emocionarme.

—Lo siento, Lena. Te quiero. Te quiero de verdad.

Se le empañó la mirada al decirlo.

—Yo también te quiero, Nathan. Te quiero —declaré con el corazón dando saltos dentro de mí.

Nos acercamos tanto que pude sentir sus nervios en mi propia piel y, sin decir nada más, me puse de puntillas y le besé. Nos besamos al menos durante un minuto. Nuestras lenguas se buscaron despacio, casi con vértigo, y eso hizo que el corazón me latiera aún más deprisa. Le rodeé la cintura y él me acarició el pelo. Pensé que podía deshacerme en cualquier momento, y dejó de importarme que la gente nos estuviera mirando. Si esa era mi película, nuestra película, tener público era lo que menos me importaba.

Entre besos, me volvió a decir te quiero al menos dos veces más. Nunca me había latido tan fuerte el corazón, ni siquiera la primera vez que pensé que me quería quedar en sus brazos para siempre.

Y cuando volví a pisar el suelo, se acercó de nuevo al mostrador, levantó el ramo y mientras me lo daba con un gesto torpe, cogió el micrófono y confesó:

—Por si no ha quedado demasiado claro —dijo alzando la voz—. Estoy enamorado de Lena Martínez.

Los elefantes que corrían por mi estómago saltaron y brincaron al escuchar esa declaración. Incluso se había acordado del ramo. ¿Hay sensación mejor que la de saber que la gente recuerda cosas de ti?

Le agarré del brazo y tiré de él para acercarlo a mí. Sentía la necesidad de tenerlo cerca, y de no separarnos más. Lo besé de nuevo, como si ese beso sellara todo lo que acabábamos de decir. No sé si era un final digno de la televisión, pero era mi final favorito: un chico y una chica, que estaban locos de amor el uno por el otro. ¿No es eso todo lo que se puede esperar cuando eres correspondido?

CAPÍTULO 57

Nathan

Hubiera sido un estúpido si no hubiera ido corriendo detrás de Lena para declararme; cualquier acto distinto a ese hubiera sido un error. Por eso, tras hablar con Fallon y admitir lo gilipollas que estaba siendo, lo único que me quedaba era darlo todo y demostrarle a Lena que todo lo que habíamos vivido era real, que existía y que yo me encargaría personalmente de cuidarlo y no volverlo a dañar.

Sabía que tirar la toalla era lo fácil, y que lo difícil esta vez era enfrentarme a mí mismo y a ese miedo atroz que llevaba dentro. Pero también sabía, de sobra, que Lena estaba tan enamorada de mí como yo de ella y que cualquier miedo a su lado podía hacerse pequeño e incluso desaparecer.

Cuando me di cuenta de todas las cosas a las que decía que no por ese miedo, me derrumbé. No nos merecíamos esa historia; nos merecíamos una mejor, donde el amor ganara al resto de obstáculos que pudieran surgir y, sobre todo, donde ambos pudiéramos ser nosotros mismos, acompañados por alguien que nos enseñara a volar.

Por eso, lo último que hice para salvar nuestra historia fue arriesgar mi corazón. No quería quedarme con la duda de lo que hubiéramos sido nosotros: de la pareja que habríamos formado, de las risas que nos habríamos contagiado, de los manuscritos que habríamos editado juntos, de los episodios de *Sexo en Nueva York* que nos quedaban por ver, de las veces que podríamos reproducir *High School Musical* en un año, ni de las veces que habríamos hecho el amor después de cenar pizza. Por eso, aunque pueda parecer tarde, aparecer en el aeropuerto, en ese último momento, era el escenario perfecto para que Lena siguiera creyendo en el amor y para que fuera consciente de que ella estaba siendo la protagonista de su

propia película, una película que iba a ser la digna ganadora de un Óscar.

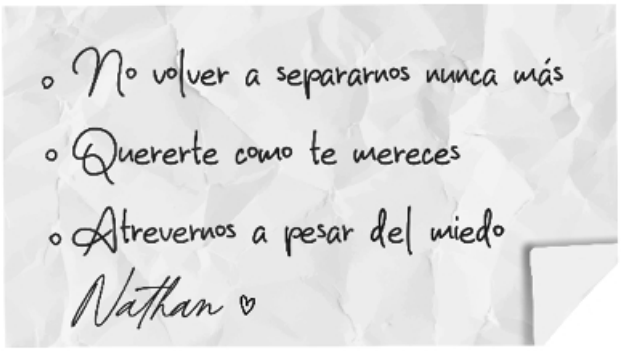
—Te has acordado de las flores —comentó Lena cuando tratábamos de recomponernos—. Son preciosas.

—Tengo que confesar que mi idea principal era venir con una pancarta, pero no había tiempo para eso.

—Me hubiera encantado —comentó mientras sonreía.

—En ese caso —suspiré—, espero que esto te sirva.

Saqué del bolsillo del pantalón un pósit arrugado, castigado por el viaje, que había escrito en el Uber de camino al aeropuerto. Lo abrí con cuidado, tratando de no romperlo. Cuando lo extendí, le pedí a Lena que lo leyera.



En el lateral derecho se encontraba mi firma, junto a un corazón.

—Esta vez no son reglas, son promesas que voy a cumplir, y te aseguro que no me resultará difícil.

—¿Recuerdas cuando te pregunté en Montreal por qué ya no te odiaba? Estos días he intentado odiarte. Lo he intentado con todas mis fuerzas. Pensaba que de esa manera sería más fácil irme, pero es imposible odiarte. Lo era antes y aún resulta más difícil después de conocerte.

—Siento que hayas tenido que pasar por esto. Si te sirve de consuelo, yo sí que he conseguido odiarme a mí mismo.

—Te mentiría si te dijera que no —dijo, mientras me hacía una mueca—. Pero me alegro de que lo hayas hecho, de que estés aquí y de que me hayas traído flores y también este pósit, que, por cierto, tendremos que enmarcar.

—Entonces espera, que no he terminado.

Saqué del otro bolsillo un *muffin* que había perdido toda su forma y que había cogido casi al vuelo de la cocina de la oficina cuando había pasado por allí, y añadí:

—Por si no era suficiente, he traído esto para coronarme. No sirve ni de adorno, pero el detalle es lo importante.

—Ya echaba de menos que me atiborraras a *muffins*, anda, trae.

Y, mientras le acercaba un trocito de *muffin* a la boca, se adelantó, se colocó de puntillas y me besó. Aquel beso se llevó todas las dudas y todos los miedos y, con él, solo tuve clara una cosa: que quería besar a Lena todos los días al despertarme y todas las noches antes de ir a dormir.

Al subir al avión, pusimos nuestra lista de reproducción. Sonó *Aprender a quererte* de Morat, la canción favorita de Lena. Mientras la veía mirando las nubes al lado de la ventana, pensé en cómo habíamos aprendido a querernos y a entendernos, y me perdí entre esas frases que no entendía muy bien cuando escuché cómo sonaban de los labios de Lena:

—Voy a leerte siempre muy lentamente… quiero entenderte.

EPÍLOGO

Hacía dos meses que Lena y yo vivíamos juntos. Lo organizamos todo mientras estábamos de gira por Europa. Fallon nos ayudó visitando los pisos que habíamos visto publicitados, le debíamos un favor, uno de los grandes. Al final, después de varias visitas, nos quedamos con un apartamento, que a pesar de no ser muy grande, tenía un balcón cerrado donde a Lena le encantaba leer y acumular libros. Verla ahí, sumergida en su desastre, se había vuelto uno de mis momentos favoritos del día, sobre todo, cuando los rayos de sol le iluminaban la cara y podía apreciar su belleza.

No fue tarea fácil encontrar piso estando en la otra punta del mundo, pero en cuanto vimos este junto a Fallon por videollamada, lo supimos. Fue una corazonada, y además, no estaba lejos de Starlight, donde ambos seguíamos trabajando juntos en el mismo departamento.

Tardé dos meses en asimilar la locura que había hecho plantándome en el aeropuerto, sin saber qué iba a ser de mí. Porque siendo claros, si la apuesta salía mal, no solo iba a perder al amor de mi vida, sino que también iba a tener que renunciar a mi trabajo.

¡Pero bendita locura! Agradecí haber tenido ese coraje cuando vi que nos besábamos en cada uno de los rincones de Europa. Salimos del avión siendo otros, no recuerdo ni habernos despegado un solo segundo, escuchamos nuestra *playlist* en todo el camino, vimos nuevos episodios de una serie de romance y nos acurrucamos sin importar nada más.

Cuando llegamos a Ámsterdam, nuestro primer destino, caminamos sin prisa por sus calles, perdiéndonos entre canales y cafés, como si el mundo no tuviera reloj. Nos pasamos las primeras noches hablando de todo lo que soñábamos, de cómo se veía el mundo con nuestros ojos… Como me encanta quedarme dormido escuchándola hablar.

La gira siguió con el ritmo planificado y nos habíamos acostumbrado a vivir entre aviones y presentaciones.

En cada ciudad dejamos una huella especial. En Berlín, el frío nos acarició las mejillas mientras paseábamos por su centro histórico; patinamos sobre hielo en Viena e hicimos el amor con las ventanas abiertas en un hotel en Madrid, frente a la Plaza Mayor; en Barcelona, conocí el olor de la brisa mediterránea de la que tanto me había hablado. Fue imposible no enamorarme de la arquitectura de Gaudí; del barrio gótico, con su preciosa catedral y del mercado de la Boquería, con ese olor tan característico… También me resultó imposible no caer rendido a los pies de su familia. ¡Qué maravilla de personas! Me acogieron como uno más desde el instante en el que nos conocimos. No me quito de la cabeza el recuerdo de aquella noche que paseando por el paseo Marítimo, llevaba a Lena cogida de un brazo, y a su madre Ana, del otro, mientras bromeaban entre risas sobre mi acento. Ese momento me ayudó a comprender que ya no quería perder el tiempo con Lena.

Y qué decir de Roma, nuestro último destino. Roma nos recibió de manera caótica. Nos juramos amor eterno en el puente de los candados, y recorrimos la ciudad en moto como dos enamorados, mientras Lena, me envolvía de su historia.

Ese tráfico loco, los turistas admirando el Coliseo, el olor a queso fundido por las calles de los restaurantes, ese ambiente… Hizo que entendiera porque Roma presume de ser la ciudad del amor. Sin embargo, yo aprendí durante ese viaje, que el amor no vive en los lugares, vive en Lena.



Lo primero que hicimos al volver de la gira fue recoger las llaves que tenía Fallon en mi antiguo apartamento. Después, nos dirigimos a la nueva dirección con las maletas que llevábamos meses arrastrando y, sin nada más entre aquellas cuatro paredes que el

mobiliario y unas cuantas cajas, nos dejamos caer al suelo mientras intentábamos visualizar todo lo que habíamos imaginado en la distancia.

—Ojitos, sé que estás cansada, pero creo que nuestro nuevo hogar merece una inauguración —añadí con una sonrisa pícara.

No tuve que decirle nada más. Me cogió de la mano y tiró de mí hacia nuestro dormitorio. Estuvimos horas demostrándonos el amor entre las sábanas. Qué increíble era el sexo con ella. Lena arriba, Lena abajo, Lena de lado. Cualquiera de sus versiones me seducía.

Antes de acostarme, me levanté y me dirigí a la cocina en busca de agua, contemplé a mi alrededor haciéndome a la idea de que ese era nuestro nuevo hogar y, aún sin haber estado antes en él, supe que era nuestro lugar perfecto. Rebuscando entre las cajas para encontrar los vasos, vi la taza.

Mientras estábamos fuera, Elaia, Chiara y Fallon llevaron algunas de nuestras pertenencias al apartamento. Dijeron que lo hacían por ayudarnos, pero estaba seguro de que, en el fondo, querían deshacerse de nosotros. En uno de esos viajes de mudanza, la taza favorita de Lena se rompió en pedazos, y se entristeció bastante. Ella no lo sabía, pero en cuanto me enteré, me apunté a clases de cerámica para hacerle una taza que se pareciera lo máximo posible a la que tenía. El proceso creativo fue de lo más espantoso, no era lo mío, pero tenía que conseguirlo, así que no paré hasta lograrlo. No llegué a hacer una réplica exacta, porque la nueva versión necesitaba algo un poco más especial. Quería que tuviera ese recuerdo de sus abuelos, pero la nueva etapa, también traía cosas nuevas que abrazar.

Cuando regresé a la habitación, se había quedado dormida. La tapé con el nórdico y me acosté pegado a ella.

No recuerdo cuando me dormí, pero me desperté por la mañana al sentir un leve olor a café. Abrí los ojos, rodé hacia su lado y al pasar el brazo para rodearla por la cintura, me percaté de que Lena no estaba tumbada a mi lado.

Me pasé la mano por la cara y me levanté de un salto para ir hacia la cocina. Me cago en todo, no me había dado cuenta de que se había levantado antes que yo. Eso no era, ni por asomo, lo que yo

tenía planeado. Aunque claro, de ser inteligente, hubiera dejado la taza en otro lado y no a la vista en el maldito armario.

Al oírme llegar, Lena removió el café con una cucharita. Lo sabía. Había encontrado la taza antes de que yo pudiera prepararlo todo.

—Buenos días, ojitos.

Intenté disimular mis nervios mientras me acercaba casi corriendo para comprobar si tenía la taza en las manos.

—Hola, amor. Te he visto dormido y no he querido molestarte. ¿Quieres café?

Hacía al menos sesenta días que el nombre me pertenecía y creo que nunca en la vida me había gustado tanto una palabra, claro que escucharla de la voz de Lena, la hacía aún más especial.

—Sí, por favor… —contesté un poco agitado—. No, espera, no. O sea, sí quiero, pero lo hago yo.

—¿Qué te pasa? —preguntó, un poco insegura.

—Nada, solo que… —Me acerqué al armario casi corriendo, intentando llegar antes que ella—. Tengo que darte una cosa. Siéntate, pero te advierto que no pensaba hacerlo así.

—¿Qué tesoro esconde ese armario? —dijo sonriendo.

Me reí. Incluso nervioso, conseguía hacerme gracia. Esa era una de las razones por las que estaba completamente enamorado.

Saqué la taza del armario con cariño, sin decir nada, me acerqué a los fogones para echar el café, después añadí la leche y el sirope de chocolate blanco y caramelo. Cuando lo terminé, lo dejé delante de ella.

—Amor, ya me estoy tomando el café. Este era para ti. Menudo jet lag, ¿eh?—contestó sorprendida.

La miré casi sin parpadear, esperando que levantara la vista y se diera cuenta por sí sola, pero no apartó los ojos de su café.

—Me temo, ojitos, que deberías tomártelo en esta taza —le dije.

Bajó la mirada y la observó sin entender muy bien por qué se lo decía.

—Ay, Dios mío… ¿Esto es para mí?

Asentí y tragué saliva cuando me di cuenta de que aún no la había mirado del todo bien. No sabia como reaccionar.

—Espera… ¿Qué? —dijo con los ojos vidriosos levantando la taza mientras señalaba el escrito.

Se acercó a mí dando pequeños saltos de alegría.

—Dios mío… ¿me lo estás pidiendo de verdad?

Asentí con la cabeza mientras sonreía como un idiota.

—Espera un momento.

Empecé a rebuscar entre la maleta hasta encontrar la cajita con el anillo que había comprado en Roma, el día que pensé que me moriría si la quería un poco más. Allí al verla caminar por sus calles, supe por qué aquella ciudad era su favorita. Porque Roma era como Lena: caótica, intensa, perfecta.

—Ahora sí —dije intentando mantener la postura.

Abrí la caja con un gesto torpe, con las manos temblando.

—Lena Martínez… quizá hace unos meses, no teníamos ni idea de si queríamos esto en nuestra vida, pero hoy tengo claro que no quiero volver a ver un amanecer si no es contigo. Eres la mujer más hipnótica que he conocido nunca. Te quiero así, tal como eres: caótica en todas tus versiones, risueña, inteligente y luchadora, siempre sacando lo mejor de mí. —Cogí aire y traté de continuar—. Estoy deseando que llevemos las alianzas de tus abuelos y envejecer a tu lado, enriqueciéndonos como ellos lo hicieron. Yo lo tengo claro. Quiero seguir bailando contigo. Así que… la pregunta es sencilla: ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Sí!

Se lanzó a mis brazos y me envolvió con sus piernas.

—¡Sí, quiero! —repitió de nuevo.

La besé mientras le acariciaba la cara y la hacía girar en el aire.

—Me vuelves loco, Lena. Estoy deseando casarme contigo.

—Y yo contigo Nathan Caldwell —confesó.

Me dirigí hacia el dormitorio con ella aún abrazada a mi cuerpo y la besé de nuevo. No entendía aún como me hacía perder tanto la cabeza recién levantada. Me parecía preciosa. Abrí el teléfono y le di *play* a la lista de reproducción que había preparado para este momento. Sonó *Until I found You.*

—Este no era el plan de pedida, pero —suspiré mientras esbozaba una gran sonrisa—, no veo el momento de referirme a ti como mi

mujer.

—Te quiero, amor. Mucho. Así está perfecto.

Y con esa declaración, supe que amar a Lena de esa manera tan sencilla fue, al final, el arte de entender su caos.

EPÍLOGO EXTRA

Lena

Seis meses después

Aún no había asimilado que en unos meses estaríamos celebrando nuestra boda. La boda que siempre había imaginado, junto a mi hombre perfecto. Nathan se había convertido en todo aquello que había deseado alguna vez. Como cuando vi por primera vez a Gabriella y a Troy Bolton y supe que yo quería un hombre que bailara conmigo frente a las adversidades de la vida. Eso era Nathan para mí, mi baile, un baile que no quería que terminara jamás.

—Estás preciosa —comentó Fallon detrás de mí.

Me miré de nuevo en el espejo y sonreí. El vestido era increíble, lo que siempre había soñado. De una manera u otra, habíamos materializado ese sueño al diseñar esta prenda única: un vestido palabra de honor que realzaba mi pecho, con el cuerpo ajustado, marcando la silueta con delicadeza y sutileza, y una falda que caía con ligereza, acompañando mis pasos al caminar.

—Fallon tiene razón —dijo Chiara—, te queda espectacular.

El teléfono que sostenía la videollamada con Sara emitió un sonido. Al centrarme en la pantalla, pude ver cómo se sonaba los mocos con un pañuelo.

—No sabes cómo me encantaría estar ahí. Estás preciosa, gordi. ¿Cuántas veces habíamos soñado con este momento, eh?

—La verdad es que es perfecto. —Asentí—. La diseñadora ha conseguido reflejar todo lo que quería desde el primer boceto hasta hacerlo realidad. Es increíble. ¿Creéis que a Nathan le gustará?

—¿Estás de broma? —dijo Elaia—. Es imposible que no le guste.

—Creo que se emocionará tanto que ni siquiera será capaz de verlo con nitidez —añadió Fallon.

Mientras hablábamos, me coloqué una tiara plateada y un collar elegante con dos lágrimas en el centro que representaban a mis

abuelos. Siempre me había imaginado apareciendo en el altar vestida de princesa, así que esos detalles no podían faltar. Era el primer día que me probaba el vestido, la primera prueba, pero quería verme con el atuendo casi completo para estar tranquila. Para completarlo, solo faltaban los pendientes que llevó mi madre el día de su boda y la liga que Sara me iba a traer de España.

Contuve una sonrisa al imaginarme a Nathan cuando me viera aparecer y, sin querer, me distraje pensando en lo guapo que iba a estar él con el traje azul. Seguro que se le ajustaría lo suficiente como para realzar su figura. Me imaginé sus fuertes músculos bajo aquel atuendo y un escalofrío me recorrió entera. No solo iba a casarme con el hombre más increíble del mundo, sino también con el más guapo. No veía el momento de cruzar el altar y sellar nuestro amor con un beso mientras él me sostenía de la cintura y me inclinaba hacia atrás.

Y así daríamos paso a nuestra nueva etapa. Puede que, al final, mi caos siempre hubiera llevado su nombre.

POSDATA

Me enfrentaría a todos los vuelos del mundo
sabiendo que serás mi refugio.



Dicen que solo tenemos una vida, pero en las historias caben todas las que nos atrevemos a sentir.
—Laura Colet

AGRADECIMIENTOS

Este libro es, por fin, la materialización de un sueño que vive en mi cabeza desde 2016. Una noche, mientras dormía, soñé con esta historia que hoy, casi diez años después, ve la luz. A lo largo de todo este tiempo, las ideas y escenas que iban apareciendo se quedaron guardadas en notas del teléfono y en papeles sueltos que he tenido que rescatar para dar forma a este relato.

Las únicas dos cosas que han cambiado desde entonces han sido los nombres de los personajes y la localización. Aprovecho para contaros que, a lo largo de estas páginas, aparecen lugares reales, pero también me he tomado la libertad de añadir otros ficticios para favorecer el desarrollo de la historia.

No quiero alargarme mucho más. Si habéis llegado hasta aquí, espero de corazón que hayáis disfrutado leyéndola tanto como yo he disfrutado escribiéndola.

Y ahora sí, empiezo con los agradecimientos.

Quizá sea un poco egoísta empezar este apartado por mí misma, pero escribir esta novela no habría sido posible si no hubiera creído en mis propias ideas. Estoy segura de que la Laura de veinte años estaría muy orgullosa de ver este proyecto hecho realidad y, sobre todo, de haber tenido la valentía de confiar en sí misma.

A mis hijas, Martina y Julieta, por darme la fuerza necesaria para seguir soñando y creando incluso cuando siento que no hay tiempo para nada más. Existe la creencia de que la maternidad roba tiempo y te aleja de muchas cosas; yo, sin embargo, creo que impulsa a crecer, a luchar y a ser mejor. Solo espero que, si algún día sentís miedo, os cojáis de la mano y os atreváis. La vida es mucho más bonita cuando nos lanzamos y vamos a por lo que creemos.

A mi marido, gracias por el amor con el que acompañas cada uno de mis proyectos y por cogerme de la mano hasta el final. Esto que tenéis entre las manos también es un poco suyo.

A Selena, mi amiga de toda la vida. Gracias por estar siempre, sin importar nada ni nadie. He robado un cachito de nosotras para esta historia, espero que no te importe.

A mi familia y amigos, que aún no saben que esto existe. Espero que, cuando lo descubráis, os guste.

A Alba, Anna y Noelia, mis primeras lectoras, gracias por formar parte de esta historia desde el principio.

A Eli, mi tatuadora de confianza, por cederme un poco de su arte para esta historia.

A Iris y Naiara, por ayudarme a darle forma a este proyecto y acompañarme en el proceso. Lo habéis convertido en un sueño.

Muy en especial:

A Laia, por demostrarme que la ambición puede mover mundos. Gracias por enseñarme a querer y a mirar la vida de una manera más bonita.

A Clara, por inspirarme con las historias de amor. Gracias por tu humor y tu cariño cuando los momentos pesan.

Us estimo.

SOBRE LA AUTORA



Mi nombre es Laura, aunque, aquí entre tú y yo, prefiero que me llamen Lau. Siempre he pensado que los apodos tienen algo especial: son cercanos y amorosos, como una pequeña forma de cariño. Supongo que eso tiene mucho que ver con que soy una romántica empedernida… y quizá por eso no es casualidad que mi primera novela sea, precisamente, de romance.

Nací en 1996, en Bonastre, un pequeño pueblo de Tarragona. Y, aunque me encantaría decir que la escritura ha formado parte de mí desde siempre, la verdad es que llegó un poco más tarde. No crecí entre libros, pero sí encontré en la lectura un refugio durante mi adolescencia y juventud. A través de muchas historias, empecé a soñar hasta que, casi sin darme cuenta, nació en mí la idea de escribir las mías propias: aquellas que contaran lo que, en ciertos momentos de mi vida, me habría gustado leer.

Esto que tienes en las manos es mi primera novela, pero no quiero que sea la última. Escribir se ha convertido en una forma de entenderme, de sentir y de compartir.

Si quieres acompañarme en este camino y descubrir un poco más de mí, te invito a seguirme y a explorar este mundo conmigo a través de mis redes sociales.

Instagram: @laura.colet_

TikTok: @laura.colet_